

GEMMA LIENAS

# El diario azul de Carlota

se



Carlota decide empezar un diario sobre la violencia de género, un problema que hace siglos que existe pero que nunca ha sido tan visible como en los últimos años. A partir de testimonios que va recogiendo, algunos muy cercanos, y de información que recibe, como siempre, de parte de su madre, su abuela y su tía Octavia, Carlota escribe este diario azul que también habla de la violencia escolar y la violencia infantil.



Gemma Lienas

# **El diario azul de Carlota**

**Los diarios de Carlota - 3**

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2020

Gemma Lienas, 2006

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



*El feminismo nunca ha matado a nadie.  
El machismo mata cada día.*

Benoite Groult

*[...] es simplemente una víctima. Es como una de esas ranas a las que una gigantesca araña de agua les succiona la vida sin que tengan ni idea de lo que les pasa.*

Joyce Carol Oates

Nunca había imaginado que llegarían a existir unos cuantos diarios de Carlota, cada uno de un color diferente. De hecho, cuando me inventé este personaje pensaba que protagonizaría una novela —*Así es la vida, Carlota*—, y ya está. Sin embargo, años más tarde, las ganas de rehabilitar los términos *feminismo* y *feminista*, ensuciados, vapuleados, adulterados, tergiversados, descafeinados y envenenados por muchas personas —todas ellas al servicio del orden establecido: el masculino— y la necesidad de reivindicar una lucha —la de los derechos de las mujeres— todavía lejos de haber conseguido sus objetivos, me impulsaron a convencer a Carlota para que lo contara ella misma, con su voz y ejemplos propios, e intentara trasladar el mensaje a la gente joven. Y el mensaje del diario violeta de Carlota caló no sólo entre la gente joven, sino también entre la gente adulta. Bueno, si hay que ser fieles a la verdad: entre muchas adultas y unos cuantos adultos.

Mientras Carlota escribía el diario violeta, yo me di cuenta de que había aparecido un tema muy importante que no podía liquidarse en tres o cuatro páginas: la sexualidad, pero en el diario violeta ya no había espacio para hablar de él. Sin quererlo —como me pasa con todas las ideas para mis libros—, el embrión fue desarrollándose en mi cerebro, y cuando me di cuenta, había crecido tanto que tuve que convencer a mi personaje para que escribiera *El diario rojo de Carlota*. Muy pronto tuvimos claro que sin la perspectiva de un chico, el libro andaría cojo: daría el punto de vista femenino sobre la sexualidad, pero no el masculino. Rápidamente me puse a crear un personaje adolescente que pudiera escribir un diario con ojos de chico, hasta que Carlota me dio un codazo y me recordó que ya teníamos a uno: Flanagan, y que sus padres literarios, Andreu Martín y Jaume Ribera, hombres polifacéticos y con ánimo suficiente para apuntarse a cualquier locura, probablemente estarían encantados de participar en el experimento. El resultado —*El diario rojo de Carlota*— interesó nuevamente a un público lector que oscilaba —si mis cálculos no fallan— entre los trece y los setenta y cinco años.

Y de nuevo, mientras Carlota tecleaba sin descanso —y ligaba con dos chicos de primera división, para qué negarlo—, yo era consciente de que había aparecido un tema que empezaba a pedir otro diario. Cuando le dije a mi adolescente de papel que íbamos a escribir *El diario azul de Carlota* arrugó la nariz. «¡Explotadora!», me espetó. Pero cuando le conté cuál sería el tema, cambió totalmente de actitud. «¡Cuenta conmigo!», me dijo. Un diario sobre la violencia de género es vital, porque en el mundo, cada dieciocho segundos una mujer sufre una agresión por el hecho de ser mujer, o sea, por culpa de los estereotipos de género que pesan sobre ella.

¿Qué quiere decir esto? ¿Que las mujeres tienen una naturaleza que tiende a aceptar golpes? Rotundamente no. ¿Que los hombres tienen una naturaleza que los incita a la agresión? De ningún modo. Esto quiere decir que, en todo el mundo, hay una estructura social —la patriarcal— que se fundamenta en las desigualdades entre hombre y mujer, concediendo preponderancia a los hombres. Para mantener esta

desigualdad, los hombres recurren a la violencia; la sociedad la tolera y las mujeres la sufren.

Las mujeres luchan por desbaratar esos desequilibrios. A lo largo de la historia de la humanidad, lo han intentado varias veces, pero sólo ahora, a finales del siglo xx y principios del XXI, se han dado por primera vez en la historia unas variables que pueden llegar a hacerlo posible:

- Las mujeres tienen cada vez más acceso a la educación. Hay menos probabilidades de que una mujer con instrucción acepte un papel secundario. Una mujer con instrucción posee una independencia de criterio que la ayuda a no aguantar determinadas situaciones.
- Las mujeres tienen cada vez más acceso a los métodos anticonceptivos (a pesar de los esfuerzos en sentido contrario por parte de grupos fundamentalistas masculinos). Una mujer que controla los embarazos y decide cuándo y cuántos hijos e hijas quiere tener es una mujer que puede incorporarse al mercado de trabajo y que goza, por tanto, de independencia económica.
- La Tierra se está convirtiendo en un mundo globalizado, lo cual tiene muchos aspectos negativos, pero algunos positivos. Uno de esos aspectos positivos es el hecho de que en el planeta haya una gran movilidad de personas y, consecuentemente, de ideas. Y a medida que esto vaya a más, será más difícil mantener a las mujeres aisladas para que no les lleguen las ideas de igualdad. Y naturalmente, cada vez más mujeres de todas las culturas se apuntarán.
- Sin olvidar que las mujeres estamos creando redes —gracias, entre otras cuestiones, a Internet, un medio barato al que tenemos acceso—, y estas redes nos permiten transmitir mensajes de igualdad y llevar a cabo campañas de apoyo que nos mantienen estrechamente unidas y esperanzadas.

Dicho todo esto, podríamos preguntarnos si estamos cerca o lejos de erradicar la violencia de género. Yo diría que lejos, muy lejos, pensamiento que puede calificarse de pesimista, pero que yo veo más bien realista. Cualquier revolución —y la que estamos librando las mujeres en la Tierra lo es— se cobra víctimas. Las personas apegadas al poder patriarcal no renunciarán fácilmente a ese poder. Por eso, durante unos años todavía veremos incrementar el número de víctimas. Lucharemos para que sean pocas, pero, en cualquier caso, los exabruptos del poder patriarcal no harán fracasar la revolución.

Dado que otras violencias, como la escolar o la infantil, operan a partir de mecanismos similares a los de la violencia de género, Carlota convino conmigo en incluirlas en el libro. De modo que, finalmente, aquí tenéis *El diario azul de Carlota*, cuyos testimonios son reales y actuales, y en los que sólo se ha modificado el nombre de las personas y otras cuestiones que facilitarían su identificación.

Después de escribir este diario, Carlota, que es un culo inquieto, escribió dos diarios más: *El diario amarillo de Carlota*, sobre drogas, y el *El diario naranja de*

*Carlota*, sobre inmigración y derechos humanos. Os preguntaría si habrá otro diario de Carlota... Pues ahora mismo no os lo quiero decir. Y espero que Carlota guarde el secreto.

Gemma Lienas

Listado de páginas web:

<http://www.nodo50.org/mujeresred/>

<http://www.mujeresenred.net/donesenxarxa/>

<http://www.redfeminista.org/>

<http://www.pangea.org/dona/>

<http://www.acosoescolar.info/>

<http://www.apramp.org/>

<http://www.fbernadet.org/es>

<http://www.fapmi.es/>

<http://www.educarenigualdad.org/>

<http://www.ahige.org/>

<http://www.gemmalienas.com/>



Berta se acerca hasta la escalera donde Mireya, Elisenda y yo estamos sentadas, descansando. Con mucha habilidad, Berta aprovecha la baranda tubular que llega hasta la escalera para hacer una pirueta. Salta encima del tubo, que queda colocado entre la segunda y la tercera rueda, y se desliza por encima convirtiéndolo en una suerte de riel.

—¡Ostras! ¡Un *grind* perfecto! —chilla Elisenda.

Mireya se ha quedado con la boca abierta y yo grito entusiasmada:

—¡Ey! ¡La bomba, Berta!

—Más bomba es lo que os voy a contar ahora —contesta ella, después de saltar del tubo y frenar justo delante de nuestros pies.

Observamos expectantes cómo se saca el móvil del bolsillo lateral de sus pantalones «cargos» y mueve a continuación el pulgar sobre las teclas del menú para buscar en su agenda de direcciones.

—Mirad —dice triunfal, y nos planta el móvil debajo de nuestras narices.

En la pantalla vemos escrito «Narciso» y debajo un número de teléfono.

—¡Hala! —gritamos las tres a la vez. O tal vez no decimos lo mismo, pero sí que expresamos igual admiración con idéntica intensidad. Y es que, francamente, haber conseguido el teléfono de Narciso tan pocos días después de haber empezado el curso es toda una proeza.

Narciso es un chico nuevo de la clase. Está como un queso. Las tiene locas a todas. A mí, no...

—Os lo podéis quedar —digo.

Mis amigas se lo toman en broma.

—¡Uuuuuuh! —protestan a la vez para demostrar que no me creen.

—Lo digo en serio —me reafirmo—. Este año he decidido que nada de novios. El lío que viví con Flanagan y Koert<sup>[1]</sup> y, sobre todo, haberlo dejado primero con Flanagan y, unos meses después, con Koert me ha dado ganas de descansar.

—¿Estás segura? —pregunta Mireya, que no se imagina la vida sin novios.

—¡Y tan segura! —digo—. Me declaro en vacaciones sentimentales. Tengo ganas de disfrutar de mí misma. ¿No os habéis fijado que ellos, los chicos, son capaces de hacerlo?

Todas mueven la cabeza para decir que sí.

—Pues he llegado a la conclusión de que ellos son capaces sólo cuando son jóvenes. Fijaos que, de mayores, siempre necesitan una mujer a su lado. En cambio a

nosotras nos pasa al revés. De mayores somos capaces de vivir solas y pasarlo la mar de bien. Sin embargo, de jóvenes, no entendemos la vida sin estar pegadas a un chico.

Mis amigas reflexionan. Pronto empiezan a encontrar a su alrededor ejemplos de la teoría que me he sacado de la manga.

—Sí. Mi tía tiene cincuenta años y se separó el año pasado. Dice que ahora que está completamente sola, empieza a vivir la vida.

—Pues mi tío, al revés: se quedó viudo a los cincuenta y dos y le faltó tiempo para buscarse una jovencita que tiene la edad de sus hijos.

—Y en casa, yo tengo el ejemplo de mis padres: mi padre, que ya vive con Lidia; y mi madre, que no vive con nadie —digo yo. Y añadido—: Pues bien, no quiero esperar a tener cincuenta años para saber lo que es vivir conmigo misma.

Dejamos la discusión en este punto porque tenemos que volver a casa; casi es la hora de cenar.

A las nueve de la noche, me digo a mí misma que ha sido un domingo la mar de pacífico. Todo ha ido como la seda: he pasado el día leyendo tumbada en la cama, el chinche que tengo por hermano no ha puesto la música a todo gas, mamá ha mirado la pila colosal de ropa en mi silla y ha hecho como si no la viera, he comido un succulento arroz negro gentileza de mamá y Marcos, y la patinada de la tarde con la pandilla ha resultado perfecta.

En definitiva, pongo la directa en la recta final del domingo con un estado de ánimo bastante bueno a pesar de que mañana toca entrar en la rutina de la semana. Me repantigo en el sofá para ver el telediario, y dos minutos después siento, por decirlo de forma poco trágica, que el mundo está enfermo.

—¡Espantoso! —dice mamá.

—¡Qué horror! —dice Marcos.

Es evidente que el ánimo de mi madre y el de mi hermano sintonizan con el mío. Hay que ver, que sólo dos minutos basten para dejarnos la moral bajo cero. Dos minutos, los necesarios para que los titulares con que abren los telediarios nos hayan avanzado imágenes e informaciones para poner los pelos de punta.

Las tres primeras noticias son de violencia doméstica, dice la presentadora.

—Violencia de género —rectifica mamá, que ya lo hace de vez en cuando esto de corregir a todas las personas que hablan en la tele. Y añade—: Después os lo cuento.

La presentadora prosigue explicando que entre el sábado y el domingo ha habido en España tres mujeres muertas a manos de sus parejas, ya fuera el marido, compañero sentimental, novio o ex. A una, de veintinueve años, el asesino la ha matado de una paliza. Dice el tío que estaban discutiendo y que se le ha ido la mano, pero que no tenía intenciones de matarla.

—No, si ya se ve, ya —dice mamá con voz de acero—. Intentaba resolver el conflicto pacíficamente, ¿verdad?

A otra, de cuarenta y tres años, continúa la presentadora, el asesino la ha estrangulado con el cinturón. En las imágenes del reportaje, un periodista acerca el micro a un vecino, que se apresura a dar su opinión: la mujer chateaba, y el marido, convencido de que se había enamorado de otro por Internet, la ha liquidado.

Mosqueada, miro a mamá. Como no dice nada, lo suelto yo:

—¡Vaya jeta! —exclamo—. Aunque sea verdad, el telediario no tendría que emitirlo, ¿no crees? Es un disparate poner la alcachofa en la boca del primero que pasa...

—Tienes razón. Planteada de esta manera, la información induce a interpretaciones retorcidas. Muchas personas seguro que ya tienen en la cabeza, aunque sea de forma involuntaria, la idea de que él la ha matado, sí, pero que ella, al provocarlo, se lo ha buscado.

Tercera noticia: una chica de dieciocho años ha sido hallada muerta en su casa con un cuchillo clavado en el corazón y signos evidentes de haber sido violada. Las pruebas inculpan al novio, la última persona con quien fue vista. El novio dice que no puede afirmar ni desmentir que haya sido él; que no se acuerda de nada porque iba ciego de alcohol y cocaína.

—Muy cómodo eso de no acordarse, ¿no?

—¡Y qué burro el tío! —dice Marcos—. No sé por qué lo confiesa. Si tienes un accidente de coche y encima das positivo en la prueba de alcoholemia, ¡estás perdido! Te cae un puro más gordo que si no estuvieras colocado. Y a él le pasará lo mismo...

—Pues no —aclara mamá—. En este caso, la cocaína y el alcohol serán atenuantes y no agravantes.

Marcos me mira, perplejo. Yo también lo estoy. Mamá hace un gesto para que nos callemos.

Más noticias de este fin de semana: dos coches bomba en Bagdad, con el resultado de ciento veinticinco muertos y un montón de heridos.

—Los efectos colaterales de la guerra de Irak que empezaron Bush, Blair y Aznar contra la opinión de ciudadanos y ciudadanas del mundo —digo.

—Al paso que van, pronto no quedará nadie vivo en ese país.

—Quizá sea eso lo que pretendían; de esa forma, Occidente conseguía el control del petróleo —dice mamá socarronamente. Y añade—: Ya se ve que el trío de la gasolina también había hecho un cursillo intensivo sobre la resolución pacífica de conflictos.

Y todavía más noticias terroríficas: el huracán *Katrina* ha devastado la ciudad de Nueva Orleans. Más de diez mil personas —por cierto, todas negras, todas pobres— están esperando a que las saquen del centro de convenciones donde las obligaron a refugiarse antes de que la ciudad desapareciera bajo las aguas cuando los diques de contención del lago Pontchartrain y del río Misisipí se rompieron. Llevan tres días sin agua potable, sin comida, sin ningún tipo de higiene, sin información, totalmente abandonados a su suerte...

—Como si estuvieran en el tercer mundo —explica Marcos.

—Ya ves, hay zonas de Estados Unidos que lo son, y personas que viven en condiciones muy precarias en el país más rico de la Tierra —comento yo.

—Y en París —dice mamá señalando la pantalla, que muestra ahora la imagen de un hotel en llamas.

La presentadora cuenta que el fuego comenzó probablemente por culpa de un cortocircuito. Parece ser que las instalaciones eléctricas de algunos establecimientos hoteleros de baja categoría son antiguas y roñosas. Y también, que en estos edificios casi ruinosos es donde el gobierno instala a los y las inmigrantes, de modo que entre las doce personas muertas, no figura ni una francesa, ni de piel blanca, ni rica.

—Y en lo que llevamos de verano ya van tres incendios colosales —digo yo. Y me estremezco sólo de pensar en la cantidad de niños y niñas que se han quemado este agosto en la capital francesa.

—¡Cuánta violencia! —suspira mamá.

—Mujer... —quiere precisar Marcos—, las muertes de las mujeres y los atentados en Bagdad sí que lo son, pero no creo que las ciudades que se inundan por culpa de los huracanes o los edificios que se queman debido a un problema eléctrico tengan algo que ver con los actos violentos...

—Pues sí, de alguna forma eso también es violencia. Mira lo que ha pasado en Nueva Orleans. Las autoridades saben que el huracán será realmente destructor y dan la orden de evacuar la ciudad. Pero tú no dispones de coche para marcharte, ni tampoco de tarjeta de crédito para sobrevivir en otro estado. ¿Cómo pretenden que huyas? ¿Y quiénes son los que están atrapados en el centro de convenciones, o sea, los que no han podido abandonar la ciudad? ¿Los ricos que vivían en los barrios elegantes de la ciudad o los más desfavorecidos?

—Los que no tienen recursos —dice Marcos—. Que, por cierto, si te fijas son todos negros, porque yo no he visto a blancos...

—¡Exacto! Es una forma de discriminación y, por lo tanto, de violencia. Como lo que ha pasado en París, donde las personas muertas eran inmigrantes alojados en edificios sin las condiciones mínimas.

—¡Ah! —reclama Marcos—. Nos tienes que contar por qué hay que hablar de violencia de género y no de violencia doméstica.

—Así como tampoco de violencia familiar —puntualiza mamá—. Porque si usas las expresiones *doméstica*, es decir, dentro de casa, o *familiar*, o sea, relativa a la familia, parece que te refieras solamente a la que se produce dentro de las cuatro paredes de casa.

—O sea, un hombre que mata a su expareja... —apunto.

—Sí. O bien un hombre que la zurra. Pero en cambio, todas las situaciones de violencia social, que las hay y muchas, o las de violencia laboral quedan difuminadas detrás de las expresiones *doméstica* o *familiar*. Además, si lo dices de esta forma, parece que estés hablando de una cuestión privada, que debe resolverse en privado.

No olvidéis que durante años, y no hace mucho de eso, se consideraba que lo que pasaba dentro de casa afectaba sólo a los de la familia y, por lo tanto, nadie debía intervenir.

—«Entre marido y mujer nadie se puede meter», dice el refrán —les recuerdo.

Mamá asiente y continúa:

—En cambio, si decimos «violencia de género», queda claro que se trata de una cuestión pública que afecta a toda la sociedad y no únicamente al hombre que pega a su pareja. Además, «de género» significa que es una violencia específica que reciben las mujeres en todo el mundo por el hecho de ser mujeres, es decir, por su género...

—Sexo, querrás decir —interrumpe Marcos.

—No, quiero decir género. O sea, es una violencia que no depende de la biología, es decir, de tener un pene, sino de la cultura, de la forma en que han sido educados los hombres.

Mamá nos mira con expresión dubitativa. En seguida continúa:

—Me parece que ya os lo he contado otras veces: el sexo es biología. El sexo es la condición orgánica con la que nacemos los seres vivos, lo que hace que seamos hembras o machos. El género, en cambio, es cultura; son las características que la sociedad establece para una mujer o para un hombre. Como se aprenden, son modificables. Por ejemplo, en el siglo XVIII el filósofo Rousseau escribió en un libro suyo muy conocido: «A casi todas las niñas pequeñas les desagrada leer o escribir, en cambio, les encanta aprender a coser».

—¡Puf! —exclamo yo, a punto de tirarme por el suelo en un ataque de incredulidad. Nunca he soportado el tema «hilo y aguja» y si he aprendido a coserme un botón o el dobladillo de los pantalones es porque en casa se han empeñado en que Marcos y yo seamos autónomos. Leer, en cambio, es mi pasión, más que para la mayoría de chicos de mi clase.

—Es posible que en el siglo XVIII las niñas no tuvieran demasiado interés en aprender a leer —dice mamá—, pero no porque fuese una característica sexual, sino porque era una característica de género, o sea, algo que aprendían. Durante siglos, a las chicas no les estaba permitido el acceso a la formación y, en cambio, les enseñaban labores. Por eso mismo preferían la aguja. Pero ahora, tanto los chicos como las chicas tienen la obligación de aprender a leer y, tanto unos como otras muestran interés por esta actividad. O sea, esta característica de las niñas se ha modificado porque es una característica de género, no de sexo.

—De acuerdo —dice Marcos—, no sé si ya me lo habías contado alguna otra vez, pero ahora me parece que no lo olvidaré.

—La violencia de género, entonces —mamá reemprende el discurso—, es una violencia específica que sufren muchas mujeres en el mundo sólo por el hecho de serlo, consecuencia de las desigualdades que tradicionalmente se han dado entre hombres y mujeres. Estas desigualdades tienen su origen en la sociedad patriarcal, cuya idea básica es que los hombres son superiores a las mujeres. Educados en esa

concepción, los hombres se consideran legitimados para utilizar la violencia contra las mujeres. Y ellas, al haber sido educadas como seres inferiores, acaban por creérselo.

—Y esto de la sociedad patriarcal, ¿cómo y cuándo comenzó? —pregunta Marcos.

Suena el teléfono. Mamá dice que lo coja yo, que seguro que es alguna de mis amigas...

—¡Qué pesadas! —añade Marcos.

—¡Tú sí que eres un pesado! —Me levanto para ir a buscar el teléfono mientras digo—: Mamá, no continúes hasta que yo vuelva.

—De acuerdo —dice.

Uno a cero a favor de mamá: es Mireya.

—Tengo muy poco rato para hablar —le digo porque, aunque me gusta charlar con ella, me pica la curiosidad por lo que nos estaba contando mamá.

—¿Control maternal? —dice ella.

Yo no le contesto y dejo que se imagine que tengo órdenes estrictas de no colgarme del teléfono más de cinco minutos.

—Como no te conectabas al Facebook, he tenido que llamarte —se justifica.

—Bueno, bueno...

—¿Preparada para una noticia bestial?

—Preparada —respondo.

—He recibido un anónimo.

—¿Un anónimo? ¿Una carta sin firmar amenazándote de muerte? —salto yo, que, como se puede comprobar, tengo el tema de la violencia paseando por mi cerebro.

—¿Qué dices? ¿Amenazas de muerte? ¡Y qué más! ¿Crees que te lo contaría con esta voz?

No, es cierto. Por el tono con el que me lo ha dicho, no parece estar asustada; si acaso, divertida, interesada...

—Es una nota anónima de amor.

—¿Y qué dice? ¿Has reconocido la letra? ¿Tienes idea de quién puede habértela enviado?

—Ni idea. No puedo reconocer la letra porque es un texto tecleado e impreso. Y en cuanto al mensaje, dice: «Que me muero por tu vida cuando veo esos ojitos, que me quedo sin sonrisa cuando doblas esa esquina, porque no me queda nada cuando te vas a tu casa». Es alucinante, ¿verdad? Ni con mil años por delante se me habría ocurrido una declaración de amor tan brillante. ¡Es para fundirse!

—Brillante, sí, pero no muy original. Antes que él, o ella, ¡quién sabe!, ya lo dijo El Canto del Loco.

—¡Ah! —dice Mireya un poco desilusionada—. No lo sabía. —Ahora me sabe mal haberle deslucido la ilusión. Creo que no tenía que habérselo dicho.

—Bueno, qué más da. Lo importante es que te manifiesta su amor, su admiración. Pero ¿no sabes de quién es?

—A decir verdad, no, aunque me gustaría que fuera Narciso. Ay, Narciso. Ya veo que este curso romperá unos cuantos corazones.

Y con la idea tan reconfortante de un anónimo salido de la mano de Narciso volándole por la cabecita, dejo a Mireya y me voy al salón.

—¿Dónde estábamos? —pregunto.

—En el nacimiento de la sociedad patriarcal.

—Probablemente comienza en la Prehistoria, tal vez hace unos cuatro mil o seis mil años, cuando la supervivencia de la especie era el primer objetivo de la humanidad. Y la supervivencia se aseguraba si las tribus tenían mujeres jóvenes, es decir, mujeres en edad de concebir. Muy pronto las chicas jóvenes se convirtieron en el bien máspreciado. Eran el botín más deseado por las tribus enemigas y el regalo mejor recibido por parte de las tribus amigas. Muy posiblemente, ésta fue la causa de que las mujeres se convirtieran en mercancía a manos de los hombres y, por lo tanto, de que estuvieran bajo su autoridad. Ahí empezó el proceso de cosificación de las mujeres.

—O sea, ¿que las mujeres erais como los cromos que se intercambian? —pregunta Marcos.

—Todavía lo somos —le digo—. Recuerda que aquí hay niñas obligadas a casarse con tíos bastante mayores que ellas, en una especie de pacto económico entre familias.

—Ésa es una situación —dice mamá—. Otra, por ejemplo, es el tráfico sexual. Millones de niños y niñas son utilizados como mercancías por las mafias y obligados a prostituirse.

—Y todavía hay otra, que presencié hace poco en un programa de debate en la tele —añado—: Un hombre hablaba de su «agencia matrimonial», donde tenía un catálogo de chicas ucranianas, al alcance de hombres de aquí que buscan una esposa de las de antes, sumisa, dispuesta a quedarse en el hogar para ocuparse del marido y de la prole, y sin ambiciones profesionales.

—Hablando claro, el tío tenía algo parecido a un catálogo de venta de mujeres —dice mamá.

—Se ve que sí —digo. Y añado con malicia—: Cuando lleguen estas ucranianas tendremos que regalarles *Rebeldes, ni putas ni sumisas*<sup>[2]</sup> para que se subleven contra la opresión de estos hombres con una mentalidad tan reaccionaria.

—¡Fantástico! —ríe mamá—. ¡Así iremos contribuyendo a la globalización de las mujeres emancipadas! Y ése sí que es un tipo de globalización interesante.

—¿Más sobre la historia del patriarcado?... —pregunta Marcos.

—Sólo una última cuestión y ya termino: situémonos en el Imperio romano, que nos queda mucho más cerca y que, de hecho, nos lega la lengua, las leyes, las costumbres, la religión... Las familias romanas eran patriarcales. *Familia* es una

palabra que viene de *famulus*, que significaba «esclavo». El páter familias era el dueño de la casa, de los bienes y de todos los que vivían con él, o sea, los esclavos, incluida su mujer y las concubinas. Era, claro está, el encargado de administrar los castigos a cualquier esclavo o esclava, ya fuera su mujer, un hijo, una hija, un criado...

—¡Caray, qué figura tan simpática la del páter familias!

—Ya ves que generaba mucho miedo, y más bien poco amor.

—¡Y qué etimología la de la palabra *familia*!...

—Pues la etimología todavía indica lo que muchas veces es esta institución. La familia reproduce el desequilibrio de poder en la sociedad: los hombres mandan y poseen los bienes; las mujeres reciben órdenes y a menudo no son propietarias de nada —dice mamá. Y después, cierra el tema añadiendo—: Queda claro, pues, que la violencia de género es la que sufren las mujeres a manos de los hombres, que ejercen así el poder que la sociedad patriarcal les otorga.

—¡Protesto! —grita Marcos—. Yo no he agredido nunca a mi pareja ni lo pienso hacer. Y mis amigos seguro que tampoco lo harán.

Le guiño un ojo porque es la primera vez que reconoce delante de mamá que ha tenido novia.

Mamá, quizá porque no se da cuenta o quizá porque no considera que sea el momento oportuno, finge que es normal que Marcos, el chico que lamentaba no tener *sex-appeal*<sup>[3]</sup>, ahora tenga atractivo sexual y pareja.

Yo aprovecho la pausa de mamá para ponerme de parte de Marcos... y de Flanagan y Koert y Carlos y Gabi y mi padre y Pepe, el amigo de la abuela Ana, y de parte de muchos otros hombres que seguro seguro nunca maltratarían a nadie.

—Estoy de acuerdo con Marcos. En mi clase tampoco hay ningún maltratador, ni presente ni futuro.

—Me encantaría pensar que tienes razón, pero no estoy tan segura...

—¡Pondría la mano en el fuego!

—Pues no, no la pongas, que te puedes quemar.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Pues por distintas razones —dice. Alarga la mano para coger el diario de encima de la mesita supletoria y continúa—: Hoy el periódico publica unas estadísticas, según las cuales, en España hay un nueve por ciento de mujeres que dicen haber sufrido violencia de género en algún momento de su vida. Si tenemos en cuenta que a menudo una mujer no se da cuenta de que el marido o el novio la maltratan o que, si es consciente de ello, no quiere admitirlo en público, las estadísticas no son más que una pequeña muestra de lo que es la realidad. Se calcula, pues, que la cifra de maltratadas puede situarse entre el diez y el treinta por ciento.

—O sea, como mínimo una de cada diez mujeres, pero quizá tres de cada diez... —digo yo mirando a Marcos, que me hace un gesto como diciendo que él ya sabe calcularlo solito.



—¡Exacto! —Mamá pasa olímpicamente de las muecas de Marcos y agradece mis comentarios—. Esto quiere decir que, por ejemplo, en clases como las vuestras donde hay una media de veinticuatro alumnos, para no complicarnos, consideraremos doce chicas y doce chicos, puede haber de una a tres futuras chicas maltratadas por su pareja y, entonces, muy probablemente, haya entre los chicos algún futuro maltratador.

—Vamos que, según estas cifras, yo conozco a alguno.

—Y también a alguna maltratada —dice Marcos. Desliza la mirada hacia las paredes del salón y luego hacia el techo—. Quién sabe si la vecina de al lado o la de arriba... De todos modos, yo te aseguro que nunca formaré parte de estas estadísticas, mamá.

—Eso espero, porque practicar la violencia contra las mujeres no depende de tener un pene entre las piernas, sino de las ideas de dominación que interiorices como hombre. Tú has sido educado en unos valores diferentes: en el respeto hacia las personas, sean mujeres u hombres, sean blancos o negros, sean de nuestro país o de fuera. Yo confío en que reproduzcas los menos valores patriarcales posibles. Y como tú, otros chicos, otros hombres, se pondrían como un gallo de pelea ante la insinuación de que podrían llegar a pertenecer al colectivo de «maltratadores». Pero si de verdad quieren posicionarse al margen de ese grupo, no es suficiente con no practicar la violencia sino que, además, no deben admitirla. O sea, que tienen que luchar activamente en contra.

—¿Como cuando nos manifestamos contra la guerra de Irak?

—¡Sí! Quiero decir que la gente que está en contra de la violencia de género no puede quedarse quieta. Igual que toda la gente que estaba a favor de la paz participó en aquellas concentraciones en todo el mundo, haría falta que las personas, en este caso los hombres, ya que hablamos de ellos, se involucraran en la defensa de los derechos de las mujeres, en la lucha contra la violencia de género. La violencia de género se ha hecho visible gracias a las feministas, pero para erradicarla necesitamos que la sociedad la vea como un problema que nos afecta a todos y a todas y que hay que modificar.

La conversación termina aquí, porque es muy tarde y mañana tenemos que levantarnos pronto. Me voy a la cama pensando en que este tema de la violencia de género apenas hace unos años que está en boca de todos. ¿Quiere decir esto que antes no existía?

—Claro que sí —me responde al día siguiente Candela, mi tutora, cuando se lo comento al salir al patio—. Lo que pasa es que antes no era una cuestión pública y, por lo tanto, no salía a la luz.

—¿Como si la vida se dividiera en pública y privada, y estuviera regida por normas diferentes?

—Exacto. Piensa que, además, el lugar de la mujer entonces estaba en la parte privada, esto es, la que quedaba dentro de casa. El hombre tenía reservada la parte pública. En definitiva, los problemas familiares no salían al exterior, porque los «trapos sucios se lavan en casa». Como si a puerta cerrada, los delitos no fuesen delitos.

—Vamos, el páter familias tenía que aplicar las correcciones pertinentes —digo yo, recordando la conversación con mamá.

Candela me mira sorprendida:

—Sí, el páter familias, el señor de la casa, a quien todo el mundo debía obediencia.

Candela se ha quedado en silencio, como si pensara en algo que la lleva muy lejos del patio y de mí. De pronto, regresa y dice:

—Además, como dijo hace años un filósofo, aquello que no tiene nombre no existe. Para mucha gente, la violencia de género ha empezado a existir a partir del momento en que se ha definido, en que se han utilizado palabras para referirse a ella. Tú puedes tener ante ti una realidad y no darte cuenta, porque nunca nadie le ha adjudicado un nombre. Es verdad, la gente ha tomado conciencia de que existe porque ha empezado a hacerse visible. Igual que cuando miramos un azulejo con pinceladas y al principio sólo vemos manchas. Hasta que alguien nos ayuda a ver que algunas de las manchas forman un dibujo, una mariposa, por ejemplo, y a partir de entonces apreciamos la mariposa y no las manchas del principio. Pues lo mismo ha ocurrido con la violencia de género en nuestro país.

Candela se queda otra vez pensativa. Se aleja de nuevo. Al cabo de unos segundos, sacude la cabeza y añade:

—Es más, estoy segura de que muchas mujeres que han sufrido o que sufren violencia de género no son conscientes hasta que oyen hablar de ella.

—O sea, que hay que hablarlo —digo yo, que empiezo a notar que una idea me ronda la cabeza.

—¡Ya lo tengo! —dice Candela en el mismo instante en que yo lanzo un grito de comanche, demostración palpable de que acabo de parir una idea brillante.

—Tú primero —dice Candela.

—Escribiré un diario sobre la violencia de género —cuento.

—Me parece una buena idea. Además, se complementa perfectamente con lo que yo quería proponerte: que el trabajo de investigación que tienes que presentar al final del curso lo hicieras sobre violencia de género.

—¡Genial! Así mato dos pájaros de un tiro.

—Mujer, para un trabajo sobre violencia no me parece una imagen demasiado apropiada —ríe Candela.

Voy al encuentro de mis amigas.

Mireya, Berta y Elisenda están en un rincón del patio. No hacen más que dar vueltas a la cuestión del trabajo de investigación. Todavía tenemos muchos meses por

delante, pero no queremos dormirnos.

—No sabemos sobre qué hacerlo —me dice Elisenda.

—Yo quizá lo haga sobre cine y literatura —comenta Berta, con cierta vacilación. Les digo que ya he encontrado el tema y lo anuncio.

—¿Violencia en general? —pregunta Mireya sin dejarme acabar. ¡Es la rápida de Kentucky!

—No. Violencia de género.

—¡Vaya! Qué idea tan buena... Ojalá la hubiese tenido yo —dice Elisenda.

—Pues todavía no os lo he dicho todo: también aprovecharé el tema para escribir otro diario.

—¡Fantástico! —grita Mireya, que siempre se apunta con ganas cuando escribo uno.

—¿Y de qué color será éste? Porque el violeta<sup>[4]</sup> y el rojo ya los tienes —me advierte Berta.

—Es verdad —dice Elisenda, que lo pasó bomba leyendo el segundo—. El violeta, de feminismo, y el rojo, de sexo. Y ahora éste...

—Verde —sugiere Mireya—. Tendría que ser verde, que es el color de la esperanza. Las mujeres que sufren maltratos necesitan esperanza.

—Sí, y las que tienen cáncer y las que están solas y las que han perdido a alguien a quien aman...

—De acuerdo, de acuerdo —concede Mireya.

—Podría ser negro —propone Berta—. El negro es el color de los ojos a la funerala.

—Oye, que no tengo ninguna intención de dedicárselo a los maltratadores, sino a todas aquellas personas que sufren violencia o que luchan en su contra —dejo claro.

De pronto, he decidido el color: azul. Azul como el cielo, como el mar, como la libertad... La libertad es lo que necesitan las personas que sufren violencia. La que necesitan las mujeres para salir del dominio masculino marcado por el patriarcado. La libertad de pensamiento, también, para empezar a ver el mundo con una mirada nueva, diferente de la que nos han enseñado. Una mirada con las gafas violeta.

Como si me hubiera leído la mente, Berta se me adelanta:

—Creo que tendría que ser azul porque, si te fijas, los otros colores ya se han utilizado para otras cuestiones. Por ejemplo, el amarillo para la lucha contra el cáncer o el blanco contra la pobreza.

—Es verdad —asiente Elisenda—. ¿Os acordáis de las famosas pulseras de plástico?

Movemos la cabeza afirmativamente. Durante mucho tiempo todo el mundo las llevaba.

—Pues no se hable más: *El diario azul de Carlota*, sobre la violencia de género. Espero vuestras aportaciones, ¿eh? Ya sabéis que los testimonios son muy importantes para mí.

—A mí no me ha maltratado nadie —dice Elisenda.

—Ni a mí —añade Berta.

—A mí tampoco —concluye Mireya.

—De todas formas, deberemos abrir bien los ojos para descubrir casos que puede que tengamos cerca sin darnos cuenta.

—O para traerte noticias del periódico.

—Seguro que a medida que avance en el trabajo, descubriremos cosas nuevas que nunca antes nos habíamos planteado —observo yo recordando las explicaciones de Candela.

Suena el timbre de las clases. Mientras entramos, aprovecho para preguntarle a Mireya si sabe algo del autor del anónimo.

—¡Chisstt!... —Me pide que hable por lo bajini—. Las otras todavía no lo saben. No, no he averiguado nada nuevo. He pasado veinticinco veces por delante de Narciso, pero él ha actuado como si yo fuera transparente. O el autor de los anónimos no es él o sufre una miopía galopante y debería ponerse gafas.

Me inclino por la primera posibilidad, por mucho que le pese a Mireya.

19 de septiembre

Aprovecho la hora de comer para ir a comprar una libreta de tapas azules deslumbrantes; creo que una libreta bonita estimula más la imaginación. Pongo la fecha de hoy porque hoy voy a empezar a escribir el diario sobre la violencia de género.

—Me parece que ya puedes ir comprando otra libreta y escoger un nuevo tema —dice con tono burlón Elisenda, que, como Berta y Mireya, está en la acera en medio de un aluvión de alumnos de primero y segundo de bachillerato que esperan a que abran las puertas del centro.

—Sí —corroboraba Berta con el mismo tono guasón—. Vas a tener que buscar una libreta rosa para escribir un diario sobre el amor.

Mireya hace una mueca.

—¡Bah! No les hagas caso; son unas tontas.

Pero les hago caso:

—Y bueno, ¿qué novedades tenemos?

—No te vuelvas —me pide Berta con una voz de película de espías—. Detrás de ti, en el otro lado de la calle, hay un tío con camiseta negra y el pelo largo y de color castaño.

Intento mirarlo con el rabillo del ojo. No lo veo. Me arrodillo para hacer como que me ato la zapatilla y lanzarle una mirada con disimulo. También disimuladamente, Mireya chasquea la lengua.

Lo he visto. Es un tío nuevo de segundo A.

—César. Segundo A. Diecisiete años. —Elisenda lo ficha.

—¿Talla, teléfono, gustos musicales...? —me río.

—Todavía no lo sabemos —anuncia Elisenda—. Lo que sí tenemos claro es que él habría preferido estar en segundo B...

—... sobre todo al lado de Mireya —acaba Berta. Se parten de risa. Mireya pone cara de fastidio.

—No me interesa ese tío.

—No, si nadie dice que tú pierdas el culo por él, sino que «él» no para de mirarte. Mireya se encoge de hombros.

—¡Pss! Puede mirar a quien quiera, ¡ya ves!

En el fondo, parece un poco satisfecha de captar la atención del tal César pocos días después de haber empezado el curso. O tal vez no, quizá sólo sea una impresión mía.

De pronto lo veo claro: César es el autor del mensaje amoroso anónimo. Miro a Mireya y levanto una ceja. Seguro que me ha entendido porque me responde volviendo a encogerse de hombros. Ya sé por qué le molesta pensar que el mensaje es de César: porque entonces seguro que no puede ser de Narciso.

21 de septiembre

Hoy, al salir de clase, paso de ir con la pandilla al Quésueñotandulce; tengo la intención de encerrarme en mi habitación a escribir el diario. Me voy corriendo hacia casa de mamá (este año, Marcos y yo vivimos con ella por primera vez desde que ella y papá se separaron)<sup>[5]</sup> y, nada más entrar, la oigo hablar por teléfono con Octavia.

Octavia es la hermana de mi padre; es escritora y vive en París. Papá tiene ahora una nueva pareja, pero como en mi casa somos muy civilizados, las dos excuñadas han conservado la amistad...

Le hago señales a mamá para que me deje hablar con ella.

Me pasa el teléfono mientras me recuerda que es una llamada internacional, que vale una pasta, que paga Octavia y que no me enrolle.

Le cuento a Octavia de qué va el nuevo diario que estoy escribiendo. Seguro que ella tiene información a raudales.

—¿Violencia de género? Es una gran idea.

—¡A que sí! Además, lo utilizaré como trabajo de investigación para este curso y expondré los resultados en clase. Quizá nos ayude a establecer relaciones sentimentales en plan igualitario...

—Tienes razón. Pero ¿sabes?, precisamente pensando en la gente joven, te propongo que incluyas otro tipo de violencia que también os afecta o puede afectaros: la violencia escolar.

—¡Ostras, Octavia! ¿Seguro? ¿Qué tienen que ver los maltratos a las mujeres con esta otra violencia?

—Yo creo que el mecanismo es muy parecido.

—Pues la verdad, yo no lo veo, pero te escucho —le digo mientras me siento en el suelo y acerco mi libreta azul y un rotulador. Tengo que reconocer que la muy combativa Octavia siempre me proporciona buenas ideas.

—La violencia escolar... —empieza.

—El *bullying* —la corto.

—Sí, ésa es la palabra inglesa. En castellano no sé cómo podríamos llamarlo...

—¿*Bully* qué es?

—Un gallito, un perdonavidas, un chulo, alguien que hace bravuconadas...

—O sea, que *bullying* sería más o menos hacerse el chulo... «chulismo» o «bravuconismo».

—Mmm, algo así. Continuemos: el chulismo o bravuconismo es la intimidación hacia un compañero de colegio.

—¿La intimidación?

—Sí. Intimidar significa provocar miedo en una persona. En este caso, se intimida al otro para tenerlo dominado. O sea (y ahora verás por qué te propongo que incorpores el tema a tu diario azul), es una forma de establecer las relaciones entre alguien, que se cree superior, y otro, a quien considera inferior. Siempre desde su punto de vista, claro. Es decir, uno domina, y el otro, entre otras razones por miedo, se somete.

—¡Vale! Entonces está claro que el mecanismo es el mismo que el de la violencia de género. Quizá todas las violencias tienen el mismo origen...

—No sabría decírtelo. Aunque no lo creo, porque, por ejemplo, el terrorismo puede tener un origen político o religioso. Pero, vaya, yo creo que te conviene estudiar estas dos formas de violencia para tu trabajo... Y aún otra más: la violencia infantil dentro de la familia. Me refiero a los maltratos de los padres (o madres) a hijos e hijas.

—¿Es el mismo mecanismo?

—Pues sí. En realidad, este mecanismo es la esencia de la familia patriarcal.

—¡Ah, sí! El páter familias y su autoridad absoluta.

—Exacto. Él era el propietario de todos los que vivían bajo su techo. Él mandaba y castigaba; el resto lo obedecía. Y todavía hoy, la estructura familiar está muy basada en ese autoritarismo.

—A ti no te gusta el autoritarismo, ¿verdad?

—No, no lo soporto. El autoritarismo es un sistema que se basa únicamente en el uso de la autoridad. Y cuando una persona sólo utiliza ese aspecto para relacionarse con el otro, resulta injusta, desagradable y, sobre todo, acaba ejerciendo su autoridad de forma abusiva.

—Pues yo diría que mucha gente está de acuerdo con este sistema y lo echa de menos. Porque oigo a mucha gente mayor que se queja de la falta de autoridad que hay actualmente y de lo difícil que resulta educar en estas circunstancias...

—Es verdad que algunas personas se lamentan por la pérdida del principio de autoridad, pero a mí me parece que la raíz del problema es que no hemos sabido sustituir el principio de autoridad, que funciona en sentido vertical: de arriba abajo, por el de respeto al otro, que funciona en sentido horizontal; o sea, tu libertad acaba donde empieza la mía.

Mamá entra en el salón y me lanza una de sus miradas asesinas y, por si no he captado el significado, señala el reloj de su muñeca y hace un gesto con la mano, como diciendo: «¡Qué morro, nena!».

—Octavia, tengo que colgar, que si no, mamá me va a echar la bronca.

Paso junto a mamá con ademán de reina ofendida. Es una actitud que hace años que practico y se me da muy bien.

—Si quieres hablar con Octavia, utiliza Skype y la *webcam*, que sale más barato —le aconseja mamá a mi culo, que se aleja por el pasillo.

22 de septiembre

El curso ha empezado peor que nunca: montañas y montañas de deberes que no me dejan tiempo para escribir nada en el diario.

Mireya se deja mirar y admirar por el tal César. Puede que a Mireya no le guste César, pero ser su objeto de atención, sí.

Por suerte, me llega un mensaje de Octavia que puedo copiar en mi diario azul. Dice lo siguiente:

*Asunto: ¡Un cuento y una regla de oro!*

Querida Carlota:

Según una leyenda, hace muchos muchos siglos, los seres humanos eran tan sabios como los dioses. Debido al mal uso de esa cualidad, los dioses los castigaron y se la arrebataron. Decidieron que la esconderían en algún lugar donde tendrían muchas dificultades para encontrarla. Todos los lugares que se les ocurrían —bosques, mares, montañas o valles— eran demasiado accesibles. Al fin, encontraron el escondite perfecto: dentro del propio ser humano, en un rincón de su mente.

Ahora, gracias a los avances tecnológicos, la ciencia puede estudiar nuestro cerebro y ha sido capaz de detectar una área —el inconsciente— que puede darnos pistas, tomar decisiones y marcar nuestro comportamiento; todo esto sin que las personas seamos conscientes de ello. Ése, pues, era el escondite.

Una de las facultades que parecen estar regidas por esta área del cerebro es la intuición. O sea, la capacidad de tomar una decisión instantánea sin que podamos explicar el porqué de manera racional. Es decir, no somos conscientes del proceso; como mucho tenemos una leve sensación física, que difícilmente se puede utilizar abiertamente para justificar la razón de nuestra decisión. Este aviso de nuestro cuerpo, que conecta con esta parte de nuestro cerebro, es muy importante. Es una señal que indica que hay actividad cognitiva de la que no somos conscientes.

Cuando conozcas a una persona, no subestimes tu intuición. Ten en cuenta los avisos que te envía.

CLASEFECHA23 de septiembre

Hasta la semana próxima no podremos ir a casa de papá, porque se ha tomado unos días de vacaciones con Lidia. Como durante los meses de junio, julio y agosto su agencia de viajes sufre la fiebre viajera de los ciudadanos y ciudadanas del país, tiene que aprovechar la bajada de intensidad de finales de septiembre para marcharse fuera. Así que Marcos y yo nos quedamos en casa de mamá.

La abuela se viene a cenar con nosotros y aprovecho para informarle del contenido de mi nuevo diario.

Cuando mamá se entera de que también voy a incorporar la violencia escolar y la familiar al diario, aplaude mi decisión.

—¿No os parece que lo del acoso escolar se ha puesto de moda, así, de repente? —observa Marcos—. Todo el mundo habla sobre eso.

Mamá y la abuela, las dos a la vez, dicen que no.

—No es que se haya puesto de moda.

—Ni tampoco es algo nuevo.

—Sólo que, de repente, se ha hecho visible. Como pasó con la violencia de género. ¿Sabéis cómo empezó esa visibilidad?

Marcos y yo decimos que no.

—Fue en 1997 cuando Ana Orantes, una mujer andaluza, denunció en un programa de televisión los maltratos que durante veinte años le había infligido su exmarido, pero sobre todo cuando, pocos días después, fue quemada viva por él —dice la abuela.

—¡Qué bestia! —decimos Marcos y yo a la vez.

—Entonces fue como si, de sopetón, se descorriera un velo y la gente empezara a tener conciencia de que la violencia de género era un hecho en nuestra sociedad. Aunque no quisieras mirar, lo veías. Todo el mundo lo había visto; y había que hacer frente a eso, había que luchar contra ella. Ya no podíamos volver la cabeza hacia otro lado —añade mamá.

Según la abuela, fue a partir de entonces cuando los periódicos empezaron a publicar noticias sobre mujeres muertas a manos de sus parejas.

—Tienes razón —dice mamá—. Las mujeres asesinadas por sus maridos nunca han ocupado un lugar en las páginas de política, como en el caso del terrorismo, pero al menos dejaron de ser noticias breves, perdidas entre acontecimientos diversos. Recuerdo que, durante los primeros años en que los medios de comunicación comenzaron a hacerse eco del tema, había personas que se preguntaban si era lógico.



No les parecían noticias suficientemente importantes. Pensaban que su lugar tenía que estar, como hasta entonces, en la crónica negra del país, sin más.

—O sea que fue una suerte que los medios de comunicación decidieran hacerlo público.

—Pues sí, Carlota. Porque, puedes creerme, lo que no sale en los periódicos, en la radio o en la tele no existe. Y con la violencia escolar ha pasado, más o menos, lo mismo, pero con unos años de retraso. Fue cuando Jokin se suicidó.

—El 21 de septiembre de 2004 —apunta la abuela—. Lo tengo bien grabado en la memoria, porque es el día en que Pepe cumple años.

—Eh, ya me acuerdo —digo—. Jokin, un chico del País Vasco, que no pudo soportar por más tiempo el chulismo o bravuconismo...

Tengo que detenerme para definir los términos. Luego continúo explicando lo que recuerdo de aquella historia. Jokin se lanzó al vacío desde una muralla, incapaz de continuar resistiendo el asedio de algunos de sus compañeros.

—Por cierto, que las familias de los agresores reaccionaron quitando hierro al asunto. Dijeron que no había para tanto, que sus hijos no eran crueles y que la culpa era de la víctima... Ni siquiera pidieron perdón a los padres de Jokin —cuenta mi madre—. Ése es un comportamiento frecuente: culpar a la víctima y usar atenuantes para la conducta del abusador.

—Como pasa algunas veces con los violadores.

—Exacto.

—De tal palo, tal astilla —dice la abuela—. Con unos padres así tienes muchos números para ser un maltratador; los comportamientos violentos también se aprenden. Si en tu casa no consideran grave que tortures a un compañero, es más probable que lo vuelvas a hacer.

Después de cenar y antes de salir de marcha, me voy a mi habitación para escribir unas notas.

*Notas para el trabajo de investigación 1*

La violencia de género, la escolar y la familiar se basan en una relación de poder entre uno que domina y otro que está sometido.

Muy curioso, ¿no?, que una persona se considere a sí misma superior a otra. ¡Qué arrogancia!

Y, por otro lado, qué idea tan absurda sobre lo que tienen que ser las relaciones: yo abuso y tú sufres abusos; yo domino y tú te sometes. O sea, relaciones no recíprocas, sino desiguales.

24 de septiembre

¡Fiesta mayor! Estoy agotadísima después de participar en tantas actividades. No me veo con ánimos ni de hacer los deberes, ni de escribir el diario azul.

Me repantigo en la cama, dispuesta a no hacer nada durante el rato que tengo antes de ir a beber unas cervezas con la pandilla, y después, participar en el *correfoc*. Quizá, incluso duerma un poco.

¡Pensamiento inútil! Marcos acaba de asomar la cabeza por la puerta de mi habitación:

—¡Jau!, hermana galáctica, ¿puedo pasar? —me saluda como si fuera un sioux en son de paz.

—¡Jau!, hermano sideral, pasa.

Marcos se sienta encima de la cama. Antes de que ponga sus asquerosas y apestosas zapatillas encima de la colcha, le advierto:

—¡Los pies quietos!

Marcos se quita las deportivas y coloca los pies como un indio encima de mi cama. Le observo los calcetines detenidamente, no sea que los lleve en un estado lamentable después de correr todo el día con sus zapatones.

—Están limpios, guapa.

Creo que tiene razón. Ahora ya estoy dispuesta a escucharlo.

—Tú dirás...

—Que me gustaría contribuir a escribir el diario azul. Mamá tiene razón: si no muestras tu rechazo a la discriminación que sufren las mujeres en el mundo, en cierto modo, es como si estuvieras de acuerdo con la situación. De momento, te traigo dos noticias sin ningún tipo de conexión a primera vista, pero que en el fondo, la tienen.

Las miro: en ambos casos los protagonistas son dos autoridades de la Iglesia católica. La primera cuenta que la fiscal jefe del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia afirma que un criminal de guerra, un general croata acusado de matar a muchos civiles serbios, está escondido en un convento franciscano y cuenta con el beneplácito del Vaticano. Según la fiscal, desde Roma le han contestado que «el Vaticano no es un Estado convencional y, por lo tanto, no tiene obligaciones internacionales de buscar criminales de guerra». La segunda noticia no es tan reciente y explica que el Vaticano, que participó como Estado en las diferentes conferencias mundiales sobre la mujer, consiguió retirar de la agenda el término «salud reproductiva», o sea, la salud femenina en relación con los embarazos, lo que ha supuesto un gran retroceso para las mujeres en todo el mundo.

—O sea, según para qué, el Vaticano es un Estado, y según para qué, no —digo yo.

—Sí —añade Marcos—. Y según para qué se declaran partidarios de una no violencia curiosa, como la que supone oponerse a que las mujeres puedan usar métodos anticonceptivos y puedan planificar sus embarazos...

—O sea, según ellos, una forma de eliminar criaturas o de impedir que nazcan.

—Exacto. En cambio, cuando se trata de perseguir a un tío responsable de un genocidio, entonces no se acuerdan de su no violencia.

—Las altas jerarquías de la Iglesia católica nunca han tenido ningún problema a la hora de ponerse de parte de la violencia, al lado de dictadores, como Franco o Pinochet. Sin embargo, siempre están oponiéndose a cuestiones referidas a la mujer, por ejemplo, los abortos.

Marcos deja los recortes del periódico encima de la cama y salta para irse. Antes de desaparecer por la puerta, me dice:

—Por cierto, ¿tú sabes qué diferencia hay entre ser agresivo y ser violento? ¿O no la hay?

—¡Ey! No lo había pensado, pero tiene que haber alguna porque nunca se habla de agresividad en la calle o de una película agresiva, sino de la violencia en la calle y de películas violentas. Ya lo averiguaré.

—Y otra cosa más: ¿tú crees que los chicos somos más agresivos que las chicas?

Cuando Marcos se larga, como si ya no me acordara del agotamiento que me tiene molida, busco en el diccionario el significado de estas palabras.

*Notas para el trabajo de investigación 2*

Según el diccionario:

Agresividad: «tendencia a acometer o atacar».

Violencia: «tendencia a dejarse llevar fácilmente por la ira o hacer uso de la fuerza».

Confieso que soy incapaz de ver la diferencia. Me voy a buscar a los de la pandilla.

25 de septiembre

Hoy sí que me dedico a currar. Primero termino un trabajo de lengua y, luego, me sumerjo de lleno en el diario azul. Ya que el diccionario no me sirvió de gran ayuda, decido navegar por Internet. Tecleo la palabra *violencia* en Google y encuentro millones de entradas. Si quisiera leerlas todas, acabaría este diario más o menos con todo mi pelo de color blanco y a punto de entrar en el club de la tercera edad. Así que seré selectiva: de las veinte primeras entradas, anotaré las que me parezcan más interesantes y, de todas las demás, seleccionaré unas cuantas aleatoriamente, a ver si me aportan algún dato interesante.

Las primeras webs que visito son técnicas. Explicaciones psiquiátricas, psicológicas, sociológicas... sobre la violencia. La mayoría van a ser muy útiles. Decido ponerlas en la carpeta de «favoritos» para consultarlas en un futuro. También doy con muchas webs feministas que hablan de violencia de género y de otras cuestiones interesantes. Entre ellas destacan las siguientes:

<http://www.nodo50.org/mujeresred/>

<http://www.mujeresenred.net/donesenxarxa/>

<http://www.redfeminista.org/>

<http://www.pangea.org/dona/>

Otras webs hablan de violencia escolar, como, por ejemplo, ésta: <http://www.acosoescolar.info/>

Todas las páginas quedan bien archivadas en «favoritos». Después empiezo a encontrar webs de otro tipo: unas me remiten a cuestiones musicales; otras, a cuestiones literarias, a cuestiones de cine... Hay algunas que no tienen nada que ver con lo que yo busco. Las hay de contenido filosófico, religioso, esotérico. Doy con algunas muy pero que muy peculiares... ¡También hay pirados que cuelgan cosas raras en la red!

Por último, encuentro algunos blogs que contienen la palabra *violencia*. Uno lleva por título *Memorias de Gregor Samsa*. No puedo resistir la tentación de leerlo. Quiero saber qué relación tiene con la violencia, pero sobre todo quiero adivinar quién se esconde detrás de un *nickname* robado al protagonista de Kafka.

*Gregor Samsa 1*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable.

Hoy me he despertado poeta. Ya verás que no es mi fuerte... De hecho, quién sabe si sirvo para algo. En fin, aquí tienes la poesía.

*Violencia ¿gratuita?*

Soy la bolsa de la basura. Fétida, hedionda, maloliente.

Me tapo la nariz y me bajo a la calle,  
donde continuará ignorándome la gente.

¿Cómo te sentirías tú,  
compañero, vecino, amigo,  
si sólo recibieras porrazos, tortazos,  
si le importaras a todo el mundo un pepino?

¡Caray! Pobre tío... o pobre tía. Tiene la moral bajo mínimos. ¿Qué le debe de estar pasando para sentirse así de mal? ¿Un fracaso amoroso de esos que te hacen imaginar que no eres digno de inspirar amor a nadie y mandan tu autoestima directa a la UVI? ¿O quizá un mogollón de insuficientes que no te atreves a comentar en casa? No, esto último es imposible, si el curso no ha hecho más que empezar... Además, habla de un solo verdugo, y no de todos los profesores de un curso...

Este Gregor Samsa me tiene bien atrapada. Quiero saber más cosas de él. Quiero saber si sufre algún tipo de maltrato o si en realidad no es más que una metáfora o, simplemente, es un paranoico que ve problemas donde no los hay.

Veo que, anteriores a éste, hay un par de documentos más, así que entro.

*Gregor Samsa 00*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable.

Me llamo J. y vivo en Cáceres. Tengo dieciséis años y unos padres que parecen hechos de mármol y no de carne y hueso, y tengo una hermana que conoce la ternura, pero a quien no puedo recurrir porque sólo tiene dos años, y tengo una cámara para filmar «películas», y lo que no tengo son narices. Porque si las tuviera, en vez de colgar este blog en la red para ver si alguien me lee —cosa que dudo seriamente— y para desquitarme, hablaría con mis padres para que me cambiaran de instituto. Porque éste es mi drama: acabo de empezar otro curso

escolar, primero de bachillerato, y de nuevo me espera un año durísimo, codo a codo con mi agresor.

Pero no tengo narices. Y así me va la vida.

El texto no contiene ningún comentario. No parece que este blog despierte entusiasmo entre los usuarios de la red. Entro en el siguiente documento.

*Gregor Samsa 0*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable.

J., alias *Gregor Samsa*, alias *el escarabajo miserable*. Como dice mi abuelo, que es gallego: «Hay días en los que se te mean encima y tienes que decir que llueve». Esto es lo que me pasa a mí día sí y día también.

No hay nada más escrito. En este blog, el escarabajo miserable está más lacónico.

Me gustaría llegar a tiempo para impedir, por ejemplo, una transformación de este chico en un escarabajo o en un gusano. Con *La Metamorfosis* de Kafka ya tenemos bastante.

Le dejo el siguiente comentario:

Tu poema no es de los mejores que he leído, pero tiene algo. Y me intriga mucho tu estado de ánimo, pero sobre todo me gustaría saber por qué te sientes como el cubo de la basura. ¿Quién es el responsable de que sea así?

Como mínimo, aquí estoy para leerte/escucharte. No perdemos nada, ni tú ni yo.

Lo ha dicho Spiderwoman el 25 de septiembre a las 11.37.

Antes de irme a la cama recibo la visita de Marcos. Por la pose de gusano y por el modo en que se arrastra, deduzco que él sí que ha sufrido una metamorfosis y que viene a pedirme algún favor.

—Hermana milagro... —empieza.

O sea, está claro que quiere algún favor, ¡y de los gordos!

—El sábado que viene, ¿me podrás dejar tus patines?

—¿Y los tuyos?, ¿los has perdido?

—Los tengo que llevar a reparar. Se me han fastidiado los cierres.

—De lo bien que los tratas, animal.

—¿Me dejarás los tuyos o qué?

—O qué, nene, o qué. Si te los dejo, pueden acabar como los tuyos y no me da la gana. Además, aunque quisiera, el sábado es completamente imposible porque he quedado con la pandilla para ir a patinar.

—¡Simpática! —grita Marcos cerrando la puerta ruidosamente.

Mientras me voy a la cama oigo la voz de mamá que se queja del golpe.

—¡Maaaaarcoooooos!

26 de septiembre

Llamo a la puerta del departamento de ciencias. Badía tiene la hora libre, y según mamá, él, que es biólogo, me puede resolver la duda sobre agresividad y violencia. A ver si es verdad.

—Hola, Carlota. Adelante.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, salgo del despacho cargada con dos DVD, un montón de apuntes hechos a mano y un libro escrito por un catedrático de filosofía de la ciencia que habla de la mente de las personas violentas.

Badía me despide:

—Y no lo olvides: lobos entre lobos no se muerden.

A la hora de comer quiero escaparme rápido a casa. Tenemos la tarde libre y aprovecharé para ver los DVD y echar una ojeada al libro que me ha dejado Badía.

Berta y Elisenda se apuntan a venir conmigo.

—No sé si habrá comida suficiente para las tres —aviso.

—Pediremos una pizza —dice Berta—. Pago yo, que estoy rica. Me quedan muchos euros del canguro del verano. ¡Un mes ocupándome de dos microbios de tres y cinco años, mientras su madre se tostaba al sol y su padre no despegaba la oreja del móvil!

—¿Y Mireya? —pregunto, porque me parece raro no verla con nosotras.

—Creo que tiene plan —dice Elisenda en tono de burla.

¡Ay! César, claro. A pesar de la indiferencia de ella, él persiste; no la deja ni a sol ni a sombra. Porque es obvio que, si el sábado Mireya desapareció en pleno *correfoc*, fue porque el tío, que a última hora se había apuntado a ir con nosotros, se la llevó a otra parte... más interesante. Y si el domingo tuvo el móvil todo el día desconectado fue por alguna razón ligada al pelma de César. Y que hoy tampoco estuviera con nosotras al mediodía, al salir de clase, seguro que también tiene que ver con el tontaina. Lo que no entiendo es por qué le sigue el rollo, si resulta que no le gusta. Quizá la indiferencia de Mireya es sólo aparente. Se ponga como se ponga, hay que rendirse a la evidencia de que él es el autor del anónimo amoroso, aunque ella continúa diciendo que ignora quién es.

—¿Cómo acabará esta historia? —pregunta Berta con picardía, como si pensara lo mismo que yo.

Por el camino, pedimos la pizza por el móvil de Elisenda; así tardaremos menos en poder hincarle el diente.

En casa, pongo el DVD, mientras cuento a mis amigas lo que Badía pretende que observe.

—Según él, todos los animales son agresivos. Parece ser que animales y personas tenemos un centro en el cerebro...

—¿Qué quieres decir con eso de «un centro»?

—Pues, para entendernos, una especie de mando... Este mando está programado para desencadenar una respuesta agresiva ante determinados estímulos, por ejemplo,

un peligro. O sea, delante de una situación peligrosa se dispara nuestra agresividad.

—Esto quiere decir que la agresividad, en esencia, no es mala —observa Berta.

—Exacto, y no sólo no es mala, sino que es necesaria. Sin embargo, según parece, el mismo mando está programado para frenar la agresividad cuando los estímulos son otros, por ejemplo, cuando el contrario muestra sumisión. Se ve que el cerebro está programado de esta forma para evitar que los animales de la misma especie se maten entre ellos.

Empezamos a ver los DVD. El primero es una película en plan National Geographic. Un documental sobre animales. Primero, una escena de caza: un león huele a una gacela, la sigue silenciosamente; la gacela se da cuenta, tensa el cuerpo, huye tan de prisa como puede; el león la alcanza, la derriba, le clava una dentellada y la deja tiesa; empieza a zampársela. Segundo, una escena entre ciervos adultos: es la época del apareamiento y los machos compiten entre ellos para copular con las hembras; se ve que es una forma de asegurar cervatillos y gamos fuertes, ya que a las hembras las preñan los que ganan la lucha, es decir, los más resistentes y, por tanto, los más sanos; aun así, mientras esas bestias de cuernos impresionantes se pelean, ni una sola vez llega la sangre al río: sólo se trata de doblegar al otro y demostrar quién domina la situación.

—O sea, como dice Badía, una cosa es un animal en plan predador, cuando busca su comida y ataca con la idea de matar... En este caso, su mando mental no reacciona a los alaridos de terror del otro bicho, que claro, nunca pertenece a su misma especie. En cambio, cuando un animal lucha contra un igual, nunca lo llega a matar si el otro demuestra su miedo.

—Como los perros... Cuando un perro es atacado por otro se pone panza arriba para demostrar que admite su derrota...

—Sí. Por eso Badía dice que «lobos entre lobos no se muerden».

Abro el libro que me ha dejado Badía y leo:

—«*Homo homini lupus est*».

—¿Puedes traducir, que no sé latín? —dice Elisenda.

—El hombre es un lobo para el hombre.

—O sea, algo así como los hombres entre hombres sí que se muerden.

—Vaya que sí, mirad —digo. Y pongo en marcha el otro DVD.

El DVD recoge dos escenas de películas actuales, todas de gran violencia. Las personas se atacan entre ellas y se zurren sin piedad. Primera escena, una lucha cuerpo a cuerpo entre dos tipos; uno de ellos domina la situación y rápidamente acorrala al adversario; a pesar de las muestras de sumisión que emite el más débil — desde los gritos hasta las muecas de terror—, el más fuerte se lo carga sin expresar ningún tipo de angustia. Segunda escena, un grupo de soldados disparan con tanques y metralletas contra un grupo de hombres; las víctimas están tan lejos de los atacantes que éstos no aciertan a ver sus expresiones llorosas ni oyen las súplicas, razón por la

que el mando cerebral no interrumpe la respuesta agresiva; así resulta más fácil matar.

—Vamos —dice Berta, todavía con la boca abierta por todo lo que acaba de aprender—, que las personas somos los únicos animales que podemos tener el mando estropeado y ser capaces de matarnos entre nosotros.

—Puede que algún animal tenga el mando estropeado por culpa de alguna cuestión biológica deficiente. Lo que está claro, en cambio, es que en las personas el mando puede tener un mal funcionamiento no sólo por causas biológicas, sino sobre todo por razones culturales. Las ideas nos pueden volver violentos.

—Pues entonces seguro que los videojuegos son una forma de aprendizaje rapidísima de la cultura de la violencia. Según parece, uno de cada tres niños (fijaos en que la mayoría son niños, y la minoría, niñas) reconoce que roba, tortura y mata a personas en estos juegos. Por cierto, las víctimas siempre son mujeres, criaturas o personas mayores.

El resultado de hoy, después de charlar con Badía y ver los DVD, es un informe. Antes de ponerme a escribirlo, Marcos asoma su apéndice nasal por la puerta y dice:

—¿Me dejarás los patines el sábado?

Ya me conozco esta táctica; es la de la persistencia. Insistes, insistes, y el otro, por agotamiento, acaba diciendo que sí.

#### *Informe 1*

El ser humano es agresivo por naturaleza, pero no necesariamente violento.

Violencia: «respuesta de muchos seres humanos, fruto del aprendizaje cultural».

O sea, para entendernos, la violencia se produce porque se ha alterado el mando dentro del cerebro. Y esa alteración es muy a menudo fruto de la cultura. ¡Caramba! No es la primera vez que pienso que la cultura tiene cosas buenas, pero otras que no lo son tanto, ¿verdad?

La cultura son las ideas y los sentimientos que hemos ido aprendiendo y que están instalados en la parte delantera de nuestro cerebro. Muchas de esas ideas son las responsables de modificar la respuesta del mando que rige la agresividad.

Pongamos, por ejemplo, que la cultura transmite durante siglos que las mujeres o los negros o los homosexuales son seres de segunda; pues ya tenemos el nacimiento de la violencia de género, la violencia racista o la violencia homófoba.

Queda claro, pues, que a menudo la violencia es fruto de la cultura. Si bien la agresividad es absolutamente necesaria —si no, ya habría desaparecido el planeta—, la violencia no es necesaria en absoluto. Al contrario, si la violencia va en aumento, quizá pulverizaremos la Tierra, y de paso, a la humanidad entera.

Oigo la puerta de casa y al mismo tiempo el timbre del teléfono. Estoy a punto de levantarme para cogerlo cuando oigo la voz de mamá.

—Hola, Carlota —saluda entrando en la habitación con el inalámbrico. Me da un beso, me pasa el aparato y me dice—: Es Mireya. Por favor, no te cuelgues muchas horas, que te toca hacer la cena a ti.

Cojo el teléfono volando porque me muero de ganas de que Mireya me cuente lo que está pasando.



—Hola, guapa. Ya era hora de que me pusieras al día de tu vida sentimental...

—Agitada. Vida sentimental agitada. Estoy hecha un lío, Carlota. Cuento contigo para que me ayudes a poner las cosas en claro.

Me siento en el suelo para escucharla más atentamente. No sé nada de ella desde hace dos noches cuando, en pleno *correfoc*, nos dejó plantados. La explicación empieza en ese punto.

—Desaparecimos, sí, porque César...

—¡Ah, él!

—Sí, chica, pensaba que lo habrías captado...

—Me faltaba tu confirmación.

Pues se ve que César se había pasado todo el *correfoc* pegado a ella, como si fuera su sombra. Los demonios y los dragones que arrojan fuego por la boca y hacen estallar petardos en los pies de la gente son la excusa perfecta para que dos se arrimen más de la cuenta. Y eso es lo que hizo César. Y Mireya se había dejado querer...

—No es Narciso, pero no está nada mal.

Aunque discrepo, no se lo digo. César tiene una pose de «pobre de mí» que me saca de quicio. Parece un alma en pena, como si nada le saliera como él quiere... por culpa de los demás. Te dan ganas de darle un euro y decirle que se compre unas cuantas piruletas.

—Además —continúa—, es un tío superamable. No he conocido a otro igual. Es tan enrollado, siempre pendiente de lo que yo digo, siempre dispuesto a llevarme a casa con su moto, siempre con detalles sorpresa... ¿Te dije que antes del *correfoc* me regaló un CD que le había comentado que me iba a comprar?... ¿Cuándo has visto tú a un chaval que haga algo parecido?

Nunca, realmente. Y menos esto. Porque la gente no tiene tanta pasta como para ir comprando CD así como así. Pero, en fin, quizá sí que el tal César es un diamante en bruto y yo no me doy cuenta. Tal vez Mireya ha sido capaz de descubrir esa faceta encantadora, que yo no he sabido ver. Mejor para ella.

—Total, que el tío me propone dejar el grupo para irnos él y yo solos a charlar un rato.

Mireya me cuenta que, después de tantos acercamientos furtivos, a ella ya le apetecía desaparecer con él. Dice que fueron a una plaza de cemento, la única que tenían por allí cerca. Aunque ella habría preferido un buen césped... Parece ser que en seguida se pusieron a charlar de sus respectivas experiencias amorosas. O, para ser más exactos, de los líos sentimentales de él, porque ella no pudo hacerse un hueco en la conversación para contarle los suyos. César le dijo que nunca había tenido suerte con las chicas...

—¿Nunca ha salido con una chica? —pregunto un poco sorprendida, porque el día que lo conocí no me llevé esa impresión.

Mireya me dice que sí, que con unas cuantas, pero que nunca le han funcionado las relaciones. Las chicas no lo entienden; se siente incomprendido, poco querido;

ellas lo acaban convirtiendo en un desgraciado...

—Dice que siempre le han tocado chicas depresivas y malhumoradas...

Quién sabe si no es por su culpa por lo que acaban tristes y de mal humor, me digo, pero no lo expreso en voz alta.

—Que, en cambio, yo siempre estoy de buen humor y lo pongo contento...

Me cuenta que cuando llevaban un rato hablando, César le dijo que había escrito una poesía para ella.

—¿De amor?

—No exactamente. Es una poesía que habla de mí, de mi físico y de mi forma de ser.

Mireya no me la recita porque tiene miedo de que me ría. Me habría gustado oírla. Según ella, al llegar el momento poético, empezaron a besarse y a magrearse. Se ve que César es un crac dando besos de tornillo.

«¡Ay! ¡La cena!», me digo cuando veo que mamá pasa junto a mí haciéndose notar y poniendo la esfera del reloj debajo de mi nariz.

Con un gesto y sin palabras, le digo que sí, que ya acabo. Mamá desaparece, Mireya continúa la descripción de los besos atornillados y los tocamientos apasionados, y yo carburo a toda pastilla para resolver el dilema cena-confesión.

—Un segundo, guapa.

Corro a la habitación de Marcos.

—Me toca hacer la cena, pero no puedo. ¿Me cambias el turno, por favor?

—¡Sí, hombre! —empieza a gritar Marcos, indignado. Se para de golpe y añade —: A cambio de tus patines el sábado por la tarde.

—¡Hecho!

Vuelo hacia el teléfono y le digo a Mireya que continúe.

—Y ya está: después de un buen rato, me acompañó a casa con la moto.

Según parece, a la mañana siguiente, cuando se despertó, Mireya decidió que había estado en la gloria, pero que no tenía intención de darle un significado concreto a «esa gloria».

—Pero él no pensaba lo mismo. Cuando no hacía mucho que me había levantado, recibí el primer whatsapp.

Aunque pensó que él se había pasado un poco de rosca, como si el tío ya diera por hecho que salían juntos, su primer impulso fue contestarle con un entusiasmo excesivo.

—Es que el entusiasmo de él se contagiaba —se justifica.

Y si no lo hizo, fue porque antes de poder apretar una tecla ya tenía el segundo whatsapp de César en la pantalla. Y unos segundos más tarde, el tercero.

—Tiene el pulgar más rápido del universo; ¡te lo juro!

Cuando ya habían aparecido en la pantalla quince mensajes seguidos, que Mireya apenas terminaba de leer uno cuando ya llegaba el siguiente, decidió que la medida más prudente sería apagar el móvil y concederse un tiempo para reflexionar.

—Estoy hecha un verdadero lío, ¿sabes? —me explica Mireya, con una voz que no le acabo de reconocer—. Estaba claro que el tío ya había asumido que yo era su novia. Pero yo no sabía si quería serlo. Y, en realidad, continúo igual de desorientada...

Parece ser que esta mañana César oscilaba entre una pequeña dosis de mala leche —consecuencia del móvil apagado—, cierta melancolía —por las no respuestas de Mireya a sus mensajes de amor— y una notable euforia por el sobeteo que hubo después del *correfoc*.

—He tenido que decirle que iba muy de prisa para mi ritmo. Y él me ha contestado que no me tenía por una chica lenta.

—Y no se equivoca —le digo. No tengo necesidad de recordarle experiencias anteriores.

Pues, esta vez, es diferente. Necesita ir más despacio, dice que necesita que César le dé tiempo.

—Me ha dicho que quería hablar a la hora de comer.

—Por eso te has perdido la sesión de DVD que hemos hecho en casa.

Mireya pasa por alto mi comentario y continúa explicándome el culebrón.

Se ve que César quería ir a un bar o a una cafetería, pero se ha negado a ir al Quésueñotandulce, alegando que quería estar solo con ella. Según él, en nuestro bar de toda la vida hay demasiados ojos y demasiadas orejas pendientes de cualquier pareja, sobre todo si es nueva. Ha escogido otro local; una pizzería un poco pija.

—¡Caray, este tío está forrado!

Mireya, que lleva puesta la directa, me cuenta que el tío se ha sacado un paquetito del bolsillo y lo ha dejado encima de la mesa, mientras le decía: «Esto es para ti. Me gustaría que fueras mi novia».

—¿Y qué había dentro del paquete?

—Un corazón de plata muy pequeño que pende de una cinta de cuero.

—No parece que tenga mal gusto.

Mireya me hace saber que está de acuerdo conmigo y prosigue con las explicaciones. Le ha dicho a César que necesita más tiempo, que no tiene las ideas claras y que se lo tiene que pensar. Que sí, que el corazón que le ha regalado es muy bonito, pero que no es razón para que ella acepte ser su novia.

—Me ha parecido que se impacientaba, ¿sabes?, pero en seguida se ha puesto a tono —me dice mi amiga.

Parece ser que «a tono» quiere decir que César ha sido razonable y ha admitido que comprendía que necesitara tiempo para pensarlo. Eso sí, en seguida ha vuelto a añadir leña al fuego pidiendo que no lo hiciera sufrir, que no tardara demasiado en decidirse, que ella es la mujer de su vida y la única que lo puede hacer feliz.

—Un poco exagerado, el chico. Y, además, con vocación de futurólogo.

—Quizá sí —dice Mireya—. Pero te aseguro que me han dado ganas de decirle «sí» y acariciarle el pelo. Me hacía sentir protectora. Pensaba: quizá yo, a diferencia

de todas las otras que hasta ahora lo han intentado, realmente pueda hacerlo feliz. Me sentía... ¡una salvadora!

—Total, ¿qué le has contestado?

—Que tenía que pensármelo.

Las dos nos hemos quedado sin decir nada. Seguramente, hace dos años, no habría entendido tantas dudas. Habría pensado: o te gusta, o no te gusta. Y punto. Pero después de mi lío Flanagan-Koert, llegué a la conclusión de que, a veces, las cosas del amor no son tan fáciles como las pintan en los libros y en las películas.

—Es que —ha comenzado Mireya con vacilaciones—... por un lado estoy muy a gusto porque me atrae, porque me hace sentir que me necesita, que le gusto y que, sobre todo, lo puedo ayudar...

—Mireya, a tener ganas de ayudar no puedes llamarle amor, ¿no?

—No tengo ni idea. Quién sabe... ¿Tú tienes tan claro lo que es el amor?

No, reconozco que no tengo ni la más remota idea. Pero cuando me siento enamorada, no me sale ninguna vena madreTeresadeCalcuta. ¡Eso, seguro!

—Pero por otro lado...

—¿Por otro lado? —la he ayudado, cuando he visto que volvía a encallarse.

—Pues es que... no sé cómo explicarlo. Hay algo dentro de mí que me hace sentir inquieta, como si fuera mejor decir «no»... Pero, entonces, me digo a mí misma: «¿Y qué motivos tienes para decirle “no”, si resulta que te gusta y está... bastante bien?». No sé cómo explicarlo. Es una sensación débil pero inquietante.

Lástima una y mil veces haber leído el mensaje de Octavia demasiado de prisa, no haberlo entendido, haberlo dejado para otro momento... Si todo esto no hubiera pasado, si yo hubiera tenido presente la regla número 1 de Octavia, se la habría podido recitar a Mireya y quizá nos habríamos ahorrado todas las desgracias que tendrían que producirse antes de que acabara el trimestre. Pero la primera regla de oro de las relaciones descansaba en mi libreta azul, aguardando a que la leyera a fondo y fuese capaz de interpretarla...

En resumen: se lo tiene que pensar. Y yo tengo que colgar porque he estado con el auricular pegado a la oreja... ¡una hora y media! No me lo puedo creer. Mamá me hará picadillo.

Corro hacia la cocina. A juzgar por los restos que hay encima de la mesa, Marcos y mamá ya han terminado de cenar. ¡Tierra, trágame! Me voy al salón.

Mamá me mira por encima del libro que lee:

—No creerías que íbamos a esperarte, ¿verdad?

Verdad. Me voy a cenar sola, contenta de que el incidente se haya cerrado de una forma tan poco cruenta.

27 de septiembre

Por la mañana, Mireya todavía no tiene clara la respuesta, pero, por suerte, no tiene por qué hablarlo con César porque hoy los de segundo A tenían una salida y hasta la tarde no volverán. Aun así, un César virtual ha estado presente a lo largo de la mañana a través de una montaña de whatsapps, con textos muy diversos: César haciéndose la víctima («no me destroces», «no seas cruel»...), César enamorado («eres la mejor chica que he conocido», «estoy megaloco por ti», «desde que te he encontrado veo la vida de otro color»), y César un poco... un poco mosca cojonera («si de verdad tienes corazón, no me dirás que no», «no te quiero perder», «no acepto un no por respuesta»). No sé cómo Mireya tiene paciencia para tanta tontería. Yo ya lo habría plantado.

Al mediodía, en casa, entro en mi correo electrónico y encuentro, entre otros, un mensaje de Octavia. ¡Bien! Ya empieza a enviarme información.

*Asunto: Sobre ideas progresistas e ideas tradicionales*

Querida Carlota:

Quería que vieras que, en general, los chicos o las chicas que practican la violencia suelen tener más ideas racistas u homófobas que los que no la practican.

Te mando un test que se utiliza para medir si una persona tiene ideas muy tradicionales de lo que un hombre y una mujer deben ser. Las respuestas pueden ser éstas:

- A. En absoluto estoy de acuerdo.
- B. No estoy de acuerdo.
- C. Estoy bastante de acuerdo.
- D. Estoy totalmente de acuerdo.

*Test 1*

1. Un hombre, para que sea muy hombre, tiene que ser un poco cabrón y un poco brusco.
2. Una mujer, para ser muy mujer, tiene que ser bonita y dulce.
3. Los hombres que han tenido unas cuantas novias y que son un poco malas piezas resultan más interesantes.
4. Las mujeres que han tenido unos cuantos novios son unas frescas.
5. Una mujer puede estudiar, pero su tarea principal será ocuparse de la casa y las criaturas.
6. Un hombre que cambia los pañales a un bebé es un poco mariquita.
7. Una mujer siempre sabe cuál es su lugar.
8. Los celos son la prueba de que el otro te ama.
9. Una relación muy apasionada entre un hombre y una mujer a veces conlleva cierta violencia.
10. Si una mujer pone celoso a su hombre, se merece que él le pegue.
11. Las mujeres necesitan un hombre que las proteja.
12. Los homosexuales no son hombres de verdad.
13. Todas las lesbianas son unas mandonas.
14. Un hombre no debe mostrar sus sentimientos; si lo hace es porque no es lo bastante hombre.
15. Si en una casa una mujer lleva los pantalones, el hombre es un cero a la izquierda.
16. Los gays y las lesbianas no deberían poder casarse.

Si obtienes muchas respuestas A o B significa que:

- Tu mentalidad es abierta.
- Piensas que las personas no están cortadas todas por el mismo patrón y que, por lo tanto, hay maneras muy diversas, y todas respetables, de ser, actuar y estar en el mundo.
- Seguramente crees que el aprendizaje es una forma de avanzar y cambiar.
- Tienes menos probabilidades de practicar la violencia escolar y/o de género o tolerarla.

Si te salen muchas respuestas C o D significa que:

- Tu mentalidad es cerrada.
- Piensas que las personas están determinadas por la naturaleza y que, por lo tanto, sólo hay una forma de ser mujer o de ser hombre; no quieres ni oír hablar de los gays o las lesbianas; crees que los inmigrantes tendrían que quedarse en su casa.
- Tienes más probabilidades de practicar la violencia escolar y/o de género o tolerarla.

Piensa que las mentalidades cerradas son rígidas y que las estructuras rígidas, sean personas o materiales, tienen más posibilidades de quebrarse. Las mentalidades abiertas, sin embargo, son más dúctiles y, por lo tanto, no se rompen, sino que se adaptan. O sea, la rigidez es una mala compañera de viaje para ir por la vida.

Hago el test. Todas mis respuestas son una A como una casa.

Le envío un mensaje a Octavia con los resultados que he sacado y le hablo, de paso, de la historia César-Mireya. Le cuento que no me parece probable que el sentimiento de Mireya sea amor y le pido su impresión. Después, como veo que Berta se ha conectado al Facebook, aprovecho para hablarle del test:

Carlota: ¡Eo!

Berta: Contigo quería hablar yo. ¿Me puedes dejar *El ángulo del horror*, de Cristina Fernández Cubas, que me apetece mucho leerlo?

Carlota: ¡Por supuesto! Es una pasada de libro. Me encanta cómo escribe esta mujer. Te lo llevo esta tarde. Y de paso te traeré un test que me ha enviado Octavia para mi diario azul.

Berta: ¿De qué va?

Se lo cuento y cerramos la sesión. Hago unas cuantas impresiones del test. Esta tarde se lo pasaré a los de la pandilla, aunque me imagino que siempre marcarán la casilla de la A.

Al salir de clase, les doy el test, pero no tengo tiempo de comentarles casi nada porque, en un momento, sin que tengamos tiempo ni de movernos, se produce un incidente que podría haber acabado en accidente y que origina un giro nuevo en la historia de Mireya y César.

La escena, a cámara lenta, ha transcurrido más o menos así:

1. Les doy el test a mis amigas.
2. Mireya se aleja y se apoya en una farola, esperando a que los de segundo A — el cursi de César— vuelvan de un momento a otro de la visita que han hecho al Museo de Arte Moderno.
3. Uno de los profesores que acompaña a segundo A dobla la esquina y se aproxima hacia nosotros, o mejor dicho, hacia la entrada del centro.
4. César y algún otro compañero también doblan la esquina.
5. En el mismo momento en que César entra en nuestro campo de visión, una moto dobla también la esquina por el lado de la calzada.
6. El conductor hace mucho ruido, conduce de manera temeraria. Da mucho gas y se sube a la acera, corre junto a algunos compañeros y compañeras.
7. Al llegar a la altura de Mireya, le tira del bolso.
8. Mireya grita, cae, pero no suelta el bolso.

9. La moto se tambalea, colea y se queda momentáneamente parada, mientras el conductor sigue tirando del bolso.

10. Entonces se oye un aullido potente que parece salir de un pie enorme que se dirige disparado contra el asaltador de caminos motorizado.

11. El pie, seguido de una pierna, también potente, cae con fuerza sobre el conductor, que acelera con rabia.

12. Mireya vuelve a gritar cuando nota que la moto la arrastra, ya que su bolso todavía es un vínculo entre ella y el asaltante.

13. Nuevamente la bota y los pies potentes se ponen en acción; ahora veo que pertenecen a César.

14. César procura retener la moto con una mano mientras con la otra intenta arrancar el bolso y liberar a Mireya.

15. César alcanza el segundo objetivo, pero no el primero. El bandolero motorizado consigue escapar.

Entonces todo el mundo se pone a gritar y a hablar a la vez. Berta, Elisenda y yo nos acercamos a Mireya, pero, claro, César se nos ha adelantado y la abraza tiernamente. Mireya le devuelve el abrazo mientras llora, no sé si de dolor, de miedo o agradecimiento.

—¿Te has hecho daño? —le pregunto.

El cabello se mueve cuando niega con la cabeza, pero no me mira. Tiene la cabeza hundida en el cuello de César, que pone cara de supermán. Quiero decir que pone cara de estar muy satisfecho de él mismo porque se considera un héroe. Y de hecho, la suya ha sido una acción heroica; lo reconozco.

No hay duda: si Mireya había decidido decirle que no, ahora ha cambiado de opinión. Y si no se sentía totalmente enamorada de César, ahora se deshace junto a César héroe. Cuando desentierra la cabeza de entre los cabellos castaños de él y me mira, le veo en los ojos una mirada que, ¡ahora sí!, reconozco. Está colada por él.

—Sobre todo, acordaos de responder el test. Hasta mañana —digo.

Llego a casa y entro en el PC. Tengo un correo de Octavia. Dice lo siguiente:

*Asunto: Relaciones sentimentales problemáticas*

Querida Carlota:

Si el sentimiento que te inspira tu pareja está más cerca de la compasión o de la protección, dudo mucho que sea amor. Justamente, ésta es una precaución suplementaria que hace falta que muchas chicas adopten a la hora de declararse en estado de enamoramiento. Todas las mujeres hemos sido educadas para ocuparnos de los demás y olvidarnos de nuestras propias necesidades. Por esa razón, a menudo nos sentimos atraídas por chicos que van de víctimas y desvelan nuestra voluntad de ocuparnos de ellos. Mucho cuidado con este tipo de relaciones; a la larga suelen traer problemas.

Un besazo,

Octavia

—¿A los chicos no nos puede pasar? —pregunta Marcos. Y me lo encuentro pegado a mi espalda leyendo con toda su jeta el mensaje de Octavia.

—Leer la correspondencia ajena es una violación de la intimidad.

—Ey, que no quiero violar nada; sólo pretendo defender mi cuota de uso de este ordenador, que, mientras no se demuestre lo contrario, tenemos que compartir.

Tiene razón. ¿Qué puedo alegar?

—Ahora te lo dejo libre. Y en cuanto al mensaje de Octavia, supongo que nos puede pasar tanto a chicos como a chicas, pero es más fácil que nos pase a las chicas justamente por los estereotipos de género en los que pretenden encasillarnos. Ya sabes: vosotros fuertes, decididos, independientes... Nosotras débiles, cuidadoras y nutricias, sumisas.

28 de septiembre

Calma en clase. Mireya está en un estado de imbecilidad que no deja lugar a dudas: ahora el enamoramiento va a toda vela. Las otras vamos tirando: Berta suspira por un amor concreto, el de Narciso; yo suspiro para no liarme con nadie... al menos durante el primer trimestre.

En casa, me tiro en plancha delante del ordenador, no sea que llegue Marcos y se lo tenga que ceder. Quiero ver si Gregor Samsa ha colgado algún documento nuevo. ¡Síííí!

*Gregor Samsa 2*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable

Escarabajo acepta psicoterapia virtual.

Gracias, gracias, Spiderwoman. Te ofrezco más capítulos de mi drama particular e intransferible (si pudiera, te aseguro que lo transferiría).

Hay días que te levantas pensando que sería mucho mejor no salir de la cama, ¿no te parece? ¿A que te ha pasado alguna vez? En mi caso, no es que de vez en cuando tenga un día de éstos, es que los tengo desde que cumplí catorce años, empecé a estudiar tercero de ESO y tropecé con Aníbal Lecter, un compañero de clase. Como puedes imaginar, le pongo el alias para ahorrarme el nombre de ese tío —el más cruel y molestón de la Tierra— y evitar que pueda ser reconocido. De hecho, a mí me da igual que alguien pueda reconocer la identidad de ese bestia; el problema es que, identificado él, identificado yo. Y a mí me interesa mantener el anonimato. Por eso utilizo este *nickname*: Gregor Samsa. Supongo que ya habrás adivinado por qué lo he escogido. De hecho, te diré que ya hace mucho tiempo —algo después de haber conocido a Aníbal Lecter— que empecé a sentirme como un escarabajo. Un escarabajo miserable. Desde que Aníbal Lecter aterrizó en mi vida y comenzó su labor destructiva hacia mi persona, yo inicié una lenta transformación que ha culminado en lo que ahora soy: un ser con seis patas, para huir a más velocidad; con ojos de mirada estroboscópica, que me permiten vigilar al enemigo; con unas antenas que captan cualquier movimiento de peligro, y, sobre todo, con un caparazón que me ayuda a sobrevivir miserablemente.

O sea, que no he llegado a tiempo para impedir la metamorfosis. Este chaval está hecho polvo por culpa de un chulo de barrio de su clase.

Le dejo un comentario:



¡Ey, Gregor! Lo que tú vives tiene un nombre: violencia escolar. O al menos eso parece, por lo que escribes en tu blog. Lo que no sé es qué te hace ese canalla de Aníbal Lecter, ni qué excusa utiliza para molestarte. Cuéntamelo. Seguro que te irá bien. Tienes que sacarlo de dentro, escupirlo. ¡Ánimo! Te escucho.

Lo ha dicho Spiderwoman el 28 de septiembre a las 18.02.

29 de septiembre

Anochece, y mientras estoy en la habitación leyendo, mamá me llama desde el salón. Voy para allí.

—Mira, Carlota. Un ejemplo de violencia para tu diario azul.

—Y señala con el mando de la tele la pantalla.

Es la pasarela Gaudí, o la Cibeles, o la de Milán, o la de Nueva York... qué más da, porque las imágenes pueden corresponder a las de cualquier desfile de moda en el mundo. Las chicas son esqueléticas. Se mueven con unas zancadas raras, como si fueran cigüeñas: levantan mucho las rodillas, y, cuando bajan la pierna, colocan el pie justo por delante del que tienen en el suelo; no se mueven armónicamente, sino por impulsos cortos y arrebatados. Parecen mujeres cuánticas. Además, van maquilladas como si acabaran de recibir una paliza: ojos muy oscuros, casi como ojos a la funerala, y colorete pronunciado igual que si les hubieran dado una bofetada en plena mejilla y, para rematar, los labios de mueca triste y la mirada perdida... Mujeres cuánticas, melancólicas, aburridas y maltratadas. ¿Es éste el modelo de mujer al que queremos parecernos todas? ¿Y quién carajo se ha emperrado en imponernos un modelo tan enfermizo? Mucho me temo que quien se lo inventó no quería en absoluto a las mujeres. Me juego el cuello a que todo es fruto de algunos misóginos.

—Es una forma de violencia —me dice mamá.

—¿Lo dices porque parece que alguien les haya dado una tunda?

—No sólo por eso. También por el hecho de obligar a las mujeres a tener un cuerpo tan alejado del que es propio de su sexo.

—Género.

—No, en este caso es sexo. El cuerpo es biológico, fruto de las hormonas y de los caracteres sexuales... Pues bien, el cuerpo de las de nuestro sexo es mucho más gordito y redondo. Míralas a ésas: casi se mueren de hambre, y así nos quieren a todas. Y encima van subidas a unos tacones de altura imposible. Débiles, inestables... ¿cómo sería posible luchar por algo o huir de un peligro en ese estado?

—Pero eso no es violencia.

—Sí que lo es. Es una manera más de domesticar a la mujer. Es una forma muy sutil de violencia. Y precisamente, cuanto más sutil, más difícil resulta verla.

En ese momento llaman a la puerta. Voy a abrir. Es Laura, la vecina del edificio donde vive papá. Ella y mamá han conservado la relación que tenían cuando vivían

en la misma escalera. Todavía hoy, mamá le recomienda y le deja libros a menudo. Precisamente, Laura me dice que viene a devolverle dos.

Entramos en el salón.

—¡Ah! —dice mamá cogiendo los volúmenes—. *El asesino ciego*, de Margaret Atwood y *Emma*, de Jane Austen. Dos de mis libros preferidos.

—A mí también me han encantado —dice Laura. Y añade riendo—: ¡Tanto que he estado a punto de quedármelos para siempre!

—No te lo habría permitido —responde mamá, también entre risas—. No puedo dormir cuando Atwood y Austen no están en la estantería.

Laura le guiña un ojo:

—Pues ya puedes descansar tranquila.

—¿Te quedas un rato a charlar con nosotros? —le digo.

—Sólo un cuarto de hora —dice Laura.

—¿El tiempo de beber un zumo de naranja? —pregunto. Dice que sí con la cabeza.

Corro hacia la cocina a buscar los vasos y la botella. Mientras vuelvo, oigo que mamá la pone en antecedentes de nuestra conversación. Una vez he servido la naranjada, mamá continúa:

—Sí. Hay muchas personas que no ven esta violencia tan sutil. Por ejemplo, ahora mismo la gente es capaz de darse cuenta de que un tío que mata a su mujer a golpes está practicando la violencia de género. En cambio, no es capaz de ver que alguien que exige a su pareja que se ponga manga larga y no vaya con los brazos al aire porque no los tiene bonitos como cuando era joven está practicando una violencia menos obvia, pero violencia al fin y al cabo. Salta a la vista que está imponiéndole su forma de ver el mundo: la mirada masculina.

—¡Ah! Como lo que Octavia cuenta que pasa en literatura. Que a las escritoras que escriben novelas sobre mujeres les ponen la etiqueta de «escritoras de literatura femenina» y, en cambio, los escritores no reciben ningún tipo de etiqueta —digo yo.

—Mujer —dice mamá, irónica—, ellos hacen literatura universal mientras que la que hacen las mujeres es particular.

—Pues, ahora que lo dices, voy a contaros una anécdota —interviene Laura—. En un centro cívico donde dan cursos para adultos sobre distintas materias, había uno en el que se leían siete obras de la literatura universal, todas de hombres. Un año decidieron sustituirlas por siete obras escritas por mujeres: de Virginia Woolf a Charlotte Brontë, por poner dos ejemplos. Pues el segundo día de clase, dos alumnos varones fueron a quejarse a dirección. Se ve que, según ellos, unas obras escritas por mujeres no podían ser representativas de la literatura universal.

—Sin comentarios —dice mamá.

—¡Espera! Lo más curioso es que la profesora del curso era una mujer, y que de las veinticinco personas matriculadas, sólo dos eran hombres.

—Ya lo dice Octavia: que la primera vez que escribió una novela con muchos personajes femeninos, los amigos lectores que leen los manuscritos antes de que ella los envíe al editor le dijeron: «Está bien, pero gustará a las mujeres» —recuerdo yo.

—Cierto, como le pasó otra vez, cuando le comentó a un escritor lo desagradable e injusta que era la etiqueta «literatura de mujeres», y él le contestó que la solución era fácil, que sólo hacía falta escribir sobre otras cosas. Y le puso el ejemplo de una mujer a quien nunca habían colgado esta etiqueta.

—O sea, se trata de escribir según los valores y los criterios de los hombres si quieres ser admitida en el club —añado yo.

—Otro ejemplo. Observad la pantalla.

En la tele están dando un debate sobre la suciedad y el incivismo en las calles de la ciudad. Aparte del presentador, hay cuatro hombres y una mujer.

Mamá dice, socarrona:

—No ponen mujeres porque no hay, ¿sabéis?

Reímos.

—O sea, «no hay mujeres» quiere decir «no hay mujeres con criterio».

—Exacto. Y «no hay mujeres con criterio» quiere decir que no han encontrado ninguna con «un criterio que coincida con el de ellos».

—Pero ¿sabes qué es lo peor? —dice Laura—: Que las mujeres también acaban por creerlo.

—Ahí está el problema. Dominadores y dominados lo tienen asumido. Este tipo de violencia se llama *simbólica*.

—¿Simbólica?

—Un sociólogo francés, Pierre Bourdieu, califica así esta forma de violencia.

—¿Y por qué se llama *violencia simbólica*?

—Porque se basa en las ideas —explica mamá—. Los dominadores pretenden naturalizar categorías que han sido construidas por ellos.

—¿«Películas de mujeres», por ejemplo? —pregunto. Mamá ríe y dice que sí. Después añade:

—Según Bourdieu, el grupo que tiene el poder, en este caso, el poder es masculino, da por buenos sólo sus conocimientos, sus valores, y menosprecia los del otro grupo. Éste, el de los dominados, da también por válidos los criterios de los dominadores. Él dice:

»“La visión androcéntrica se impone como si fuera neutra y no hace falta que sea enunciada en un determinado discurso para ser aceptada”. Es así y punto. Un ejemplo: que en el telediario, el bloque de deportes, y más concretamente el de fútbol, ocupe un espacio desmesurado, nadie lo considera cuestionable porque se corresponde mayoritariamente con los valores dominadores, es decir, los masculinos. El problema es que también las mujeres dan por buena la visión masculina, como si ésta fuese la única válida y, además, resultara neutra de verdad.

—Te refieres a las mujeres machistas.

—Sí, a las mujeres que aceptan ese papel de subordinación sin cuestionárselo. También hay mujeres que creen que no lo aceptan y piensan que están en situación paritaria con los hombres, por la simple razón de que han adoptado todos los criterios masculinos como propios. Son mujeres que se comportan como hombres para ocupar esferas de poder.

—¿Qué ejemplos hay de violencia simbólica?

—La que puede sentir una chica por la calle, sobre todo si es tarde y está oscuro. También es violencia simbólica la presión que reciben las mujeres para adecuarse a los patrones de belleza que atentan contra su salud. O la escasa representación reservada a las mujeres en el espacio público.

—La violencia simbólica y la otra no se excluyen, ¿no?

—No, aunque, en general, cuanto más violencia simbólica hay en una sociedad hacia las mujeres, menos violencia física les hace falta a los dominadores. La violencia simbólica es la que prepara el terreno para tener al otro bien sometido.

Laura se levanta y dice que ya ha pasado el cuarto de hora, ya se ha terminado el zumo de naranja y se tiene que ir. La despedimos. En seguida anuncio a mamá que me voy a dormir, pero ella me frena para decirme que me ha traído un montón de libros en préstamo de la biblioteca. Dice que se los ha leído casi todos y que son muy buenos.

30 de septiembre

¡Otro correo de Octavia!

*Asunto: ¿Qué es el amor?*

Querida Carlota:

He estado pensando en tu pregunta ¿es esto amor?

Seguro que no eres ni la primera ni la última persona que se hace esta pregunta. Yo no tengo la respuesta, pero sí alguna idea que te puede ayudar.

Creo que para estar segura de que has acertado, de que estás con la persona adecuada y de que tus sentimientos son sanos, es importante la reciprocidad. Tienes que sentir que el otro te ama y te respeta. Y tienes que sentir que tú también lo amas y lo respetas.

REGLA DE ORO 2 DE LAS RELACIONES

Si una persona te hace sufrir, aléjate de ella: ni te conviene ni te merece.

1 de octubre

Este sábado estamos en casa de papá. También con Lidia, claro. Ya hace tiempo que ella y papá viven juntos. ¡Uf! Al principio no fue nada divertido ver cómo se instalaba en nuestra casa. Mientras era la novia de papá, todavía... pero cuando se vino con sus cosas para instalarse definitivamente con él, nos tocó un poco las

narices. Lidia notó que estábamos tensos, y aun así no se puso burra ni nos preguntó por qué. Papá, en su línea de siempre, no se enteró de nada. Mamá fue la que nos hizo vomitar el malestar. Yo le dije que Lidia me daba un poco de rabia; que era, hasta cierto punto, una intrusa para mí... y eso que la tía me caía bien. Marcos le contó que tenía miedo, miedo de que Lidia quisiera usurpar su lugar, el de mamá. Mamá nos tranquilizó. A mí me dijo que hiciera el favor de tocar con los pies en el suelo: que Lidia era ahora la compañera de papá, y aquélla, su casa. A Marcos le aclaró que no, que Lidia no podría ocupar nunca su lugar, porque sólo ella era nuestra madre y no tenía ninguna intención de cederle el puesto a nadie. «Si Lidia quiere sentirse madre, sólo tiene que convencer a papá para tener un bebé», nos dijo. Marcos y yo consideramos que papá era demasiado viejo para tener un bebé y que nosotros ya éramos muy mayores para tener un hermanito o hermanita berreones, pero, como dijo mamá, eso ya no era asunto nuestro, sino de su nueva pareja. Por un lado, mamá nos aclaró que Lidia no le había robado el sitio al lado de papá, que ella —mamá— ya no tenía ningún vínculo con él, excepto nosotros: Marcos y yo. Total, que mamá desde el primer momento nos dejó claro que más nos valía no darle la lata a Lidia para que ésta se sintiera bien entre nosotros y papá. Por otro lado, se declaró dispuesta a aceptar de buena gana que Lidia se ocupara de nosotros con afecto, pero también a ponerse como una hidra si intentaba hacernos de madre suplente aunque fuera una vez.

Ya he dicho otras veces que mi familia es muy civilizada, ¿a que sí? ¡Pues eso!

Hay que reconocer que las cosas en casa de papá, con Lidia definitivamente incorporada, van de fábula. Papá está de mejor humor que antes; se le ve feliz. Y Lidia es una tía muy legal en quien se puede confiar.

Los almuerzos en casa de papá son para ponerse las botas: pan con tomate y aceite, tortilla de patatas o de calabacín, embutidos, quesos —hay uno de cabra francés, que se llama Cabécou, que me ha robado el corazón... No, ¡me ha robado el estómago!—, zumos de frutas naturales hechos con licuadora (Lidia tiene mucha paciencia, a ver hasta cuándo le dura...), miel, yogures, frutos secos, bizcochos, cruasanes... Lo tomamos a media mañana y nos sirve de desayuno y almuerzo. Lidia nos ha contado que a esta comida a medio camino entre las otras dos, en Estados Unidos la llaman *brunch*, que es una mezcla entre *breakfast* (desayuno) y *lunch* (almuerzo). Por eso nosotros lo hemos españolizado con el nombre de *desalmuerzo*.

—¡A *desalmorzar*! —grita papá, que está con Marcos acabando de prepararlo.

Yo salgo de la habitación con los ojos llenos de legañas. Ayer fui a un concierto que dieron en privado Carlos y su banda, y me he metido en la cama muy tarde. Aparece Lidia con un aspecto similar al mío; ella es bastante dormilona.

Durante los primeros minutos, nadie dice ni pío en la mesa; sólo abrimos la boca para morder el pan o para pedir el aceite. Poco a poco, con los estómagos llenos, nos interesamos por las vacaciones de papá y Lidia y, al mismo tiempo, les contamos cómo ha resultado nuestro inicio del curso. La conversación se anima cada vez más.

Comento que estoy escribiendo el diario azul sobre violencia de género, violencia escolar y violencia infantil.

—Genial —dice Lidia, que también nos apoyó mucho mientras escribíamos el diario rojo—. Espero que no te limites a los casos típicos que nos enseñan en los medios de comunicación.

—¿Cuáles son los casos típicos, según tú? —pregunta papá.

—Los que vemos frecuentemente: mujer de poco nivel cultural, hombre tan ignorante como ella, situación económica desastrosa, alcohol de por medio, y toma asesinato.

—¿Y no siempre es así? —pregunta Marcos.

—Claro que no. Para empezar, siempre nos enseñan a gente de un mismo estrato social, cuando en realidad, la violencia existe en todas las capas sociales: hay profesores de instituto, médicos, políticos, cantantes... que maltratan a sus mujeres. Y hay muchas profesoras de universidad, farmacéuticas o arquitectas que sufren la violencia de sus parejas. Pero no solemos enterarnos, porque muy a menudo son víctimas de la violencia psicológica, muy difícil de demostrar.

Mentalmente me lo apunto para el informe que quiero hacer esta tarde, ya que no puedo ir a patinar.

—Con la violencia escolar pasa un poco lo mismo. A menudo nos hablan de ñetas o kings peleándose a muerte, pero estas bandas juveniles que practican la violencia sólo son una parte del problema. La otra parte es la que no se ve o la que no nos hacen ver: el acoso no sólo existe en los institutos de barrios económicamente deprimidos, sino en todos. Otro ejemplo: nos hablan de un niño de dos años que ingresa en coma en un hospital después de que su padre le haya propinado una paliza a la que, finalmente, no sobrevive. En cambio, nadie habla de niños y niñas sometidos a castigos psicológicos que son una verdadera tortura.

Lidia tiene razón. Me ha dado un montón de ideas para mi diario.

Después de recoger la mesa y aguantar el festival de muecas que Marcos me dedica, exultante porque se va a patinar, me encierro en mi habitación a leer los libros que me ha dejado mamá. No sé cuánto rato he estado leyendo; de hecho, no vuelvo a la realidad hasta que papá abre la puerta y me dice:

—Carlota, ¿ya ves bien con tan poca luz?

Entonces me doy cuenta de que estoy leyendo en la penumbra y que ya casi debe de ser la hora de cenar. Salgo de la habitación. Marcos está en el comedor.

—Os hago saber que el día de hoy ha sido muy productivo —anuncio.

—¡Pues anda que el mío!... —canturrea Marcos—. Hoy he conseguido hacer un *royale* y un *topside*.

Me hago la desinteresada, como si a mí los éxitos sobre patines me quedaran grandes.

2 de octubre

Con los apuntes que he empezado a sacar de los libros de mamá y con lo que he encontrado navegando por las webs que había guardado en «favoritos», empiezo a preparar el trabajo sobre violencia con el *power point*. Así, cuando tenga que presentarlo en clase, las diapositivas ya estarán listas.

*Diapositiva 1*

Formas de violencia

La violencia puede ser:

Psicológica

Física

Sexual

*Diapositiva 2*

La violencia psicológica

→ Consiste en hacer daño a una persona sin tocarla siquiera, en general, desvalorizándola.

→ La víctima normalmente no puede demostrar la agresión.

→ El entorno de la víctima no se da cuenta de nada.

→ El maltratador sigue tranquilo como si nada, con la situación bajo su control.

*Diapositiva 3*

Ejemplos de violencia psicológica

Humillar, aislar, amenazar, ridiculizar, criticar, provocar sentimientos negativos en una persona, perseguirla, causarle inseguridad, alimentar su sentimiento de culpa, reducir su autoestima, destruirle propiedades (fotos, cartas, objetos...).

Simular que quieres mucho a la otra persona, pero amenazarla constantemente con abandonarla o hacerle chantaje diciendo:

«Si me quisieras, no harías esto o lo otro».

*Diapositiva 4*

La violencia física

→ Consiste en provocar dolor en el cuerpo de una persona.

→ Quedan señales de la agresión, y eso permite que la víctima se conciencie y pueda denunciarlo.

→ La consecuencia de la violencia física puede ser desde un dolor leve hasta la muerte.

*Diapositiva 5*

Ejemplos de violencia física

Dar empujones, morder, arañar, tirar de los pelos, abofetear, pegar patadas, dar puñetazos, lanzar objetos, propinar palizas, utilizar un arma (cuchillo, arma de fuego, cuerda, hacha...), estrangular...

También es violencia física negarle la ayuda a alguien que está en peligro.

Normalmente, la violencia física va asociada a la violencia psicológica.

### Diapositiva 6

#### La violencia sexual

- Consiste en molestar de forma reiterada —mediante coacción, uso de fuerza, abuso de poder— a una persona para obtener algún favor sexual de ella.
- Consiste en imponer —mediante coacción, fuerza, abuso de poder— una relación sexual a otra persona que no la quiere.
- Una relación sexual impuesta atenta contra la libertad de las personas.

### Diapositiva 7

#### Ejemplos de violencia sexual

Acariciar o dar besos de forma indecente, utilizar un lenguaje procaz, hacer insinuaciones de carácter sexual, manipular los pechos o los genitales de otra persona, o bien obligarla a manipular los genitales propios, obligar a ver pornografía, exhibir los genitales...

Violación, o sea relación sexual forzada mediante la violencia, las amenazas o la sorpresa.

Cualquier actividad sexual entre un adulto y un menor de la familia...

El matrimonio forzado, los crímenes en defensa del «honor» familiar, la mutilación genital...

### Diapositiva 8

#### Las relaciones entre las personas

- Deben aportar → bienestar
  - crecimiento personal
- No deben representar → dolor
  - destrucción psíquica

Yo diría que ahora necesito encontrar testimonios en vivo y en directo para ilustrar todo esto.

Le paso a Marcos el *power point* para ver si todo se entiende bien. Lo mira detenidamente.

—O sea que cuando pensamos en violencia, nos imaginamos una bofetada, una paliza o una cuchillada, pero en realidad, la violencia va más allá.

—Sí. Y, según parece, las secuelas de la violencia psicológica son las que más cuesta sanar.

—Mmm —hace Marcos—. Ya lo veo: si te arañan puede ser que lo olvides fácilmente, pero si te dicen que eres un gusano y que nunca llegarás a ningún lado, es más difícil de metabolizar.

—Creo que sí. Pero también tiene que ser terrible superar la violencia sexual.

—Y lo que también está claro es que puedes sufrir los tres tipos de violencia a la vez.

—Sí. ¿Sabes qué he pensado?, que necesito testimonios. Muchos testimonios, tantos como pueda.

—Mujer, no te pases.

—Vale, pues unos cuantos. La verdad es que necesito que me ayudes.

—¿Cómo?

—Pensando en cosas que recuerdes. O preguntando a la gente que conoces: en clase, con los del equipo de fútbol... Seguro que a nuestro alrededor hay gente que sufre o ha sufrido algún tipo de violencia.



Cuando Marcos sale de la habitación, decido enviar el *power point* y una petición de testimonios a casi toda mi agenda de direcciones. A ver si tengo suerte.

3 de octubre

Antes de entrar en clase, me veo envuelta en una nube de compañeros y compañeras que han recibido mis esquemas en *power point*. Está claro que tengo una agenda un pelín amplia para un envío de este tipo... ¡Todo sea por el diario azul! Parece que la gente de mi curso ha entendido bien los esquemas y está dispuesta a buscar testimonios para ilustrarlos.

Candela se cruza con nosotros y me pregunta cómo llevo el trabajo. Le cuento el punto en el que me encuentro, y los otros meten baza, sobre todo respecto a los testimonios. Candela me dice que a mediodía pase por su despacho, que quiere contarme algo, seguramente útil para mi diario.

—Es un testimonio de primera mano —dice, baja los ojos, se vuelve y se va, dejándome perpleja.

¿De primera mano? ¿Quiere decir que ha sufrido alguna vez violencia de género o violencia escolar? ¿O que ha sido ella maltratadora de alguien? No veo el momento de que llegue el mediodía para descubrir el misterio...

Y aunque parece imposible, porque hoy el tiempo pasa más lento que nunca, por fin llega la hora de comer.

Entro en el despacho de Candela. Está de pie, mirando por la ventana. Se vuelve lentamente y me mira con los ojos húmedos. Parece volver de muy lejos.

—Siéntate, Carlota.

Ella también se sienta antes de empezar a hablar. Esto es lo que me cuenta.

#### *Testimonio 1*

Candela es hija de una mujer maltratada. Según dice, tanto su madre como su padre eran de los que pensaban que en la familia sólo manda uno —el hombre, claro— y todos los demás —la mujer y las criaturas— a obedecer. Y que el hombre, por lo tanto, impone su criterio, su ley.

Dice que, según le contó su madre, durante los dos primeros años de matrimonio nunca recibió golpes, pero sí muchas broncas porque las normas eran muy rígidas, y ella, a menudo aunque sin mala intención, las incumplía. Podía ser que la comida la preparase a tiempo pero estuviera un poco sosa. ¡Cacao! O que un alimento estuviera demasiado hecho o poco hecho. Cacao, y la comida por el suelo y que lo limpiara con la lengua. Una camisa mal planchada quería decir que él arrugaba todas las que estaban colgadas en el armario y la obligaba a plancharlas de nuevo. O arrancaba todos los botones para que ella volviera a coserlos.

Uno de los problemas graves para adecuarse a las normas era, según parece, un principio usado por él: «Quiero las cosas como Dios manda». Resultaba un criterio poco penetrable y estable. Es decir, nada fácil de entender. Y de hecho, según parece, sólo él entendía el significado a la perfección. Además, el criterio podía cambiar de un día para otro, y la misma tortilla que una noche estaba demasiado hecha y acababa estampada contra la pared, al día siguiente estaba demasiado cruda y resultaba estrellada dentro del fregadero.

Según Candela, su madre no podía hablarlo con nadie. Al principio, porque le daba vergüenza; le parecía que nadie se creería que un hombre en apariencia tan amable, le hiciera

vivir aquel calvario. Sin embargo, muy pronto, aunque hubiera querido, no habría podido contarle porque fue perdiendo todas las amistades, y hasta el contacto con su familia. Él la fue apartando de todas aquellas personas —en realidad, de cualquiera que pretendiera relacionarse con ella sin estar él presente— a quienes consideraba malas influencias. Para acabar de arreglarlo, su madre había llegado a creer que quizá la culpa de todo lo que le pasaba era suya y de nadie más. Como el marido le repetía a menudo que era una pobre ignorante, que no sabía hacer nada bien, que tenía una gran suerte de haberlo encontrado a él, un hombre con tanta paciencia, capaz de aguantar lo que ningún otro habría aguantado, la mujer consideró que, efectivamente, era un desastre mayúsculo y que, por consiguiente, merecía aquel trato inhumano.

Mi conclusión: el tío la humillaba, la criticaba, la aislaba y le provocaba sentimientos negativos; por tanto, practicaba la violencia psicológica.

Cuando nació Candela, su padre empezó a tener un comportamiento aún más violento. La primera vez que le pegó una bofetada a su mujer fue un día en que ella estaba atareada con la pequeña y le pidió a él que pusiera a calentar la comida. El tío le pegó un porrazo tan fuerte que no sabe cómo pudo mantener a la niña en brazos.

A partir de entonces, las palizas eran frecuentes por cualquier motivo, o incluso sin ninguna razón. Alguna vez el hombre le daba tan fuerte que, después, tenía que llevarla al hospital con una costilla rota, el labio partido y dos dientes menos, el tímpano de la oreja reventado... La mujer siempre ponía excusas del estilo: que se había caído de la escalera, que se había pegado un golpe con la puerta... En el hospital, el personal se lo creía o lo fingía.

Mis conclusiones: la mujer sufría violencia física y, encima, resultaba invisible para los demás.

Cuando Candela empezó a tener edad para darse cuenta de la situación, creyó que ella era la causa de la agresividad del padre contra la madre, razón por la cual, siempre que podía se esfumaba. Pronto también ella empezó a recibir palizas, de las que todavía le quedan cicatrices en el cuerpo. Parece ser que aquellas zurras brutales fueron el detonante de que su madre decidiera abandonar a su padre.

Según Candela, la reacción del hombre fue desmesurada: no aceptaba que ella lo dejara y amenazaba con hacerle daño; hoy todavía está amenazada de muerte. Su madre teme que algún día él cumpla el trágico aviso, pero a pesar del terror que le causa la idea, no puede evitar decir a menudo que ella empezó a vivir después de haberlo dejado y de haber hecho una terapia para recuperar la confianza en ella misma y para superar los sentimientos de culpa. Dice Candela que, ahora, su madre se siente una persona; antes sólo se sentía una cosa.

Cuando ha acabado de ofrecermelo su testimonio, Candela está llorando en silencio. Le caen las lágrimas y los mocos. No sé qué hacer. Pongo mi mano encima de la suya. Se pasa un pañuelo de papel por los ojos, se suena la nariz ruidosamente y me dice:

—Lo siento, pero recordarlo todo ha sido como volver a vivirlo. Quizá debería hacer una terapia yo también.

No digo nada. Tampoco sabría qué decirle. Le doy un beso. Ella me aprieta fuerte la mano y añade:

—De hecho, ya hace tiempo que lo pienso, sobre todo porque me veo incapaz de establecer una relación con un hombre. Me aterra pensar que podría pasarme lo mismo que a mi madre.

4 de octubre

Marcos y yo nos hemos instalado tres días en casa de papá porque mamá se ha ido a La Coruña para participar en un congreso de biblioteconomía. Papá me ha comunicado, mediante una nota pegada en la nevera, que tengo que ir a por el pan.

Pero antes de poder cumplir con el encargo, la abuela me llama por teléfono y me dice que lea la noticia que habla de regularizar la prostitución en Cataluña, sacando a las mujeres de la calle y encerrándolas en prostíbulos.

—¿No estás de acuerdo?

—Mujer, todo el mundo lo pinta como un beneficio para las prostitutas, pero a mí me parece que sólo beneficia a los (como ellos se autodenominan) empresarios del sexo, o sea, lo que antes eran los macarras. Y, de paso, también favorece a los clientes, que simple y llanamente, no merecen recibir otro nombre que el de «puteros» o «prostituidores». Resulta que los empresarios del sexo están encantados con la noticia, ya de por sí sospechosa, ¿o no? Parece que la Administración catalana coincide con sus deseos y quiere prohibir y prohibirá la prostitución en las calles y en las carreteras. A mí me parece que regularizar la prostitución no dignifica el trabajo de las prostitutas, pero puede dar alas a muchos hombres, que verán este negocio como una actividad totalmente legítima.

—¿Y no lo es?

—Venga, que la prostitución es una forma de violencia contra la mujer. Al menos hoy por hoy, y tal como es nuestra sociedad. De hecho, la ONU lo considera una forma de esclavitud y maltrato contra las mujeres. Quizá de aquí a quinientos años, las relaciones entre mujeres y hombres serán paritarias, y entonces la prostitución se vea de otro modo... Claro que, si eso llega a suceder, no creo que los hombres compren sexo, porque comprar el cuerpo del otro es una forma de dominación. Y tal vez tampoco las mujeres tengan la necesidad de venderse, porque se ganarán la vida de otra forma. Aunque seguro que queda un pequeño porcentaje que se dedique a ello voluntariamente.

—Hay quien compara el trabajo de una prostituta con el de un trabajador que hace obras en la calle.

—No me parece comparable por lo que te decía antes, porque la relación hombre-mujer no es simétrica. Igual que cuando se habla de una mujer que ha sido agredida

por su marido y las noticias lo presentan como que «estaban peleándose»... No es lo mismo, porque las relaciones todavía no son paritarias.

—Pero hay prostitutas que se dedican porque quieren.

—Vale. Tienes razón. Algunas. Pero como el noventa y cinco por ciento de prostitutas de la Tierra son forzadas a prostituirse, si tengo que posicionarme al lado de alguien, lo haré a favor de las esclavas.

—Es razonable.

—Y todavía otra cuestión: considerando que en la sociedad patriarcal la mujer siempre ha sido cosificada y que, justamente, el primer paso en las desigualdades mujer-hombre fue convertirlas a ellas en mercancías, regularizar la venta de su cuerpo es dar alas a la parte más reaccionaria del patriarcado.

La abuela suspira y continúa:

—Creo que habría que perseguir a los traficantes de mujeres y niñas, y también a aquellos que las utilizan con fines sexuales. A ellas, en cambio, se las tendría que proteger y ayudarlas a dejarlo si quieren. Pero para eso se necesitarían recursos, claro. Apunta esta dirección y visítala; encontrarás más información y más argumentos: <http://www.apramp.org/>

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que se me ha olvidado ir a por el pan. ¡Ostras!, las panaderías ya han cerrado y no queda ni una migaja para el desayuno de mañana. ¡Ajs!

Subo corriendo a casa de Laura. Me abre la puerta ella misma. Me invita a pasar y vamos a la cocina. Allí me doy cuenta de que alguien la acompaña: es Clara, una amiga suya. Tiene la nariz y los ojos hinchados y rojos. No sé si está resfriada o ha estado llorando.

—Clara, ésta es Carlota. Ya os conocíais, me parece.

Creo que no se acuerda. Intuyo que le da igual. Veo que sólo mira hacia dentro, hacia su propia pena, porque ahora ya sé fijo que los ojos hinchados son el resultado de una llorera aguda.

Laura saca una barra de pan de la bolsa, corta la mitad, la envuelve con papel de aluminio y me la da. Mientras tanto, Clara suspira con fuerza.

Laura me guiña un ojo y suelta:

—Claralarromántica.

—Sí, encima ríete —dice Clara, y se suena las narices ruidosamente.

—No, si no me hace reír; más bien me sabe mal que siempre tropiece con los mismos problemas cuando se trata de novios.

—¿Y qué quieres que haga?

—No ver el amor tal como lo ves.

—¿Y cómo lo veo? —dice ella, un poco enfadada.

Yo sigo de pie y escucho; como nadie me ha dicho que me largue, intento captar información interesante para el diario azul.

—Lo ves como si fueras una princesa de cuento en busca del príncipe azul...

—Mujer, no es exactamente eso...

—Quiero decir que tienes una idea poco real del amor.

—No es que sea poco real: es que es la mía.

—Pues no parece que sea muy conveniente, porque quieres demasiado al otro.

—Más que a mí misma.

—Sí, claro, eso es lo que siempre nos han recomendado a las mujeres: primero los demás, y por último, nosotras mismas. Pero eso es una estupidez: si quieres más a los demás que a ti misma, acabas perdiendo la dignidad...

—Tú no lo entiendes. Él lo es todo para mí. Lo adoro...

—Sí, y también te hace feliz, ya se ve —dice Laura, ahora con ironía—. Desde que lo conoces te he visto más veces llorando que sin llorar.

Clara vuelve a suspirar.

—Eso es porque venimos de mundos muy diferentes y él está acostumbrado a hacer una vida distinta de la que yo le propongo, pero verás como...

Laura pone cara de aburrimiento. Yo tomo nota mental de todo.

—Sí, ya lo sé —dice Laura—: El amor lo puede todo, y tú conseguirás que tu novio cambie de costumbres y valores y de... ¡Qué tontería! ¿No te das cuenta de que ni el amor lo puede todo, ni hay que querer cambiar a las personas?

—Tú déjame a mí...

—No, si ya te dejo... Te dejo que llores y te estrelles mientras intentas cambiar las costumbres de tu novio pero, en realidad, lo que tendrías que hacer es cambiar de novio.

5 de octubre

A la hora del patio, ¡milagro!, Mireya se viene con nosotras. Últimamente sólo la vemos en clase, porque en las horas libres desaparece con su amor. ¡Oh, oh! Aprovechamos para meterle caña.

—¿Te has perdido o qué? —dice Elisenda.

Mireya mira a Elisenda con una mezcla de sorpresa y desprecio.

—No. No me he perdido. ¿Y vosotras?

—Nosotras siempre estamos aquí. Eres tú la que nunca viene —añade Berta.

—Porque César... —empieza a modo de explicación.

—Porque César. —No puedo evitar imitarla con voz burlona—. ¿No puedes hacer nada sin tu César? Y, por cierto, ¿cómo es que hoy no viene a secuestrarte?

—Está enfermo y no... —cuenta Mireya con voz apagada, no se sabe si por la enfermedad de su enamorado o por nuestro tirón de orejas.

—Ahora en serio, Mireya —corta Berta—. Te estás pasando un poco, ¿no? Que tengas novio no significa que debas olvidarte del resto de la gente.

—Sobre todo si el resto son tus amigas —añado yo.

—Ya lo sé. Dejad de atacarme. A fin de cuentas, esto es lo que pasa cuando sales con alguien.

Nadie dice nada, pero no parece que estemos dispuestas a darle la razón. De acuerdo que un novio te absorbe bastante tiempo, pero no puede ser que se lo coma todo.

—Carlota, tú el año pasado también estabas así, cuando tuviste el lío con Flanagan y Koert —se defiende.

—¡Anda! —grita Berta.

—¡Venga ya! —protesta Elisenda.

—No es verdad —me indigno—. Tenía menos tiempo para vosotras, pero aun así, procuraba guardar un poco.

—Es cierto. Tú, en cambio, estás desaparecida.

—Yo nunca había visto algo igual. Ni que hubieras sido abducida por César.

Mireya abre la boca. Parece estar a punto de decir algo, pero en ese instante suena su móvil. Contesta, con nuestros ojos fijos en ella.

—¿Sí?

...

—No, estoy en el patio. Antes no te he contestado los whatsapps porque estaba en clase, y ahora, porque todavía no he tenido tiempo.

...

—Lo siento. Sólo estoy hablando con mis amigas.

...

—Ya lo sabes: Carlota, Elisenda y Berta.

...

—No. Nadie más.

...

—Sí. Ya lo sé.

...

—De acuerdo. Yo también.

Cuelga. Todas la miramos acusadoramente.

—¿Qué? —digo yo—. Era él, ¿no?

—¿No puede estar ni un momento sin saber dónde estás?

—¡Qué tío más pelma!...

De repente, Mireya se enfada:

—Bueno, ya está bien. Dejad de criticarlo. Es mi novio y a mí me gusta tal como es. Al fin y al cabo, lo único que hace es demostrarme su amor.

Entonces, vuelve a sonarle el móvil.

—¿Sí? —dice, mientras nos hace un gesto con la mano para que nos alejemos y la dejemos hablar en paz.

—Lleva una venda en los ojos —dice Elisenda.

Yo empiezo a pensar que todo esto es una epidemia: Clara, Mireya... ¿De verdad los libros de cuentos nos han puesto a todas en la cabeza la tontería del príncipe azul? Quizá sí.

Por la noche, en seguida que Marcos deja el ordenador libre, me apodero de él. Quiero entrar en el blog de Gregor Samsa, para ver si ha colgado algún otro documento.

*Gregor Samsa 3*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable

¡Ey! Spiderwoman, tú, mi única seguidora —al menos por los comentarios que aparecen bajo los textos—, ¿estás segura de que sufro violencia escolar?

Me pides más detalles; aquí los tienes.

Aníbal Lecter hace tres años que me usa como *punching ball*. Soy su blanco favorito. ¿Y todo por qué? Pues porque él intuye lo que yo ya sé y no he querido confesar a nadie. Lo vomitaré hoy aquí, en la red anónima y mundial y a ti, spiderwoman, que pareces capaz de entenderlo: ¡soy gay! O sea, me gustan los tíos. A Aníbal Lecter no le gustan los tíos que sienten preferencia por los de su mismo sexo. O, por decirlo con las palabras exactas: no soporta a los maricones.

Aníbal Lecter es un facha, un reaccionario y un cretino, pero pesa quince kilos más que yo y me pasa veinte centímetros. ¡Cualquiera se enfrenta con un armario así!...

Es broma, ¿eh? Quiero decir que no le pegaría ni aunque tuviera la misma buena forma física que él. No es mi estilo. Prefiero arreglar las diferencias hablando. El problema es que Aníbal Lecter no habla, sólo grita, insulta y hace el burro.

Yo ya no sé qué hacer. Si callo, porque callo; si contesto, peor... Total, un drama, aunque no lo cuente llorando. Lloriquear tampoco es para mí, prefiero ponerle humor a la cosa.

Le dejo un comentario:

Eres gay, ¿y qué? Tienes derecho a tu orientación sexual y a ser homosexual sin que nadie te pueda decir nada. En cuanto al bestia de Lecter, no puedes callar. Debes buscar a alguien que pueda escucharte y ayudarte. Dado que no parece que tengas una relación demasiado fluida con tu padre y con tu madre, ¿qué tal si lo hablas con algún profesor? ¿Con algún compañero? Tenéis que frenar la situación antes de que sea demasiado tarde.

Lo ha dicho Spiderwoman el 5 de octubre a las 21.47.

Aprovecho que tengo el correo abierto para enviarle un mensaje a Octavia. Le voy a pedir que me explique qué significa «ser romántica»; creo que es el punto crucial de algunos de los líos sentimentales en que nos metemos las mujeres. También quiero que me cuente por qué una mujer llega a aceptar que su marido la maltrate sin huir a la primera de cambio. La verdad, no lo entiendo. ¿Y por qué no huye de una forma u otra Gregor Samsa? ¿Por qué parece que víctimas y verdugos estén unidos por algún vínculo invisible muy sólido?

*Asunto: Dos dudas*

Querida Octavia:

Hay dos cuestiones que no veo nada claras.

La primera: ¿por qué las mujeres en general tenemos una idea demasiado romántica del amor y qué quiere decir esto?

La segunda: ¿por qué una persona que sufre violencia de género continúa viviendo durante mucho tiempo, a veces para siempre, con su maltratador? ¿Por qué una persona que sufre violencia escolar, como Jokin, prefiere suicidarse antes que contar la tortura que vive?

¿Esa reacción es porque son masocas y les gusta sufrir?

Un besazo.

Carlota

6 de octubre

Llevo unos días tan ocupada que casi no he tenido tiempo de ir al Quésueñotandulce para tomar una birra con mis colegas. Claro que mis amigas, tampoco. Elisenda está en la cama con un catarro que la hace toser y estornudar sin parar. Berta ha empezado sus clases de piano, que para ella son más importantes que nada en este mundo; yo creo que de mayor será una gran concertista. Y Mireya... ¡Uf! A Mireya no le vemos el pelo: continúa secuestrada por el carroña de César. En cualquier caso, me sabe mal no poder ir, porque me pierdo conversaciones jugosas con otros amigos, como Carlos o Gabi. A ver si la semana que viene he avanzado lo suficiente y puedo pasarme un rato por allí...

Al salir de clase, vuelo hacia casa de papá. Aún tengo una hora y media de tranquilidad por delante, que aprovecharé para acabar el trabajo y darle un buen empujón al diario azul.

Nada más poner la llave en la cerradura y entrar, me doy cuenta de que no voy a estar sola; hay menos paz de la que esperaba. Me llega el sonido de una canción. Aunque no puedo distinguir la letra, por el ritmo repetitivo hasta el mareo sé que es *reggaeton*, esa variante horrorosa del *reggae*. Pobre Bob Marley, ¡si levantara la cabeza y viera en lo que se ha convertido su fantástico *reggae*!... Seguramente se volvería a morir del susto. Porque el *reggaeton* es un pedo. Un pedo horroroso en cuanto a la música... Y en cuanto a las letras, es más que un pedo... Son directamente de juzgado de guardia. La mayoría hablan de juergas, dinero fácil y sexo todavía más fácil. Dicen cosas tan inteligentes e interesantes como éstas:

*Pincho es un sádico  
y se pone de satánico  
y nos dice: vamos a cogernos una burra  
¡¡una burra, una burra!!!*

Pero, sobre todo, las letras son machistas hasta la náusea. Todas tratan a las mujeres como pañuelos de papel, como objetos de usar y tirar. Por ejemplo, una que cuenta que a las mujeres nos conviene el jarabe de palo:

*Por delante.  
Por detrás.  
Por delante.  
Por detrás.*



*Pa que te duela.  
Y si ella se porta mal:  
¡Dale con el látigo!*

*Si la trato bien  
me dice: estúpido,  
tú sabes que me gusta  
que me des con el látigo.*

O esta otra, que describe a una mujer colada por su agresor:

*Pobre diabla, se dice que se te ha visto por la calle vagando, llorando por un hombre que no vale un centavo.*

*Pobre diabla llora por un pobre diablo.*

*Él no te valorizó nunca y nunca lo hará.*

*Él sólo te hizo llorar, pero tú lo amas.*

*Que no te valorizó, y con un beso te hechizó, él sólo te utilizó y hasta te embarazó.*

Abro la puerta de la cocina y me encuentro con Noemí, la colombiana que viene algunos días a casa de papá para ayudar. La oigo cantar: «Y si ella se porta mal: ¡Dale con el látigo!».

—¡Hola, Noemí!

Se vuelve sin dejar de cantar ni pelar la patata que tiene en las manos. Me guiña un ojo.

—Hola, Carlota.

—¿No crees que esta canción es un poco bestia?

Noemí se encoge de hombros.

—¿Por qué? —pregunta.

—Mujer ¿a ti te gustaría que tu pareja te pegara con un látigo?

Noemí deja la patata encima del mármol, se seca las manos y lo que me responde merece que escriba dos testimonios más.

#### *Testimonio 2*

Noemí tiene treinta y cinco años. Con diecinueve se fue a vivir con un hombre que le pegó desde el primer día. Le pegaba por cualquier minucia, pero sobre todo, si ella se atrevía a preguntar algo o a mostrar algún tipo de desacuerdo. Él entraba y salía de casa cuando quería; se gastaba el dinero de los dos sin dar explicaciones. La situación era especialmente ingrata los fines de semana: los viernes, con la paga en el bolsillo, el hombre desaparecía y no volvía hasta el lunes por la mañana, después de haberse fundido todo el dinero con prostitutas. Según parece, tampoco tenía ningún problema en llevárselas a casa. Noemí se las cruzaba a menudo cuando salían de la habitación de matrimonio. Eso le dolía tanto como las bofetadas. Y para acabarlo de rematar, Noemí sufría las enfermedades de transmisión sexual que su marido le contagiaba a ella, y también a las prostitutas. Pero si Noemí abría la boca para protestar, le llovían más y más golpes. Así que callaba.

Dice que cuando ya tenía dos niñas y un montón de cicatrices por el cuerpo, él murió y ella respiró tranquila. Ahora vive con otro hombre, al que tiene avisado: si se le ocurre ponerle la mano encima, aunque sea una sola vez, ella desaparecerá para siempre.

#### *Testimonio 3*

Cuando llegó a nuestro país, Noemí estuvo de interina en una casa durante dos años, un tiempo en que no pudo ver a sus hijas, que se quedaron en Colombia. La familia para la que trabajaba tenía un piso enorme, cuatro veces el de papá, dice; así que calculo que debía de tener unos cuatrocientos metros cuadrados. Según parece, en aquella casa todo era perfecto:

la señora era guapa y delgada, igual que una *top-model*; el niño y la niña eran graciosos y simpáticos, como salidos de un catálogo de ropa infantil; y la decoración del piso era magnífica, parecía sacada de las páginas de una revista. Pero la señora de la casa sólo vivía de cara a la galería. Quería que todo estuviera siempre impecable, sobre todo cuando tenían que recibir visitas. Lo único que resultaba terriblemente imperfecto era el trato que el hombre dispensaba a su mujer. Siempre le hablaba con ironía, con cinismo. A menudo le gritaba. La hacía sentirse pequeña, insignificante, desvalida. Nada de lo que ella hacía estaba bien.

Cuando él se iba, la mujer lloraba sobre el hombro de Noemí y le decía que no podía más, que aquella situación era insoportable.

Por la noche, mientras cenamos, lanzo a la palestra el asunto de las letras del *reggaeton*.

—¿Creéis que tienen algún efecto sobre lo que piensa la gente joven o no? —pregunto.

Lidia está convencida de que sí.

—Claro que no podemos imputar la violencia de género a ese tipo de letras asquerosas, del mismo modo que no podemos decir que la violencia que aparece en las películas o videojuegos sea la causa de un aumento de la violencia —dice—. Pero seguro que va penetrando en las mentes y va configurando una forma de entender las relaciones.

—Yo creo —añade papá— que es un pez que se muerde la cola: las letras o los videojuegos reflejan una determinada concepción social y la refuerzan.

Lo miro pensando que tiene toda la razón: la letra de la canción nos dice lo que está pasando y, a la vez, contribuye a que la situación no cambie.

—¿Os acordáis del pollo que se montó con una canción que se presentaba a no sé qué festival?

—No —decimos Marcos y yo a la vez. Lidia se levanta de la mesa.

—Ahora vuelvo —dice.

—Mientras tanto, vayamos quitando los platos y trayendo la fruta —sugiere papá. Unos minutos más tarde, Lidia vuelve con una hoja impresa.

—La he buscado en Internet. La canción se llamaba *Brujería*, y la letra dice esto:

*No tengo ganas de salir,  
No tengo ganas de comer...  
Tú me dominas con sólo mirarme  
y no hacen falta cuerdas para atarme.  
Soy una fiera  
que aunque la reja le abran,  
nunca escapa de la jaula  
por amor.*

—O sea, la protagonista de la canción se somete por amor.

—¡Efectivamente! Una idea equivocada de lo que es el amor.

7 de octubre

## Me llega un mensaje de Octavia.

*Asunto: Intento de explicación*

Querida Carlota:

De las cuestiones que me planteas, te contesto la primera. La segunda la dejo para más adelante porque ahora mismo estoy acabando una novela y no tengo mucho tiempo.

El amor es fruto de la cultura, o sea, fruto de una determinada forma de pensar, de unas ideas. Esto quiere decir que el enamoramiento y el amor se viven de forma diferente en diferentes puntos del planeta. También se han vivido de maneras distintas a lo largo de los siglos. El amor, tal y como lo entendemos en Occidente, tiene su origen en el amor trovadoresco. Ya lo sabes: los trovadores que cantaban el amor a su enamorada, generalmente una mujer casada. Su amor estaba idealizado, porque nunca compartían las tareas del día a día, ni tenían que educar a las criaturas, ni pagar la hipoteca del piso; además, su amor resultaba doloroso porque nunca podía llegar a ser real, y sólo se quedaba en unos sentimientos muy intensos —los del enamoramiento siempre lo son— que se enquistaban.

El amor romántico es el que prevalece en la mayoría de novelas y películas que nos llegan: el amor es una fuerza muy poderosa, a menudo fuente de dolor. Pero es una idea perjudicial y, además, falsa: el amor, si causa dolor, no es amor.

La idea del amor romántico es más dañina para las chicas y las mujeres que para los chicos. Ellas todavía creen que tienen que encontrar al príncipe azul. Ellos, en cambio, no le dan tantas vueltas a la cabeza. A la cultura patriarcal siempre le ha interesado que sea así. Ellas están atrapadas en un sentimiento muy potente que las vincula estrechamente a un hombre. Ellos, en cambio, han sido educados para no comprometerse demasiado.

Ya lo ves: tanto chicas como chicos tenéis que hacer un esfuerzo para superar esas ideas tan casposas, si queréis tener relaciones de paridad.

Un besazo,

Octavia

9 de octubre

Fin de semana pasado por agua. Mamá, Marcos y yo aprovechamos para leer... Bueno, mamá también aprovecha para salir con un amigo. Me parece que es uno de esos amigos especiales...

—No digas tonterías, chata —me dice, pero me huele que he dado en la diana.

Marcos está devorando *Las crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. Últimamente le ha cogido una obsesión por la ciencia ficción y se está convirtiendo en un experto.

—Es que es buenísimo el tío —me dice, mientras nos zampamos la merienda, un auténtico festín a base del pastel de chocolate amargo que hizo ayer mamá—. Y tú, ¿qué lees?

Le muestro la cubierta de mi libro: *Hermanas de verano* de Judy Blume.

—¿De qué va? —me pregunta.

Reflexiono unos instantes antes de responder:

—Pues mira, aunque la cubierta no lo dice, es un libro que habla de «chulismo». Trata sobre la violencia psicológica entre dos chicas de la misma edad. De hecho, son dos amigas íntimas, pero una domina a la otra y le hace daño de verdad.

Marcos me mira con intensidad.

—A veces los amigos te putean —dice.

—¿Tú crees que un amigo o amiga pueden querer hacerte daño?

Marcos se encoge de hombros.

—Quizá no quieran, pero te lo hacen.

—Tal vez lo que pasa es que no son amigos de verdad. —Y pensando en el mensaje de Octavia, añado—: Quizá tú crees que son amigos tuyos y dependes un poco de eso, pero puede que ellos no sientan lo mismo por ti.

—Seguramente tienes razón —dice Marcos—. ¿Quieres que te diga una cosa que nunca le he contado a nadie?

—Sí, claro que quiero. ¿De qué se trata?

—Creo que hace dos años fui víctima de la violencia escolar.

—¿Qué dices? ¿Te pegaban?

—No. Era violencia psicológica; se llama *acoso*, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Me insultaban, me hacían sentir como una mierda, pero eran mis amigos, yo los quería...

—¿Y por qué no me lo dijiste, garbancito? Te habría ayudado.

—No te lo quise contar porque no era consciente de lo que estaba pasando. Hasta que te has puesto a escribir el diario azul, y me he dado cuenta de lo que viví realmente.

Éste es el testimonio de lo que me cuenta.

#### *Testimonio 4*

Hace dos años, Marcos, Joaquín, Álex y Bruno, aparte de ir al mismo curso, coincidían en dos actividades extraescolares. En seguida se hicieron amigos. Según Marcos, los otros tres eran chicos un poco diferentes a él: más violentos, más acostumbrados a resolver los conflictos a golpes. De hecho, Marcos es un tío muy legal —eso lo digo yo—, que tiende a solucionar las situaciones conflictivas por las buenas, mediante el diálogo.

Según Marcos, muy pronto empezaron a llamarle con un mote: *moñas*, que es una forma de decir *gay*. Se ve que los tres memos estaban convencidos de que a él le gustaban los chicos. Pero Marcos —cosa que yo ya sabía— dice que le gustan las chicas, que siempre le han gustado, también en esa época. Marcos, por lo tanto, era agredido verbalmente porque los otros lo veían como un homosexual.

Conclusión 1: Si los otros lo veían así pero él es heterosexual, quiere decir, seguramente, que la forma de comportarse de Marcos no encajaba con lo que sus amigos creían que tenía que ser un chico. Como ellos sí que se consideraban el paradigma de la masculinidad, es decir, de lo que tiene que ser un chico o un hombre, se creían superiores y humillaban a Marcos.

Conclusión 2: Mi hermano ha recibido unos modelos que no son los que se llevan. Es un chico al que nunca le han regalado armas de juguete, que ha jugado con coches y muñecas indistintamente, que puede llorar sin pudor...

Conclusión 3: Tendré que ponerme a investigar cómo se supone que tiene que ser el modelo masculino, y cómo el femenino. Quizá eso me sirva para encontrar la llave maestra del problema.

—¡Pobre! Siento que pasaras tan malos ratos...

—Yo también. Pero como los consideraba mis amigos, para mí fue más importante mantener la amistad que alejarme de aquella pesadilla.

—¡Pues vaya plan! ¡Quizá sea eso lo que les pasa a las mujeres maltratadas!...

—A lo mejor... Quizá su relación de pareja prevalece por encima de ellas mismas.

—Y en tu caso, ¿cómo terminó todo?

—Casi sin darme cuenta. Ese verano me fui solo de acampada; ellos no vinieron porque se apuntaron a un curso de vela en el puerto.

—¡Ah! Ya me acuerdo. A mí me pareció raro que no te apeteciera hacer aquel cursillo que prometía ser flipante...

—Es que el mismo día que tenía que matricularme ocurrió una cosa que me abrió los ojos.

Marcos hace una pausa para recuperar toda la información de su cerebro.

—Íbamos los cuatro por la calle. Había llovido y la acera estaba llena de charcos. Joaquín me dio un empujón aposta que remató con un golpe en mi mochila. Tropecé, la cartera se me descolgó, se abrió y todos los libros acabaron en el barro. Los otros se pusieron a reír y aplaudir.

Sólo imaginarlo, me pongo verde de indignación. ¡Menuda panda de maltratadores!

—¿No te ayudó nadie a recoger tus cosas?

—No. Tuve que hacerlo yo solo, mientras ellos se alejaban a toda prisa y se burlaban de mí... Carlota, no pongas esa cara de pena.

—¡Ay, chico, me da pena!

—Pues mira, a mí el incidente me fue de narices, porque mientras estaba allí en el charco, recogiendo mis trastos, de repente tuve una revelación: aquella panda de bordes no podían ser mis amigos. Y decidí que no me matricularía en el mismo curso que ellos. De modo que, por la noche, le dije a mamá que quería ir de acampada. Allí conocí a Óscar y a Luna. Nos hicimos tan amigos (ya lo sabes) que, después de una semana con ellos, veía mi amistad con Joaquín, Bruno y Álex muy lejana, poco interesante. Me preguntaba por qué había tenido tanto interés en ser amigo de unos tíos tan desagradables, y no encontraba ninguna explicación. Pero dos semanas después de haber empezado el campamento, ya ni me acordaba de que existían. Y yo me sentía feliz; me había quitado una armadura muy rígida de encima.

—¿Y qué pasó cuando retomasteis las clases en septiembre?

—Cuando tuve que cruzar el patio bajo la mirada de Joaquín (era él sobre todo quien más me intimidaba; más que los otros), pensé que no podría, que me resultaría imposible... Pero de pronto, me pareció que Óscar estaba a mi lado... Óscar me decía: «No pasa nada; estoy contigo». Sé que parece una tontería, pero yo lo sentí así.

—¡No! No fue ninguna tontería. Fue un recurso de tu cerebro para ayudarte a pasar el mal trago.

—Quizá... Lo cierto es que aquella idea me dio fuerzas y caminé por delante de Joaquín y los otros dos sin mirarlos y con paso decidido.

—¿Y?

—Joaquín me gritó: «Oye, tú... ¡moñas!». Soy consciente de que, sin querer, tres ideas me pasaron por la cabeza. La primera: tenía que andar como si tal cosa y pasar de largo. La segunda: tenía que insultarlo. La tercera: tenía que mirarlo fríamente un buen rato, aguantándole la mirada.

Respiro profundamente. Marcos me tiene impresionada.

—No sé por qué me decidí por la más difícil. La tercera.

—¡Bravo! Puede que fuera Óscar dentro de tu cabeza quien te ayudara a escoger.

Marcos se ríe:

—Puede. En realidad Joaquín no se lo esperaba. No imaginaba que yo me plantaría a un palmo de su cara y lo miraría con los ojos más fríos que fui capaz de poner. «Moñas», repitió con pocas ganas. Aquello me dio el coraje necesario. Continué aguantándole la mirada hasta que él bajó los ojos. Sus amigos se dieron cuenta. Me alejé con una gran sensación de triunfo y liberación.

Le doy un beso y le digo que me alegro, que me alegro mogollón.

10 de octubre

¡Increíble! Mireya deja el equipo de baloncesto porque César le ha pedido que no dedique tanto tiempo al deporte; primero, porque dice que es poco femenino, y segundo, porque así podrán estar más tiempo juntos.

—¡Estás atontada, guapa! —le decimos.

—Me lo ha pedido... —se excusa.

—¡Ja! ¿Te lo ha pedido o te lo ha ordenado? —salto yo, que ya le veo el plumero al tío.

—Me lo ha pedido —dice Mireya, con una voz tan poco convincente que no la creo.

Matamos la conversación aquí: si ha perdido un tornillo, lo ha perdido y no hay más que hacer. Lo que está claro es que tengo que redactar con urgencia un estudio de lo que se considera femenino y lo que se considera masculino. Mira que decir que el deporte es poco femenino... Pero este tío ¿de dónde sale?

Minutos más tarde, veo a Mireya alejarse sentada en la parte trasera de la moto de César.

12 de octubre

Después de pasar parte del día de hoy currando para averiguar qué es la masculinidad y qué es la feminidad (la otra parte del día la he pasado patinando porque he recuperado mis queridos patines; los de Marcos ya están reparados), he llegado a la conclusión de que lo que se entiende por feminidad y lo que se entiende por masculinidad son conceptos del año de Maricastaña. El problema es que mucha gente todavía los considera válidos, y, por lo tanto, esta idea deteriorada de la feminidad y la masculinidad se perpetúa en el tiempo, como un gusano sin fin... Puesto que lo crees, el concepto se mantiene, y como el concepto se mantiene, ¡te lo acabas creyendo!

*Diapositiva 9*

Masculinidad

Éstos son los sustantivos que se asocian a la masculinidad:

Decisión

Fuerza

Agresividad

Lógica

Razón

*Diapositiva 10*

Feminidad

Éstos son los sustantivos que se asocian a la feminidad:

Sumisión

Debilidad

Ternura

Intuición

Emoción

*Notas para el trabajo de investigación 3*

Si un chico tiene muchas características del bloque feminidad, ¿automáticamente está considerado por parte de muchas personas como «no masculino»? Y al revés, si una chica tiene muchas características del bloque masculinidad, ¿automáticamente se la considerará como «no femenina»?

Quizá haya que ponerse manos a la obra y luchar por un verdadero replanteamiento de estos conceptos.

14 de octubre

Nunca creí que lo que ha pasado hoy fuera posible entre la gente de mi clase, tan normal, tan moderna, tan independiente. Y, sobre todo, nunca habría pensado que Mireya caería en una situación de este tipo. No la reconozco. No parece la chica de siempre. Se ha vuelto ciega: ciega a todo lo que hace César. Es capaz de perdonarle todo... ¿en nombre del amor? Pero ¿es burra o qué? ¿Prefiere destruirse a ella misma?

Estoy, estoy... ¡hecha un lío! Y lo peor es que no sé cómo podemos ayudar a Mireya. Ni siquiera nos escucha.

Primera hora de la mañana. Nos vemos, como siempre, un rato antes de que suene el timbre para empezar las clases. Mireya es la única que no ha llegado. César tampoco asoma por el horizonte.

—Debe de estar con ese lapa —dice Elisenda.

Y justo en ese momento, se oye la voz de Mireya que grita:

—¡Atención, atención!

Y hace una aparición triunfal con una mini que quita el hipo.

—¿Qué os parece? —dice, moviéndose en plan cigüeña como las tops de pasarela.

—¡Hala, tía! —acierta a decir Elisenda, totalmente asombrada por la falda en cuestión.

No es sólo que sea bonita, es que es una falda de primera, de esas que las madres no te compran ni aunque montes un pollo sideral. Dicen que no, que demasiada pasta y que de qué vas...

Total, que Mireya ha conseguido una mini de cuero negro que habíamos visto en el escaparate de una tienda de moda muy conocida. La mini nos mola a todas, pero sólo Mireya es la propietaria.

—¡Ostras! ¡Estás espectacular! —le he dicho.

—¡Vaya que sí! —Carlos se ha acercado.

Se oye un silbido impertinente y admirativo. Pablo asoma la cabeza:

—¡Ey! ¡Esto es una mini y lo demás son tonterías!

Como si el disparo de salida se hubiera producido, un montón de chicos y chicas nos rodean. El griterío es bestial. La mini de Mireya resulta un éxito fulgurante.

Ella nos cuenta cómo ha conseguido comprarla: invirtiendo parte de lo que ha ganado de las clases particulares a primos, primas y vecinos en general.

Los chicos no paran de silbar y hacer el bobo. Ahora ya le han encontrado el punto a lo de hacer el animal.

Y entonces llega César. Contempla la escena y esboza una mueca.

Marcelo observa a César con una pose desafiante y, entonces, con claras intenciones de provocarlo, se vuelve hacia Mireya y le dice:

—¡Tía, estás buenísima!

César acusa el golpe: se siente provocado. Se acerca a Mireya, luego se vuelve hacia todos los demás y, con una voz estridente y desagradable, les dice que se callen, que ya está bien.

Todo el mundo enmudece por la sorpresa.

César mira a Mireya y, con los ojos empuñados por la rabia, masculla:

—¡No sé qué pareces!

No dice nada más. Se va tal como ha venido.

Mireya se pone a llorar.



Marcelo pone cara de perplejidad. Seguramente no esperaba una reacción tan violenta. Los otros nos miramos levantando las cejas, sin saber muy bien qué hacer. La conducta de César no tiene perdón. Y la de Mireya, francamente, tampoco, porque ¡mira que ponerse a llorar por un cabeza hueca como César!

La abrazo.

—No llores —le digo—. Ese imbécil no se lo merece.

—No es un imbécil; es mi novio. Ya te lo he dicho muchas veces. Y a mí me gusta —me dice, apartándose bruscamente.

No me callo lo que pienso:

—Es tu novio y también es un imbécil. Y lo que no entiendo es cómo no te das cuenta.

Mireya me mira muy enfadada. Yo también lo estoy. ¿Cómo puede ser que no vea que ese tío es un impresentable? Un tío que opina sobre su ropa y lo hace con unas ideas peores que las que podría tener mi padre... Además, ¿qué derecho tiene él a decirle que no juegue a baloncesto o a criticarle la ropa? ¿Y por qué Mireya se lo consiente?

—Es mi novio, por si no lo sabes. Y no pienso aguantarte más críticas hacia él, Carlota.

Mireya se va.

Berta y Elisenda me miran. Yo tengo una mezcla endiablada de sentimientos. No sé cuál me domina. Me siento indignada con César y sus estúpidos celos. Me siento enfadada con Mireya y su ceguera con ese novio tan retorcido que se ha buscado, o mejor, que se ha encontrado. Y me siento muy triste por mi impulsividad; tal vez habría sido mejor no haberle dicho nada a Mireya y que algún día ella misma se diera cuenta. O no. Quién sabe...

15 de octubre

Aprovecho que estoy en casa de papá para subir a ver a Laura y preguntarle por Clara.

—¡Uf! —dice—. Clara tiene tendencia a meterse en relaciones tóxicas.

—¿Relaciones tóxicas? —pregunto.

—Sí, tóxicas, como la droga. Perjudican la salud, física y emocional, y provocan dependencia. Son lo contrario de lo que debería ser una relación. Una buena relación aumenta tu vitalidad; una tóxica, te la roba.

¡Ey! Quizá la de Mireya sea también una relación tóxica, porque cada día se la ve más tristonera, más decaída, menos vital.

—¿Te refieres a una relación amorosa? —pregunto.

—No. No solamente amorosa. Puede ser una relación profesional, familiar, de amistad... Por la educación recibida, las mujeres tenemos más tendencia que los

hombres a caer en ellas. En una relación sentimental tóxica, normalmente la mujer se erige en salvadora de la persona tóxica, o sea, de él, que es quien tiene problemas.

Me quedo preocupada. Todo esto me hace pensar en Mireya.

—¿Algunas pistas para saber si una relación es tóxica? —me dice guiñándome un ojo.

Asiento con la cabeza.

Ella coge un libro, busca una página y lee:

—¿Estás de mal humor o irritable después de haber estado con esa persona? ¿Te sientes menos inteligente, menos atractivo o atractiva cuando estás con esa persona? ¿Esa persona te humilla, te menosprecia, te convierte en la diana de sus bromas? ¿Después de haber estado con ella fumas, comes o bebes más alcohol de lo que es normal en ti? ¿Te duele la cabeza, lloras a menudo, tienes dificultades para respirar, te duele la espalda con esa persona?

Se para y me mira.

—En fin —dice—, sólo son algunas pistas para que un chico o una chica puedan detectar relaciones tóxicas en su vida.

16 de octubre

Estoy trabajando en el ordenador y veo que Octavia se conecta al Facebook. Le envío un mensaje para ver si tiene tiempo de chatear conmigo un rato.

CLAESASANGRECarlota: Hola.

Octavia: ¿Qué tal?

Carlota: Currando un rato. ¿Sabes que me debes una respuesta?

Octavia: ¡Por supuesto! Tengo que contarte por qué una víctima de maltratos se queda pegada a su maltratador en vez de huir.

Carlota: Buena memoria.

Octavia: Lo haré la semana que viene, cuando vuelva de Londres.

Carlota: ¿A qué vas a Londres?

Octavia: Me voy a presentar el último libro que me han traducido al inglés.

Carlota: ¿Me traerás algo bien chulo y diferente de lo que hay por aquí?

Octavia: Diferente no es fácil. En este mundo tan globalizado —no sólo económicamente, por desgracia—, en todas partes hay lo mismo. Pero lo intentaré. De momento, aquí tienes un regalo made in Octavia. Otro test que puede que sea útil para tu trabajo.

Carlota: Gracias, Octavia.

Octavia: Hala, ahora a currelar. ¡Adiós!

Carlota: Muchos besos y hasta pronto.

*Test 2*

Este test permite pronosticar la violencia de género. Es decir, si evalúas tu relación de pareja mediante el mismo y obtienes unas cuantas respuestas positivas, ¡ojo! Tienes muchas posibilidades de que tu pareja acabe teniendo conductas violentas.

Tu novio:

1. ¿Quiere controlarte siempre? ¿Quiere saber siempre con quién estás o qué haces? ¿Te controla con el móvil?
2. ¿Te pide siempre explicaciones: dónde has estado, qué has hecho, a quién has visto, cómo ibas vestida...?
3. ¿Te prohíbe hacer cosas: salir, beber, ir sola? ¿Te impone determinadas reglas? ¿Te dice cómo tienes que vestirte, pintarte o comportarte?
4. ¿Critica a las personas que a ti te gustan, tus amistades, tu familia? ¿Te dice que no te convienen o que son malas compañías?
5. ¿Te amenaza? ¿Rompe tus cosas? ¿Grita? ¿Pierde el control?
6. ¿Quiere que le dediques la mayor parte de tu tiempo? ¿Te da órdenes? ¿Quiere que sepas en todo momento lo que él desea?
7. ¿Se burla de ti? ¿Te habla con un tono desagradable o irritante? ¿Te llama con algún mote o de alguna forma insultante o ridícula?
8. ¿Se niega a hablar cuando le apetece? ¿Desaparece durante días? ¿Pasa tiempo sin llamarte ni decirte dónde está?
9. ¿Te insulta? ¿Te dice que no sabes nada, que no haces nada bien, que eres un desastre?
10. ¿Es encantador con el resto de la gente pero contigo es insoportable?
11. ¿A menudo te miente? ¿Te pone trampas para ver si le dices la verdad o si haces caso de lo que él dice?

## FINCLASEBLOQUE

Cuando acabo de leer el test, una idea me cruza la mente como un rayo: César es más que un lapa; César es un maltratador. El problema es que no puedo decírselo a Mireya. Ni siquiera va a querer escucharme.

17 de octubre

Tal vez no. Tal vez César no es un maltratador y yo sólo alucino.

Ésa es la idea que me viene a la cabeza cuando Mireya me cuenta de qué modo han hecho las paces este fin de semana. Según parece, el tío le envió un correo electrónico pidiéndole perdón. Me lo enseña.

—Ésta fue la primera muestra de querer firmar la pipa de la paz —me dice.

Tengo que admitir que este chico sabe pedir perdón. Un texto larguísimo, algo insólito ahora que a todo el mundo le da tanta pereza ponerse a escribir. Un texto

lleno de imágenes de amor que deben de haber llegado directas al corazón de Mireya. Promesas de cambio, de no volver nunca más a una situación como la que vivieron. Aparte, se le nota sincero. Lo que no me acaba de gustar es que al llegar al final, parece más culpable Mireya por haberse puesto una mini excesiva que él por su reacción desmesurada. No pide disculpas, sólo justifica sus celos, que lo impulsaron; los celos de ver cómo todos los compañeros del curso le miraban las piernas.

—Al fin y al cabo son tus piernas —le hago notar, porque no estoy de acuerdo con este punto del discurso de César.

Mireya pone los ojos en blanco como diciendo: «¡Qué pesadez de tía!».

—De acuerdo, mis piernas son mías, pero los celos son de él.

—¿Los celos? Pues que se los coma y que te deje en paz con el largo de la falda.

—Los celos... Los celos son una muestra de amor —dice Mireya.

—¿Estás segura? A mí esto que dices me parece un poco raro. Es más, creo que estás equivocada.

—César dice que cuanto más amas a una persona, más celoso o celosa te pones.

—No me convence, pero vamos a dejarlo aquí. Ahora lo importante es que habéis hecho las paces...

Sí. Mireya dice que él ha sido encantador, que le ha prometido que no se pondrá nunca más como un perro de caza.

—¿Aunque vuelva a sentir celos? —pregunto yo, nada convencida.

Mireya asiente con la cabeza y, luego, añade:

—Eso espero.

En definitiva, cuando huyeron juntos con la moto, la bronca fue mayúscula, pero después de unos cuantos whatsapp de él, Mireya accedió a verlo. El sábado por la tarde tuvo lugar la reconciliación, que resultó ser fantástica. Él estuvo absolutamente encantador, mejor que nunca.

Está bien, me digo a mí misma; démosle un voto de confianza.

Al mediodía me voy a comer con Elisenda y Berta al Quésueñotandulce. Mireya no viene con nosotras, claro. Ya vuelve a tener pegada en el culo una sombra llamada César. ¡Uf!

Carlos y Gabi están dentro. Estudian —¡o lo fingen!— para el examen de mañana.

—¡Ey! ¡Sentaos aquí con nosotros! —grita Carlos.

Vamos hacia allí, aunque sabemos que así, mucho no van a trabajar.

—¿Cómo va el diario azul? —pregunta Carlos.

—Bien. Avanza a toda vela.

—¿Ya te has acordado de hablar de nosotros, los gays? ¿Y de las lesbianas? —me dice Gabi.

Lo miro pensando que se ha equivocado de diario.

—¿No escribes un diario sobre la violencia de género y la violencia escolar? — pregunta, descolocado.

Asiento.

—Pues, guapa, los gays sufrimos mucho el acoso escolar. Las lesbianas no lo sé, pero me lo imagino.

Yo no puedo dejar de pensar en Gregor, claro. Prefiero no decirle nada; dejo que se extienda y que nos cuente cómo se sentía dos o tres cursos atrás, cuando todavía no le había dicho a nadie que era homosexual, pero ya había algún imbécil en la clase que le amargaba la vida porque se lo imaginaba. Me viene a la mente que Marcos también pasó por ese calvario. Uno por ser gay, el otro sin serlo, pero ambos porque no respondían al estereotipo de lo que se supone que debe ser un hombre.

—Me sentía igual que una mierda, ya te lo contaré —acaba Gabi. Lo miro con simpatía, porque le tengo cariño y porque me pregunto si alguna vez lo insultaron ante mis narices y yo no hice nada por defenderlo. Entonces recuerdo la frase de mi madre: no es suficiente con no practicar la violencia; no hay que admitirla. ¡Puedes estar seguro de que no lo olvidaré nunca jamás!

Carlos dice que les preguntará a su madre y a la compañera de su madre si alguna vez notaron que alguien las asediaba en el colegio o en el instituto, o si alguien les hace la vida imposible en el trabajo por el hecho de ser lesbianas.

—Cuando sepa si es que sí, te escribiré un testimonio. Ahora, sin embargo, quiero contarte otro. Es el de una niña que va al mismo colegio que una prima mía. Esta compañera, que se llama Magalí, estaba muy afligida por el miedo de que en su casa la hicieran pasar por una ceremonia ancestral que mutila a las niñas. Finalmente lo habló con mi prima, que es su mejor amiga.

#### *Testimonio 5*

Magalí es una niña de Gambia. Cuando tenía dos meses sus padres se trasladaron a vivir aquí. Ahora ya tiene ocho años y se considera una española como cualquier otra. Como cualquiera, excepto por una razón: cada vez que se van de vacaciones a Gambia, ella tiene miedo de que le practiquen la ablación, o lo que es lo mismo: que le corten el clítoris.

Es una tradición en su país, pero una tradición bestial e inhumana —eso lo digo yo—. En primer lugar, porque pone en peligro la vida de las niñas, que pueden morir desangradas o de una infección. En segundo lugar, porque les provoca problemas crónicos que afectan a su salud. Y en tercer lugar, porque las privará siempre de tener una vida sexual satisfactoria. Está clarísimo que es violencia de género. ¡Y resulta que en el mundo hay ciento veinte millones de mujeres y chicas a quienes han practicado la ablación!

Por eso, Magalí, aterrorizada, ha decidido confiar en una amiga y contárselo, y juntas lo han hablado con la tutora, que a su vez se lo ha contado a una doctora del hospital. La doctora ha citado al padre y a la madre de Magalí para decirles que esa práctica está prohibida en nuestro país. Que eso a la niña no se lo pueden hacer, ni aquí ni en Gambia, porque los dos pueden acabar en la cárcel. El padre de Magalí ha dicho que vale, pero el problema está en convencer a la abuela. La doctora les ha dado una carta de aspecto muy serio, con el sello del hospital y tres firmas para que puedan hacer entrar en razón a la mujer de Gambia.

Magalí confía en que la carta sea suficiente para disuadir a la abuela, aunque, por si acaso, no irá a solas con ella a ningún lado.

Después de escuchar este terrible testimonio, Elisenda suspira y dice:

—Nosotras somos muy afortunadas.

Y Berta insiste en lo que ya me dijo cuando empecé el diario:

—Será difícil que nosotras te podamos ofrecer testimonios, porque no sufrimos violencia de género.

18 de octubre

Llego a casa y me esperan, por un lado, la música del equipo de Marcos a toda pastilla —algo que no es una buena noticia pero que no es nuevo para mí—, y por otro lado, un mensaje electrónico de Octavia.

—¡Baja el volumen! —chillo con toda la potencia de mis pulmones, cuando me siento en la silla delante del ordenador.

No me oye, claro. Tengo que levantarme expresamente para ir a decírselo a la oreja. Así es mi hermano.

—Y así eres tú de plomazo, niña. No hay forma de escuchar música en esta casa.

Sí que hay forma, pienso, pero no hace falta dejar sordo al personal.

Ahora sí, por fin puedo leer el mensaje de Octavia.

*Asunto: Esclavitud*

Querida Carlota:

Ya he vuelto de Londres. Por cierto, te he comprado una cosa que te hará ilusión, pero no pienso darte ninguna pista sobre lo que es. Ya lo verás cuando vaya y te lo dé.

¿Por qué una víctima del maltrato no huye sino que se queda pegada a su maltratador?, fue tu pregunta. Yo añadiría otra pregunta que requiere una respuesta parecida a la que voy a darte después:

¿Por qué un chico como Jokin prefiere morir a denunciar a sus maltratadores? ¿Y por qué tantas mujeres maltratadas denuncian al maltratador y, después, retiran la denuncia?

La explicación es, en todos los casos, la misma: las víctimas han sufrido un lavado de cerebro. Seguro que esto del lavado de cerebro te suena. Por ejemplo, me imagino que ya habrás oído que los de las sectas, para captar a los adeptos, hacen un lavado de cerebro.

La humanidad hace tiempo que descubrió que, para mantener cautivas a las personas, al dominador no le hacía falta usar la fuerza física; tenía bastante con manipular a la gente psicológicamente.

Esa técnica se usó con los esclavos: no hacían falta tanques, armas ni grandes castigos para mantenerlos sometidos.

Ya sabes que el cerebro es un órgano muy poderoso y que puede jugarnos malas pasadas sin que nosotros seamos conscientes. Esta capacidad es la que se usa cuando se efectúa un lavado de cerebro. Se hace creer a las víctimas, por ejemplo a los esclavos, que no tienen posibilidad de escapar. Las víctimas acaban por sentirse atrapadas en una especie de telaraña virtual. Y no huyen porque no creen que eso sea posible.

Detengo aquí la lectura, y con las explicaciones que Octavia me escribe a continuación, hago el siguiente informe:

*Informe 2*

El lavado de cerebro:

El dominador hace creer a la víctima que no vale nada, que sólo tiene valor por la relación que la une con él.

El dominador intimida a la víctima, por ejemplo, diciéndole que no le hablará más, que la abandonará o le hará daño.

El dominador aísla a la víctima, ya sea porque la encierra en algún lugar, o porque no le permite tener relación con su gente.

El dominador priva a la víctima de cosas esenciales, como comida, bebida, horas de sueño, dinero o muestras de afecto y respeto.

El dominador adoctrina a la víctima para que acabe considerando propias las ideas de él.

El dominador ofrece a la víctima alguna muestra de su amabilidad o su afecto muy de vez en cuando.

El dominador hace sentir a la víctima que no puede escapar.

¿Sabes cómo se llama esta situación de la víctima hacia su maltratador, de esta dependencia emocional? Se conoce como «síndrome de Estocolmo».

Una cuestión importante con respecto al síndrome de Estocolmo es que quien lo sufre no es consciente de ello; es más, niega cualquier sumisión al enemigo. Y, de hecho, es inconsciente porque es un mecanismo de defensa: con esta forma de proceder, la víctima tiene o cree tener más posibilidades de sobrevivir. Se considera, pues, que el síndrome de Estocolmo es una conducta adaptativa ante este tipo de situaciones de peligro.

Octavia se despide sin darme ni una pista de lo que me ha comprado en Londres. Me encantaría saber qué es... Eso sí, después de los besos, me regala otro de sus tests.

### *Test 3*

Éste es otro test que permite predecir la violencia de género. Ya lo sabes, como en el test 2, si obtienes unos cuantos síes, ¡cuidado! Tienes muchas posibilidades de sufrir violencia de género.

Tu novio:

1. ¿Te culpa por todo aquello que no le sale como él querría?
2. ¿Cree que él nunca hace nada mal?
3. ¿Sólo ve tus defectos, todos tus errores? ¿Es incapaz de ver tus cualidades o reconocer aquello que haces bien?
4. ¿Es incapaz de pedirte perdón?
5. ¿Te prohíbe cosas que él mismo hace? ¿Te dice que no salgas por la noche pero él sí que lo hace? ¿Te dice que no quiere que vayas con otros chicos pero él va con otras chicas?
6. ¿Se salta siempre los pactos que habéis hecho?
7. ¿Coge tus cosas?
8. ¿No respeta tu intimidad?
9. ¿Te culpa por todo lo que no funciona en vuestra relación?

19 de octubre

A Mireya ya no le vemos el pelo. Otra vez pendiente de César. Con la moto de César para un lado, con la moto de César para el otro... Y él no la deja ni a sol ni a sombra, parece que tenga miedo de que se relacione con nosotras.

¡Glups! ¡Como si fuera un secuestro!

Mucho me temo que otra vez veo a César como un maltratador.

—¿No crees que se te va un poco la olla? Mira que considerarlo un maltratador...

—me reprocha Berta.

—Sí, tía, quizá se te está metiendo en la cabeza todo lo que escribes para el diario azul y te está creando un cacao mental. Yo creo que César es un poco raro, pero nada más... ¿no? —me pregunta Elisenda, y por el tono con que me lo dice, me doy cuenta de que ella tampoco está nada tranquila.

En cualquier caso, es difícil saberlo y todavía lo es más alertar a Mireya; si deo escapar alguna crítica hacia César, me salta a la yugular.

Por la noche, viene la abuela a cenar a casa. Aprovechamos para hablar de mi diario azul y de mi trabajo de investigación.

—De algo estoy segura —digo al acabar de exponer todo lo que he aprendido hasta ahora—. Yo nunca seré una víctima.

—¿Y qué es lo que te hace estar tan segura de eso? —preguntan mamá y la abuela a la vez, como si se hubieran entrenado.

Marcos deja el tenedor y me mira con interés. Entonces recuerdo que él ya ha experimentado lo que es ser una víctima y eso me hace dudar de mi afirmación. Al fin y al cabo, Marcos y yo no somos tan diferentes. Si él ha sido una víctima, ¿por qué no podría serlo yo también?

—Pues... No lo sé. Es una sensación que tengo... Pienso que tal vez las víctimas tengan alguna característica que las lleva hacia ese destino —digo.

Acabo de decirlo y me doy cuenta de que es una tontería.

—No, las víctimas no tienen ninguna particularidad psicológica —observa la abuela.

—Todos y todas podemos ser víctimas en un momento dado de nuestra vida; sólo es necesario que se den las circunstancias adecuadas para que lo acabemos siendo —añade mamá. Y levantándose, coge un periódico para leernos una noticia, según la cual, uno de los maltratadores de Jokin, en otra ocasión, le vació un ojo a otro chico.

—Ése no es una víctima —digo yo con ironía.

—No —responde mamá—. Ése es un maltratador con un futuro muy negro por delante, porque, si continúa con conductas de este tipo, puede acabar en la cárcel.

—Pero ahí podría convertirse a su vez en víctima de algún otro recluso —avisa la abuela—. Entonces sí que se enteraría de lo que vale un peine.

Marcos, que ha vuelto a coger el tenedor y engulle con fruición las albóndigas con sepia de mamá, me mira, queriendo decir: «¿Lo ves, sabihonda? Tú también podrías ser una víctima».

—El problema —prosigue la abuela— es que, en general, en una cultura competitiva como la nuestra, la gente asocia «víctima» con una persona débil.

—Y no es así, claro —musito yo, pensando en mi hermano.

—De hecho, si nuestra cultura no fuese tan individualista ni tan agresiva, las víctimas serían vistas con mucha más simpatía. La víctima merece todo nuestro apoyo y respeto; el verdugo, el maltratador, todo nuestro rechazo.



—Ya lo creo; la palabra *víctima* tiene ciertas connotaciones peyorativas —afirma categórica mamá—; por eso a nadie le gusta que lo llamen de esa forma. Y las tiene por lo que dice la abuela y también porque, en muchos casos, la sociedad se lo monta para responsabilizar parcialmente a las víctimas de lo que les ha pasado.

—¡Ah! —digo—, como cuando algún juez sostiene que la víctima de una violación tiene parte de culpa por llevar una falda demasiado ajustada.

—Exacto.

—O sea, todo el mundo puede ser una víctima. También yo —hago saber mordéndome el labio.

—¿Y todo el mundo puede ser un maltratador? —pregunta Marcos.

—Yo creo que hay que estar un poco loco para maltratar a alguien —digo yo—. ¿Son psicópatas los maltratadores?

—Pues no —responde mamá—. Los maltratadores no son locos, en absoluto. Son personas normales y corrientes que tienen la cabeza llena de determinadas ideas.

»Por ejemplo: un hombre que mata a su mujer porque ésta ha querido separarse de él es alguien enfermo de machismo. Cree que él, como hombre, está por encima de la mujer y que, por lo tanto, no puede tolerar que ella lo abandone.

—O un chico que le pega palizas a otro también es un chico enfermo de ideas —añado yo.

—Por ejemplo, de la idea que los chicos tienen de que hay que ser agresivos, decididos y con mala leche —dice Marcos con intención.

—Exacto —observa mamá—. Y los nazis estaban enfermos de ideas. Las ideas de una raza aria pura; y por eso, exterminaron a judíos y gitanos.

—Conclusión —dice la abuela—: Hay factores de riesgo para que te conviertas en maltratador, por ejemplo, si tienes ideas machistas, homófobas, racistas... Del mismo modo que hay factores de riesgo para convertirte en víctima de la violencia: ser mujer, ser de una raza diferente a la blanca, ser homosexual, ser una criatura... O sea, si no perteneces al grupo que tiene el poder.

—Y el poder es blanco, rico, heterosexual y masculino, y si no, mirad los periódicos o la televisión y decidme qué es lo que veis, de quién se habla, quién decide...

—¿Puede ser que un hombre sea maltratador sin darse cuenta? —pregunta Marcos.

—Sí, puede ser —dice mamá—, especialmente si el discurso que domina es el suyo. Pero en el momento en que se pone nombre a la cuestión y se visibiliza, el dominador ya no tiene excusa: tiene que ser forzosamente capaz de reflexionar respecto a su conducta y darse cuenta de que no es correcta. Si se queda anclado en sus ideas, es porque ya le va bien así...

20 de octubre

Hoy no voy a clase; me duele la cabeza, me lloran los ojos, y cuando trago saliva, parece que me raspen la garganta con papel de lija.

—Un simple resfriado —dice mamá, que siempre desdramatiza las situaciones—. Quédate en la cama y no te muevas; a la hora de comer vendré a hacerte compañía.

Pero no: a la hora de comer aparece Marcos en vez de mamá.

—Mamá tiene una reunión —dice Marcos. Se saca un recorte de periódico de la mochila—. Ve leyendo si te apetece mientras te preparo la comida. Te he traído dos noticias que pueden interesarte para tu diario azul.

—¡Eres un sol!

—Lo sé, lo sé... En el mundo no encontrarías a otro hermano como yo —dice y me guiña un ojo.

La primera noticia habla de la detención de un profesor de la Universidad de Granada que entraba en contacto con niños de diez y doce años a través del Facebook y, una vez se había ganado su amistad, les pedía que se desnudaran delante de la *webcam*. Luego distribuía por Internet las imágenes de los niños a pederastas, o sea, tíos adultos que se sienten sexualmente atraídos por menores.

La segunda noticia habla de tres estudiantes de Zamora que han sido detenidos por captar con sus móviles escenas de contenido sexual de unas cuantas compañeras de instituto. Se ve que después enviaban a otros compañeros las escenas por el móvil a cambio de dinero.

—¿Qué opinas? —pregunta Marcos, mientras me deja encima de la cama la bandeja con la comida.

—¡Anda! ¿Otra vez albóndigas con sepia? —le digo para chincharlo.

—¿Qué esperabas, un arroz hervidito y pescadito a la plancha? —Sale de la habitación y vuelve al cabo de unos minutos con su bandeja. Se sienta al pie de la cama y señala los recortes de periódico.

—Como dicen la abuela y mamá, cualquiera puede ser un maltratador.

—Ya ves cómo está el patio: un profesor de universidad, unos compañeros del instituto...

—Y todo el mundo puede convertirse en una víctima: tu hermano chateando por Internet, o tú en los vestuarios del polideportivo.

—Pues ya sabes, mosquito, mucho cuidado con los chats, sobre todo si un tío te quiere hacer regalos y te ofrece, por ejemplo, un móvil o entradas para un partido de fútbol. No será gratis; luego va a querer aprovecharse de ti.

—Sí. Y parece ser que si me niego, entonces me amenazará con infectarme el ordenador o hacerme daño.

—No caigas nunca en la trampa. Pero si lo hicieras, me lo dices volando a mí o a mamá. Vas a ver tú la denuncia que le ponemos al tío.

Por la tarde, aprovecho para leer en la cama, que es una de mis aficiones favoritas. Tengo entre manos un libro que me ha recomendado mamá. Es una novela de una autora alemana, Birgit Vanderbeke. Se titula *Mejillones para cenar*. Un libro corto y divertido... Bueno, más que divertido, extremadamente irónico. Mamá me dijo que es una sátira buenísima sobre la familia patriarcal y, realmente, lo es.

Aunque en casa no domina ese patrón, reconozco que es el modelo familiar de mucha gente que conozco. Por ejemplo, la familia de Rosa, una chica de mi clase que no es muy amiga mía pero con quien tuve que hacer un trabajo el año pasado. Pasé un fin de semana en su casa y me prometí a mí misma que nunca más volvería a aceptar una invitación de su parte. El ambiente era tan tenso que se me hizo un nudo en el estómago del que no me libré con facilidad. Aparentemente no pasaba nada: no había gritos; el padre hablaba con un tono discreto, y la madre con una voz que casi no se oía. Hay que reconocer que ella parecía estar atemorizada cuando su marido estaba en casa; como si no osara contradecirlo en nada. Al padre, en cambio, se le notaba en su salsa; parecía que aquella casa era más suya que de los demás. Cuando algún miembro de la familia hacía algo que no le gustaba, se limitaba a levantar la ceja, con cara de malas pulgas, y el otro, como si hubieran apretado un botón, paraba la actividad o la hacía de otra forma.

Las comidas en aquella casa eran una tortura. Recuerdo que todo el mundo hablaba poco, y si alguien expresaba un punto de vista que generaba la oposición del patriarca, lo retiraba de inmediato o se callaba. Sólo una vez, durante la cena y a propósito de la pena de muerte, la hermana mayor de Rosa insistió en mantener sus argumentos; estaba en contra de las ejecuciones. A mí me habría gustado intervenir para expresar mi opinión, que coincidía con la de ella, pero al ver el tono cada vez más agresivo del padre y el tenso rostro de los otros miembros de la familia, consideré más prudente no abrir la boca. El ambiente se calentó tanto que llegué a pensar que alguna copa o bombilla estallaría de la tensión. El único que estalló, sin embargo, fue el patriarca. De pronto, acalorado y acorralado, golpeó la mesa con el puño y dijo: «Basta, en esta casa mando yo y delante de mí no se vuelve a hablar de ese tema».

Con el libro de Vanderbeke entre las manos, de nuevo me siento transportada a casa de Rosa —pero sin los retortijones en la barriga— y gracias a esa experiencia previa, me resulta fácil captar el carácter coercitivo de la familia patriarcal que describe la novela.

Cuando termino mi lectura, me pongo delante del ordenador y compruebo si Gregor ha colgado algún mensaje nuevo.

*Gregor Samsa 4*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable

¿Hablarlo con un profesor? Ay, Spiderwoman, agradezco tu interés, pero los profes de mi instituto son autistas. No ven, no oyen, no dicen nada... a no ser que se trate de algo

relacionado con su asignatura. Y en realidad estoy agradecido a todos aquellos que se limitan a ignorar la realidad... porque hay alguno al que poco le ha faltado para insultarme también. El de gimnasia, por ejemplo, me lanza miradas despectivas siempre que la fastidio... que, dicho sea de paso, es una situación frecuente porque soy un patata para los deportes. En cambio, soy bueno en clase de física.

De todas formas, si me vieras hoy, me aconsejarías que fuera corriendo al hospital. Porque, esta vez sí, Aníbal Lecter se ha pasado unos cuantos pueblos y me ha dejado la cara, la espalda, la barriga... en fin, todo yo estoy hecho un cristo. Lo digo sin darle mucha importancia, pero, en serio, estoy hecho polvo. ¡Por fuera y por dentro!

La culpa de todo la tiene una paloma. Pensarás que me gustan esos animalejos. Pues no, para nada. Me parecen ratas repugnantes. Eso sí, una cosa es que les tenga tirria porque son unos bichos sucios y enfermos, que lo llenan todo de mierda con sus excrementos, y otra muy diferente es que me parezca bien torturarlos. Porque eso es lo que hacían Aníbal Lecter y sus compinches después del instituto: torturar a una paloma. La tenían acorralada dentro de un arbusto, y cada vez que el pobre bicho sacaba la cabeza y pretendía alzar el vuelo para huir, ellos lo golpeaban con dos bates de béisbol. No creas que he tenido valor para defender a la paloma. Noooo. Le tengo demasiado miedo a Aníbal... Simplemente, de la sorpresa y la náusea que me ha causado la escena, me he parado unos segundos, supongo que con una mueca de asco en la cara. Aníbal me ha visto y ha captado el gesto de mi boca. Quizá se ha sentido provocado por mi expresión... La verdad es que cuando ha dejado a la paloma tiesa de un porrazo con el bate, ha venido hacia mí y me ha gritado:

«¡También hay para ti, maricón de mierda!». Entonces Aníbal ha empezado a darme batacazos. El resto se ha apuntado.

No podía defenderme: eran demasiados contra mí y, además, estaba paralizado por el miedo y el dolor. Me hacían tanto daño que creía que me mataban. Y quizá lo habrían hecho si no fuera porque uno de ellos ha dicho: «Eh, venga, no nos pasemos. Ya es suficiente».

Me han dejado allí tirado, al lado de la paloma ensangrentada. No tengo ni idea del rato que me he quedado en la acera sin poder levantarme. Al fin, después de un gran esfuerzo, me he puesto en pie y he ido hacia mi casa. Afortunadamente, mi madre no estaba y he podido encerrarme en el baño a examinar los desperfectos de mi carrocería. No parecía que tuviera nada roto, pero los golpes eran evidentes por las marcas rojas.

Mis padres me han pedido explicaciones. Les he dicho que un compañero me ha dejado el monopatín y que, con lo patoso que soy, me he estrellado contra una pared. No me ha costado nada que se lo tragaran; ya he dicho antes que mi falta de habilidad corporal es conocida por los de mi entorno. Mi madre quería llevarme al hospital, pero se lo he quitado de la cabeza; le he dicho que estaba perfectamente. Mi padre ha dicho que unas cuantas gayolas es lo que me conviene para convertirme en un hombre. Mi padre, ya ves, tiene alma de legionario.

Me pregunto si Aníbal es un psicópata. Pero si así fuera, tiene que tratarse de un psicópata selectivo —¿existe la psicopatía selectiva?— porque sólo practica la violencia contra mi persona.

En cualquier caso: declaro que hoy no me siento como el cubo de la basura, sino como un plato de carne picada. Por lo menos, he salvado el pellejo, algo que la paloma no ha podido hacer.

## Le dejo un comentario:

Me parece, Gregor, que exageras un poco con tu flema y tu ironía.

¡Reacciona! No puedes tolerar esta situación por más tiempo: tienes que hacer algo. Fíjate, hoy han pasado de la agresión psicológica a la física, y esto ya no hay quien lo pare. ¿Vas a permitir que sigan haciéndote daño? Tienes que denunciarlos. No te lo pienses más: son unos maltratadores y lo que hacen es un delito.

Lo ha dicho Spiderwoman el 20 de octubre a las 17.56.

21 de octubre

Hoy Candela aprovecha el rato de tutoría para hablarnos de los desastres naturales que azotan la Tierra.

—Hemos dejado atrás el *Katrina* —dice— y la inundación de Nueva Orleans, con todas aquellas mujeres, hombres, niños y niñas encerrados en el centro de convenciones, vigilados a punta de pistola por la policía de su propio país, sin comida ni bebida, a cuarenta grados de temperatura y con una humedad del noventa por ciento...

¡Uf! Qué sed debieron de pasar. Pienso en un día de verano, en mi ciudad, al lado del mar, con una humedad por el estilo, aunque con temperaturas más bajas... Y sólo imaginármelo creo que ya empiezo a sudar y a necesitar un vaso de agua.

—El huracán *Stan* ha causado una gran destrucción en Guatemala, México y Santo Domingo —prosigue.

Nos cuenta que, por ejemplo, un pueblo situado en la ladera de un volcán ha quedado completamente sepultado por el barro. Más del ochenta por ciento de la población ha muerto. Los supervivientes del desastre no tienen nada. Ni casa, ni alimentos, ni bebidas, ni medicinas, ni, en muchos casos, a las personas que aman; han perdido al padre, a la madre, a un hermano, a la abuela... ¡Terrible!

También habla del terremoto que se ha producido en la región de Cachemira, en Pakistán. Se dice que hay decenas de miles de muertos. Los supervivientes se refugian donde pueden, bajo trozos de plástico, para intentar inútilmente protegerse de la lluvia y el frío, y a su alrededor sólo ven escombros, debajo de los cuales yacen enterrados parientes y amigos. Hace cuatro días que no comen; hay heridos, muchos de gravedad, que todavía no han podido ser atendidos por el personal sanitario... ¡Horroroso!

—¿Qué emociones os despierta lo que estamos comentando? ¿Qué sentís? —pregunta Candela.

—Yo tengo el corazón en un puño —dice una.

—Pues yo un nudo, aquí, en la garganta —añade otra.

—Yo me estoy muriendo de hambre.

—Pues yo no siento nada —dice uno.

—¿Nada de nada? —pregunta Candela sin sorprenderse.

A mí, en cambio, me parece alucinante. ¿De qué está hecho este chico, de *porexpan*?

Candela explica que para poder entender lo que siente una víctima de una catástrofe o violencia de género o de cualquier tipo de violencia, hace falta ser capaz de ponerse en la piel del otro.

—Eso se llama *tener empatía*.

Me lo apunto para mi diario.

—Si una persona es empática, está capacitada para sentir las emociones que experimenta otra como si fuera ella misma.

—Eso no es posible —observa el mismo chico de la clase que antes ha dicho que no sentía nada.

—Es verdad —dice otro—. Yo no puedo ponerme en la piel de otra persona; sólo en la mía.

—¿Estás seguro de que en la tuya sí que te pones? Lo digo porque, para sentir las emociones de los otros, antes hay que reconocer las de uno mismo —dice Candela. Se para un momento y continúa—: Todos y todas tenéis que mirar hacia vuestro interior para saber lo que os pasa. Si no, os resultará imposible ser empáticos, poneros en el lugar de la víctima.

—¿Y qué sentido tiene hacerlo? —dice uno—. ¿Por qué angustiarse si las víctimas son ellos y no yo?

—Mira, de entrada se me ocurren dos buenas razones para que lo hagas. La primera: necesitas sentir empatía para madurar como persona y relacionarte éticamente con los demás. La segunda: tú puedes ser una víctima en un momento dado de tu vida y te hará falta la compasión y la solidaridad de los demás.

—Me cuesta imaginarme como víctima —dice el tío.

—Pues imagina que, por ejemplo, te dedicas a acosar a un compañero de curso porque procede de una cultura diferente de la tuya y no eres capaz de ponerte en su lugar. Imagina que, diez años más tarde, entras a trabajar en una empresa que te envía a un país donde domina la cultura que tú antes despreciabas, y ahora eres tú quien sufre el rechazo.

—Bueno, visto así... —dice—, claro, tienes razón.

—En definitiva —parece que Candela ya acaba—, tener empatía quiere decir ser capaz de mirar la vida desde el punto de vista del otro.

—¡Ah! —exclamo—. Por ejemplo, ser capaz de ponerte unas gafas de color violeta, como me recomendó mi abuela cuando escribía el diario violeta, y ver el mundo con una mirada diferente a la masculina.

—Pues sí. O mirar el mundo desde el punto de vista de la gente mayor o de las personas ateas o de las musulmanas o... Un punto de vista diferente del que sueles tener.

Después de esta conversación, preparo el informe 3.

### *Informe 3*

Para poder practicar la empatía

- Primero: hay que reconocer las propias emociones. Por ejemplo:

Pregunta: ¿Qué me pasa?

Respuesta: Me duele la cabeza.

P.: ¿Hay algún sentimiento detrás de ese dolor de cabeza?

R.: La rabia.

P.: ¿Qué me ha provocado la rabia?

R.: Que mi novio me haya dicho que no me queda bien un vestido porque me sobran algunos kilos.

- Segundo: hay que ser capaz de ponerse en el lugar del otro.

Observar los gestos, las expresiones de la cara, el tono de voz, la mirada del otro: ¿Tiene miedo? ¿Se siente angustiado? ¿Se muestra inseguro? ¿Tiene dolor? ¿Expresa rabia?...

Escuchar con atención lo que dice el otro.  
Imaginar que tú eres el otro y pensar lo que sentirías en su lugar.

22 de octubre

¡Tachán! Mamá nos dice que ha invitado a cenar a su amigo...

—Tu amigo el especial, ¿no? —pregunto con toda la mala intención.

Mamá levanta un dedo supuestamente amenazador:

—Carlota, espero que ni se te ocurra soltar alguna tontería de las tuyas.

Le guiño un ojo a Marcos y digo:

—No te preocupes, mamá. No haré el tonto. Me limitaré a preguntar si sus intenciones hacia ti son serias.

—Yo le preguntaré si se ha propuesto llevarte al altar.

—¡Carlota! ¡Marcos! —grita mi madre con falso terror.

—¿No quieres? —le pregunto con mucha inocencia.

—Mira que lo pone complicado... —dice Marcos.

—No quiero que hagáis ningún comentario impertinente, ni siquiera en broma.

¿De acuerdo?

Me parece que mamá no las tiene todas consigo. Intento desviar su atención.

—¿Y qué tenemos para cenar?

Lo pregunto pensando que conocer al amigo especial de mamá es un buen motivo para cenar algo poco habitual. Poco habitual no porque a mamá no le guste cocinar —que le gusta, ¡y mucho!—, sino porque nunca dispone del tiempo suficiente para preparar platos elaborados.

En efecto. He acertado. De primero, chipironcitos con garbanzos. De segundo, lubina al horno. De postre, una papillota de frutas. ¡Mmm!

Se nota que mamá quiere causar buena impresión.

—¡Serás boba! —me dice tronchándose de risa cuando se lo comento.

—Ahora en serio, mamá. Fernando ¿es tu novio, tu amante, o qué es?

—Es un amigo especial —contesta ella en tono de burla.

—¿Piensas traerlo a vivir con nosotros?

Mamá me mira perpleja.

—Carlota, de momento no tengo intención de prescindir de las relaciones íntimas con un hombre, ni de oficializar mi relación. Así que todo continuará como hasta ahora. Si algún día cambio de idea, os lo diré con tiempo.

Mientras Marcos y mamá acaban de preparar la cena, yo me invento un informe sobre los celos, que ya hace días que quería escribir.

#### Informe 4

Los celos no son amor, sino una enfermedad.

Los celos aparecen por culpa de la idea que a menudo tenemos en el cerebro sobre cómo debe ser una relación amorosa. O sea, una vez más, ¡el cerebro nos la juega!

Primera idea equivocada: muchas personas creen que la persona a quien aman les pertenece y que tienen todos los derechos sobre su vida. Piensan: «Si me quiere, no puede tener una relación íntima, sea emocional o sexual, con otra».

Segunda idea equivocada: muchas personas creen que los celos son una señal de amor. Y no es verdad: los celos sólo indican que una persona quiere dominar a la otra. Piensan: «Mi pareja no puede dejarme nunca porque, si lo hace, no lo soportaré».

Cuanta menos confianza en ella misma tenga una persona, cuanto más desigual sea una relación, más probabilidad hay de que aparezcan los celos.

—¡Carlota! —Marcos entra como una tromba en mi habitación—. Ya está aquí.

—¿Y qué? ¿Qué pinta tiene?

—Parece un tío bastante normal. Es de Zaragoza, pero vive en Tarragona. El pobre me ha mirado igual que si lo estuviera examinando.

—Pues anda, vamos para allá, a ver si aprueba el test de «novio ideal para mamá»; no lo hagamos esperar.

Una hora más tarde, confieso que Fernando ha pasado el examen *cum laude* y que la cara de víctima propiciatoria que ponía al principio era de cachondeo. Se enrolla bien con nosotros, pero sin pasarse de la raya. O sea, es simpático y amistoso pero no va de colega ni utiliza el mismo vocabulario que nosotros. No lo soportaría... Me parece que mamá tampoco.

Menos mal que, de momento, tenemos suerte con las parejas que han encontrado papá y mamá. ¡Que dure!

Además, ¡sorpresa inmensa!, el tal Fernando resulta que es un abogado de Tarragona que hace voluntariamente las guardias de violencia de género en los juzgados.

Marcos y yo nos quedamos a cuadros. No es fácil encontrar a un hombre feminista...

—¿Y cómo queréis que no lo sea? —nos pregunta con voz de trueno—. Cuando estudié la carrera aprendí que la justicia...

Aquí se detiene y se endereza, como un actor a punto de recitar. Realmente el tío no sólo tiene vocación de feminista sino también de payaso. Te partes el culo de risa con él. Con una voz profunda dice:

—... que la justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada persona su derecho.

Nos quedamos en silencio. Quizá la fastidiemos si abrimos la boca. La frase de marras tampoco es que sea transparente.

Nos mira y se ríe con grandes y sonoras risotadas que contagian las ganas de vivir. ¡Este hombre es sobredosis en todo!

—O sea, si estamos de acuerdo en que cada persona tiene su derecho, comprenderéis que yo, para honrar mi profesión, tenga que luchar activamente para rescatar los derechos de las mujeres.



Marcos me pega un codazo que yo interpreto como: «Apunta, niña, que eso es material de primera para el diario».

—¡Uy! —interviene mamá—, te presentaría a muchos y muchas que consideran que, en nuestro país, las mujeres ya han conseguido la paridad.

—¡Oh sí, sí! —responde Fernando—. Nuestro país es un oasis en un planeta lleno de injusticias. Por ejemplo, en el mundo, de cada cien pobres, setenta son mujeres; en cambio, en nuestro país, las mujeres no tienen nada de pobres, ¡ni hablar!

Para continuar su ironía, le digo:

—¡Por supuesto que son ricas!, total, sólo ganan un treinta por ciento menos que los hombres y su tasa de paro dobla a la de ellos y tienen unas pensiones de jubilación miserables...

—No continúes, por favor —me interrumpe Fernando, de nuevo con la broma—. Queda clarísimo que las mujeres en nuestro país tienen tanta pasta como los hombres y que, por lo tanto, la lucha por sus derechos es una tontería. Pasa lo mismo con la violencia: según la ONU, una de cada tres mujeres en el mundo ha sufrido abusos, ha sido maltratada físicamente, ha sido víctima de una agresión sexual...

—En cambio, en nuestro país esto no pasa, ¿no? —Ahora es mamá la que aporta el toque irónico—. Al fin y al cabo, sólo muere una mujer cada cuatro días a manos de su pareja o expareja...

—Un oasis, ya os digo... —dice Fernando—. Ahora en serio: nadie que tenga un poco de capacidad de análisis puede negar que tampoco en nuestro país existe una paridad real entre las mujeres y los hombres. Y lo peor de todo es que las mejoras que se han producido con la democracia ya habían sido incorporadas y perdidas en otro momento de la historia, por ejemplo, durante la Segunda República.

—O sea, un paso adelante, y dos hacia atrás... —suspira mamá.

—Así es —afirma Fernando—. Y mucho me temo que ahora estamos en una época de pasos hacia atrás. Para empezar, por el modelo anglosajón (¡vaya un modelo!), en el que los derechos humanos están de capa caída, consecuencia de las cruzadas contra los terroristas y a favor de los dólares. Para acabar, por la influencia del mundo árabe. Sólo por poner un ejemplo, ¿sabéis que las intérpretes de árabe en los juicios contra los maltratadores están amenazadas de muerte por los acusados?

—Y también es una época de retraso por la tolerancia de muchas personas respecto a ese modelo. ¿Te has fijado en que en los periódicos, hasta en los progresistas, sólo dan la voz a las mujeres musulmanas encantadas de llevar el velo? ¿Por qué no le dan nunca la palabra a una musulmana contraria a esa práctica cultural que se ha cobrado la vida de tantas mujeres en el planeta? ¿Por qué le conceden media página a una diputada de Melilla, orgullosa de llevar el velo, que argumenta que de esta forma los hombres no la miran?

—¡Ey! Y si se encierra en una jaula, ni siquiera la podrán tocar —añade Marcos riendo.

—Realmente, como argumento es brutal —digo.

—Pero los medios de comunicación se hacen eco de posturas como ésta y no de las contrarias porque, aunque sea inconscientemente, sirven a los intereses del poder... Y el poder es masculino.

—Y los directores de los principales medios de comunicación son hombres — remata mamá.

23 de octubre

Hoy hemos hecho el remolón porque ayer, charlando, charlando con Fernando, nos fuimos a la cama a las cuatro de la madrugada. No sé si les dimos la lata a él y a mamá; quizá habrían preferido quedarse solos en la sobremesa. Lo cierto es que ayer ni se me ocurrió un pensamiento como éste; sólo hoy me he dado cuenta.

Mamá dice que no, que para nada, que ya habían acordado que era una noche que nos dedicaban a nosotros.

—¡Por cierto! —dice cambiando de tema—. Si tienes que trabajar, más vale que lo hagas ahora, porque esta tarde vendrán tu tía Mercedes y el tío Ramón con las criaturas, y me gustaría que estuvierais un poco por los pequeños; quieren consultarme algo que tiene muy preocupada a la tía Mercedes.

Arrugo la nariz. Tía Mercedes y tío Ramón no son precisamente mis modelos de referencia, más bien me ponen bastante nerviosa. En fin, me llevaré a Ramón a la habitación y charlaré con él. Seguro que lo paso bien; es un niño de cinco años muy gracioso.

Y vaya si me he reído, pero no sólo eso. También me he llevado una sorpresa mayúscula: Ramón me ha proporcionado un testimonio impagable. El testimonio de un niño de cinco años que sufre acoso escolar.

#### *Testimonio 6*

Ramón odia ir a la escuela, dice que no lo soporta. Según parece, siempre lo había pasado bien en el colegio; en P3 y en P4, pero que, al llegar a P5... ¡fiasco!

En P5 ha entrado un alumno nuevo que en seguida se ha convertido en el gallo del corral. Se ve que es simpático... al menos cuando quiere. Además, tiene una habilidad especial para hacer el burro sin que la profesora se dé cuenta de que ha sido él. Y siempre consigue que castiguen a otro en su lugar.

Cuando le pregunto a Ramón si ese fantasma le molesta, me contesta que sí, que mucho. Para empezar, cada mañana ese chulito lo obliga a darle el bocadillo. Algo así como un impuesto revolucionario. Si quiere salir al patio, el almuerzo de Ramón termina entre las manos de su maltratador.

La cosa no acaba aquí. De vez en cuando, el maltratador se divierte haciéndole daño a Ramón. Se ha inventado un juego que consiste en apilar todos los neumáticos del patio y obligarlo a meterse dentro. Después, él y sus compinches los zarandean. Los compinches, sí, porque unos cuantos niños y una niña del curso han optado por seguir a este caudillo tan repugnante. Y si él dice: «Vamos a hacerle daño a ése», lo hacen.

Ramón me cuenta que tiene tanto miedo de ir al colegio que moja la cama muchas noches. Algún día incluso ha vomitado el desayuno, más que nada, para que su madre se diera cuenta de que no estaba en condiciones de ir a clase. Pero no ha servido absolutamente de nada, porque su padre ha dicho que al colegio...

«¡Al colegio ahora mismo!».

Mientras me cuenta sus experiencias en materia de terror escolar, tiembla como un flan.

—¿No se lo has contado a nadie? —digo. Me mira aterrorizado.

—Si se lo cuento a alguien, me pegará. Y encima, la señorita pensará que he sido yo el que ha empezado.

—Hombre, Ramón, a mí sí me lo has dicho.

—¡Oh! Ha sido porque me has preguntado si había alguien en el colegio que me pegara...

Es verdad: he disparado a ciegas y he acertado un caso.

—Pues tenemos que contarlo. Ya verás como ese niño no te hará daño otra vez.

Me mira con desconfianza.

—¡Uf! Tú no lo conoces...

—¡Yo te ayudaré!

Y lo ayudo de verdad porque, justamente, lo que preocupa a la tía Mercedes es que Ramón, con cinco años, vuelve a hacerse pipí encima.

Por la noche me llama la abuela para preguntarme si el fin de semana que viene iré a su casa.

—Tengo algo que puede servirte para tu diario azul.

—Iré el domingo que viene, si te va bien.

Antes de ir a dormir, me pongo en el ordenador. Veo que en el Facebook está conectada Elisenda, y también Octavia. Elisenda quiere hablar conmigo y yo quiero hablar con Octavia. Primero miro a ver qué quiere Elisenda.

Carlota: *Hi!*

Elisenda: ¡Hace horas que te espero, niña!

Carlota: Pues tampoco te habría costado mucho coger el teléfono...

Elisenda: ¡Vaya si me habría costado! No sabes lo que es acercarse al teléfono cuando mi madre ha dicho que basta ya de llamadas y te vigila con cara de bulldog.

Carlota: Me las conozco bien las caras de perro. Mi madre tiene una habilidad para ponerlas que no veas... ¿Qué querías?

Elisenda: El resultado del segundo problema de mates.

Carlota: Un momento.

Lo compruebo en mi archivador.

Carlota: Trescientos veinticinco mil hectolitros.

Elisenda: ¡Oh, no! ¡Nada que ver con el mío! ¿Me pasas la solución del problema, por favor?

Carlota: Te la paso, sí. Pero creo que más bien tendrías que buscar tú la solución de tu problema: de mates, vas pez.

Elisenda: Sí, lo sé. No me hacen demasiada gracia, ya lo sabes, pero son imprescindibles para estudiar arquitectura.

Carlota: Pues quizá tendrías que buscarte a alguien que te diera clases particulares.

Elisenda: Quizá sí... Oye, ¿y a ti, no te interesaría?

Carlota: Mmm. No lo sé. Deja que me lo piense.

Le transcribo la resolución del problema y cierro la conversación con ella. Le mando un mensaje a Octavia.

Carlota: Hola, Octavia, ¿muy ocupada?

Octavia: Mucho, como siempre, pero también como siempre tengo un ratito para ti. ; -)

Carlota: -P

Octavia: Justamente estaba escribiendo un correo electrónico con otro test para tu diario azul.

Carlota: ¿Por qué no haces un corta y pega y me lo pones aquí?

Octavia: Hecho. Ahí va. Muchos besos.

Carlota: Besos.

Éste es el test que Octavia me envía:

#### *Test 4*

Permite pronosticar si tienes posibilidades de convertirte en una persona maltratadora en el futuro:

1. ¿Hablas mal de algunas personas a sus espaldas?
2. ¿Haces miradas o gestos despectivos a algunas personas?
3. ¿Eres capaz de tratar a algunas personas como si fuesen invisibles o transparentes?
4. ¿Te gusta difundir rumores sobre algunas personas?
5. ¿Juzgas con crueldad el trabajo de algunas personas?
6. ¿Tergiversas lo que dicen algunas personas?
7. ¿Hablas de forma hostil, desagradable o ruda con algunas personas?
8. ¿Ridiculizas el aspecto físico de algunas personas?
9. ¿Instigas a la gente contra una víctima?
10. ¿Imitas la forma de moverse, de caminar o los gestos de algunas personas para dejarlas en ridículo?
11. ¿Te burlas de las creencias de algunas personas?
12. ¿Te burlas del origen de algunas personas?
13. ¿Haces insinuaciones sexuales?

¡Ostras! En la tele, la radio y los periódicos tendrían que pensárselo dos veces. Si aplicáramos el test a lo que dicen algunas de las personas que escriben columnas o que participan en tertulias o programas de telebasura, creo que obtendríamos un número bastante elevado de acosadores y acosadoras. ¡Quizá el acoso y el maltrato psicológico sea el deporte nacional!

24 de octubre

Hoy al salir de clase, nos permitimos el lujo de ir un rato al Quésueñotandulce. De hecho, lo he propuesto yo, porque quiero pasarles a mis compañeros y compañeras los tests de Octavia. Somos un buen grupo: Berta, Elisenda, Marcelo, Mariona, Carlos, Gabi, Pablo... Cuando ya pensábamos que Mireya no vendría, va y nos dice que viene.

—Pues yo también —salta su sombra, que no parece muy feliz de acompañarnos. O sea, que vamos todos, César incluido.

Nos sentamos, pedimos unas birras y, en seguida, saco las copias de los tests que he imprimido para que puedan contestarlos.

César los mira con cara de mala leche.

—No contéis conmigo para estas chorradas.

—Venga, César, que no son chorradas —dice Carlos.

—Son tests que permiten darte cuenta de si tienes posibilidades de convertirte en una persona maltratadora o maltratada —cuento yo en tono conciliador.

—Vamos, hazlo con nosotros —le pide Mireya con una voz infantil que me da rabia.

—Déjame en paz, guapa —dice César con un desprecio notorio.

Alucino mandarinas. Primero, porque no sabía que César le pudiera hablar en ese tono a Mireya dentro de lo que es una conversación entre compañeros; claro que tengo que reconocer que nunca he estado con ellos dos a solas, ni ellos dos con otra gente... Como siempre van por libre... Segundo, porque Mireya no reacciona; se queda sin decir nada, como si fuera tan normal que tu novio te hablara así. ¿Se está volviendo majara? ¿O es que el amor la ha trastocado?

Pasamos de César, que pone cara de enfado y mira hacia la puerta, y nos ponemos a contestar los tests.

Nuestras respuestas en los tests son más o menos por el estilo, con ligeras variantes.

—¡Ey! —le dice Berta a Pablo—. Cuidado, ¿eh?, porque te encanta ridiculizar el aspecto físico de algunas chicas, sobre todo si han sido novias tuyas.

—Y también eres algo despectivo con las personas que no tienen tanto dinero como tu familia —dice Mireya—. ¡Vigila!

—¡Ay sí! Vigila, Pablo —dice César con tono de burla.

Mireya lo mira sólo un instante y se calla. Los otros lo contemplamos sorprendidos.

—Te estás pasando, César —dice Carlos—. Quizá iría bien que contestaras estos tests y reflexionaras un poco, ¿no crees?

¡Fantástico! Carlos me ha quitado de la boca lo que yo estaba pensando, pero es mejor que lo diga él; no sé si Mireya me perdonaría alguna vez un placaje tan directo a su novio.

El ambiente es muy tenso. Siento la crispación a nuestro alrededor.

César contraataca.

—No me paso ni un pelo. La que se pasa es Mireya, que sabía perfectamente que yo no quería venir con vosotros y...

—Pues no haber venido, chaval. Venga, no nos ralles —le dice Gabi.

Una vez más agradezco mentalmente la intervención de Gabi, que me ahorra un posible enfrentamiento con Mireya. Miro a Berta y Elisenda. Tengo la impresión de que sienten lo mismo que yo.

Pero César no ha terminado. Vuelve a desfigurar la voz imitando a Mireya:

—Pablo, vigila. Chicos esto. Chicas lo otro. Qué listos sois todos... Y tú más que nadie, ¿verdad? —acaba, mirando a Mireya.

Elisenda, Berta y yo intercambiamos miradas. No me cabe duda de que piensan lo mismo que yo, y que, al igual que yo, no osan intervenir.

¡Qué tono utiliza con ella! ¡Qué tío tan grosero! Tan formalito y buen chico que parecía al principio: voz suave, tono educado, sonrisa permanente... Resultaba un chaval un poco extraño pero con bastante encanto... al menos para algunas. La prueba es que a Mireya la dejó flipada. Pero, últimamente, está dejando ver su auténtica forma de ser.

Todos estamos pendientes de la discusión. Nadie se cree que Mireya aguante, impertérrita, el vendaval. César continúa, ahora dirigiéndose a ella.

—No puedo con las sabihondas —escupe.

—Basta, por favor —dice Mireya con la voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas—. No soporto que me hables así delante de mis amigos.

¡Alucino en colores! ¿Significa esto que si no estuviéramos delante sí que se lo toleraría? A esta tía se le va la olla. O se le ha indigestado el amor. ¿Delante de sus amigos, no? ¿Y, entonces, cómo la trata cuando están ellos dos solos?

César no vuelve a abrir la boca. Con mucha parsimonia, se levanta de la silla y sale del Quésueñotandulce.

Todos nos hemos quedado congelados, pero todavía nos conmocionamos más —lo noto por las expresiones faciales—, cuando Mireya se levanta, se despide y sigue a César.

Nos miramos, desolados.

Berta nos dice adiós porque se va a clase de piano, y yo también desaparezco porque tengo tan mal sabor de boca que no me apetece estar con nadie. Me propongo hablar con Mireya para intentar abrirle los ojos. Y si me manda con aire fresco, lo sentiré por ella.

25 de octubre

Candela entra en la clase y me guiña un ojo. Cuando empieza a hablar, entiendo su gesto.

—Hoy dedicaremos la hora de tutoría a la violencia escolar —dice.

Fantástico, pienso, dispuesta a tomar apuntes a toda máquina.

—Y lo haremos porque este fin de semana, el periódico traía la noticia que ahora voy a leerlos. Y como vale más prevenir que curar, quiero hablar de este tema antes de tener un caso grave entre nosotros.

El recorte del periódico que Candela lee cuenta que una chica de dieciséis años de origen magrebí recibió, a manos de cinco compañeros de instituto, una paliza cuya gravedad aconsejó su traslado al hospital. Parece ser que los compañeros ya la habían acosado violentamente en ocasiones anteriores sin llegar a la agresión física.

—¿Por qué creéis que la acosaban? —pregunta Candela.

—Porque era magrebí —contesta Narciso.

—O por el hecho de ser una niña —digo yo—. Quizá si hubiera sido un niño magrebí, no le habrían dicho nada.

—O porque no sabía hablar bien nuestra lengua.

—O porque tenía menos dinero...

—De acuerdo —dice Candela—; todo esto en relación con la víctima. Pero ¿y en relación con los maltratadores? ¿Qué los impulsó a maltratarla?

Por unos instantes, se hace el silencio. De pronto Mireya dice:

—Se creen superiores por el hecho de ser de aquí, de tener otra cultura, de tener más dinero...

—Buena observación —dice Candela—. ¿Alguna otra cosa?

—Quizá tengan más fuerza que ella.

—Exactamente —señala Candela—. El origen del acoso escolar está en la suma de esos dos factores. Por un lado el poder, y por el otro, la discriminación.

¡Eso es exactamente lo que le pasa a Gregor Samsa! Un tío, Aníbal Lecter, se cree superior a él —se concede el poder—, porque él —Aníbal— responde a los patrones de masculinidad «oficiales», mientras que Gregor, no.

A partir de lo que nos ha contado Candela, preparo otro documento para mi trabajo de investigación.

#### *Diapositiva 11*

Ideas discriminatorias + poder de algún tipo = abuso de poder, es decir, violencia.

Ideas discriminatorias

- Los blancos son mejores que los negros.
- Los europeos son mejores que los sudamericanos.
- Los hombres son mejores que las mujeres.
- Los que creen en Dios son mejores que los ateos.
- No a los gordos, a los que tienen necesidades educativas especiales, a los que no tienen

recursos económicos.

- Etc.

Poder de algún tipo

- Soy más fuerte.
- Soy tu padre, tu madre.
- Soy tu novio, tu marido.
- Soy tu jefe.
- Tengo armas.

- Tengo a compañeros que me ayudan.
  - Soy más conocido y valorado.
  - Etc.
- Abuso de poder
- Violencia escolar.
  - Violencia de género.
  - Violencia infantil.
  - Violencia laboral.
  - Violencia de los países ricos contra los pobres.
  - Etc.

Candela deja la noticia del periódico sobre su mesa y pregunta si alguien se atreve a dar una definición del acoso escolar. Levanto la mano y me lanzo:

—Es maltratar psicológica o físicamente a un alumno o alumna.

—Yo creo que te equivocas —dice Marcelo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque, entonces, si yo un día me pico contigo y te digo, por ejemplo (y ahora no te enfades, ¿eh?, que sólo es un ejemplo): «Foca asmática, vete al carajo», delante de otros compañeros, podríamos decir que estoy practicando el acoso escolar. Y no creo que eso lo sea.

Tiene razón, me digo. Si un día un compañero te insulta o te pega un empujón, no puedes hablar de acoso escolar.

—Marcelo tiene razón —dice Candela—. Para poder considerarlo violencia escolar hace falta que se produzca de forma reiterada y continuada en el tiempo.

—O sea, si siempre te refieres a mí como «foca asmática» o «culo gran superficie» y a menudo te ríes de mí delante de los compañeros, evidentemente estás practicando la violencia escolar.

—¡Ah! —salta Pablo—. ¿Y si ella le ha dicho antes «enano raquítrico»?

Todo el mundo habla a la vez.

—Si te insultan, tienes derecho a defenderte con un insulto, ¿no? —dice Elisenda.

—Y si te pegan, tienes derecho a pegarle un porrazo al otro —añade Pablo.

—¡Silencio! —grita Candela—. Vayamos por partes: en primer lugar, contestar con una agresión nunca es la solución, aunque una situación de este tipo no puede considerarse un abuso de poder, sino una pelea entre iguales. Para que haya abuso de poder, y por consiguiente, violencia escolar, se tienen que dar dos circunstancias: los ataques deben producirse de forma deliberada y frecuente por parte de los abusadores, y la víctima debe estar indefensa, es decir, que debe necesitar ayuda para terminar con la situación.

—O sea —digo—, en la violencia escolar, el atacante puede ser uno o pueden ser unos cuantos.

—Sí —dice Candela—. El grupo tiene mucha importancia en cuestiones de abuso de poder. Imaginemos que hay un chulito en clase y empieza a darle la vara a alguien. Es posible que algunos chicos y chicas no os deis cuenta, pero lo más probable es que muchos seáis conscientes de ello y, sin embargo, actuéis para protegeros vosotros



mismos. Puede ser que os suméis a la violencia que practica el chulito porque estar de su lado supone no correr el riesgo de ser escogidos como objeto de los ataques. O puede que decidáis mirar hacia otro lado cada vez que el chulito y sus compinches atacan a la víctima.

—¡Qué cobardes!

—¡Claro que sí! Por culpa de la cobardía de los que miran hacia otro lado, el chulito se hace cada vez más fuerte, y la víctima cada vez más débil; cuanto más tiempo pasa, más acorralada se siente.

—¡Ey! ¡Eso es lo que hicieron los nazis! —grita Berta.

—Tienes razón —admite Candela—. Hitler, un individuo con unas ideas delirantes sobre una raza superior (la suya), empieza a lanzar invectivas contra los que no son de esa raza (los judíos, los gitanos). La ciudadanía, el grupo, en vez de pararle los pies, le sigue el juego y lo encumbra al poder. Y ya tenemos organizado el Holocausto.

—Así que el grupo es casi tan responsable como el tío que practica la agresión —digo yo, pensando en los compañeros y compañeras de Gregor.

—¡Ey! —dice Mariona—. Pero ¿qué vas a hacer? Si denuncias la situación eres una traidora, una acusica.

Tengo ganas de saber qué responderá Candela. Quiero saber si me equivoco o no cuando le digo a Gregor que denuncie a su maltratador. En seguida me saca de dudas.

—Te equivocas —protesta Candela con energía—. No hay nada deshonroso en denunciar una situación de abuso de poder, de violencia escolar. Al revés: es una actitud que hace que seas más persona, porque ayudas a una víctima indefensa y pones en la picota a un maltratador.

Candela nos mira a todos y a todas muy seriamente.

—Esto tiene que quedar muy claro: la víctima o el grupo tienen la obligación de denunciar el abuso. En ningún caso puede considerarse que sean traidores; al contrario, tienen un comportamiento valiente y humanitario. Hay que tener en cuenta que si la violencia queda impune, es decir, no se castiga, tiende a incrementarse.

—¿Y a quién se lo dices? —pregunta Mireya.

La miro. Me pregunto si mi amiga estará pensando en ella misma.

—Se lo dices a alguien en quien confíes mucho. Alguien que sabes que te escuchará, te creará y te ayudará. Por ejemplo, tu madre, un amigo, una amiga, una profesora o un profesor...

Yo soy una amiga de confianza de Mireya, pero no parece que quiera decirme nada.

—Sí... —protesta Elisenda—. Pero hay profesores que miran hacia otro lado para no ver lo que pasa.

Candela mueve la cabeza.

—Esto que dices es realmente terrible; espero que, poco a poco, esos profesores impermeables al problema tomen conciencia de ello y lo afronten. De hecho, la

sociedad, profesorado incluido, tiene un reto ante la violencia escolar: salvar la vida a quienes la sufren y humanizar a quienes la practican... Y si no lo conseguimos, el futuro puede ser muy negro. Primero, porque los actuales acosadores escolares serán los futuros acosadores laborales o los maltratadores de sus parejas. Y segundo, porque podemos acabar como en Estados Unidos: con matanzas múltiples en los centros escolares.

—¡Anda! Cómo te pasas...

—No me paso ni un milímetro. Parece ser que el setenta y uno por ciento de los asesinatos cometidos entre 1974 y 2000 en los institutos de secundaria norteamericanos fueron protagonizados por chicos que habían sufrido violencia escolar durante los seis meses anteriores.

¡Ostras! ¡Espero que Gregor no se convierta en un asesino en serie!

—Claro que hay otros que optan por eliminarse ellos mismos —prosigue Candela—, solución menos cruenta para los compañeros y compañeras, pero con un resultado pésimo para la víctima.

Vuelvo a pensar en el escarabajo. Me acuerdo de su humor negro, su ironía... ¿O quizá debería decir su sarcasmo, su cinismo?

¡Espero que no le dé por liquidarse! No me lo perdonaría. Tengo que encontrar el modo de ayudarlo. Pero ¿cómo?

—De todas formas —continúa Candela—, no olvidéis que algunos profesores también sufren acoso por parte de algunos alumnos.

Todos y todas callamos, sintiéndonos culpables. Seguro que estamos pensando en mister Moony, el nuevo profesor de inglés. Lo tenemos crucificado; ni siquiera le dejamos abrir la boca. La clase es un jaleo y el pobre tío se las ve y se las desea intentando mantenernos quietos en nuestro sitio. Ya no aspira a que le escuchemos, y mucho menos a que aprendamos alguna cosa...

Me siento avergonzada. Miro a mi alrededor y veo expresiones que sintonizan con mis propias emociones. Tengo la sensación de que el próximo día de clase, Moony se encontrará con un alumnado inesperadamente cortés y atento. Tomarle el pelo es sencillísimo porque él no es de aquí y desconoce muchas de nuestras costumbres y, encima, nosotros somos veintitantos y él está solo ante el peligro. Aun así, no tengo ni la más mínima intención de convertirme en una asediadora de nadie. ¡Lo veo clarísimo!

—Ahora —dice Candela— quiero que cada uno haga una lista de un mínimo de tres agresiones que pueden ser violencia escolar. Una vez hayáis terminado, discutiremos sobre ella.

Yo escribo una lista que es un nuevo informe para mi diario azul.

#### *Informe 5*

Agresiones que son violencia escolar:

- Ponerme de acuerdo con mis amigas para que cada vez que x nos hablase, fingiéramos no oírla.

- Hacerle comentarios del tipo «este pantalón te queda estupendo... permite ver bien tus jamones».
- Difundir un rumor falso: «x está colada por y».
- Burlarnos de x cuando tuviera que responder preguntas del profesorado procurando destruir su confianza en ella misma.
- Darle empujones.

—Para terminar —dice Candela—, quiero que intentéis imaginar que sois víctimas de la violencia escolar y que me digáis cómo creéis que os sentiríais meses más tarde.

—Triste, como una mierda —observa Elisenda—. Es más, seguro que no tendría ganas de venir a clase. Me quedaría en casa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te lo montarías para convencer a tu madre para que te permitiera saltarte las clases?

—Le diría que no me siento bien —responde Elisenda—. Quizá me sintiera mal de verdad.

—Yo no me podría concentrar y, por lo tanto, no podría estudiar.

O sea, por culpa de la violencia escolar acabaría sacando malas notas.

—Pues yo me sentiría como un gusano —dice Marcelo.

—¡Eh, sí! —añade Gabi, probablemente por su experiencia en cuestiones de violencia escolar—. Yo acabaría dudando de mí mismo. Tal vez pensara: «Si ése dice que soy una mierda, es que puede que lo sea».

—Acostumbra a pasar —dice Candela—. Resumiendo: tendríais la autoestima bajísima, os sentiríais solos, sufriríais ansiedad y estaríais deprimidos. Sentiríais rabia y miedo. ¿No creéis que esas sensaciones físicas y psíquicas, sumadas a la violencia de vuestro acosador, tendrían que impulsaros a denunciarlo?

Estamos de acuerdo. Hay que denunciar a los acosadores y hay que proteger a las víctimas.

—¡Muy importante! —dice Candela—. Las víctimas también deben desarrollar sus habilidades sociales para no sufrir violencia escolar.

—¿Como qué? —pregunta Mariona.

Con la respuesta que da Candela, en casa prepararé una nueva diapositiva para el *power point* del trabajo de investigación.

#### *Diapositiva 12*

Habilidades sociales que deben incorporar las víctimas:

- Aprender a alejarse cuando una situación no les conviene.
  - Aprender a decir no, cuando no quieren algo.
  - Aprender a denunciar.
  - Aprender a reconocer sus propias emociones para saber con quién están bien y con quién no.
  - Aprender a no cargar con la responsabilidad de lo que están viviendo y, por lo tanto, a librarse del sentimiento de culpa.
- Pienso en Mireya. Quizá no escucha lo suficiente sus emociones y no se da cuenta de que, con César, sufre más de lo que ella cree.

—Y cuidado con el consentimiento del grupo —añade Candela—. La violencia se puede contagiar. A menudo empieza uno, y el resto se apunta por contagio. O porque, cuando las cosas se hacen en grupo, disminuyen las barreras que las personas tenemos para comportarnos correctamente. Y también porque, haciendo algo en grupo, parece que la responsabilidad individual se difumina entre todos. La responsabilidad, así pues, continúa siendo de cada uno y cada una de nosotros.

Una vez más, veo que tiene razón: por ejemplo, cuando le hacemos la vida imposible a Moony, como lo hacemos en grupo, no me considero autora directa de los hechos. Es como si yo no fuera por completo yo, sino que formara parte de un todo. Ahora me doy cuenta de que es la forma de poder agredir sin sentirte culpable.

¡Glups! Me siento avergonzada.

—Quiero insistir en el hecho de que no es suficiente con evitar acciones violentas —dice Candela— sino que, además, no deben ser consentidas.

Realiza una pausa efectista después de este mensaje. Supongo que quiere que todas y todos nos lo metamos en lo más hondo de nuestras cabezas. Luego continúa:

—Y en cuanto al agresor, ya lo sabéis: le falta empatía y, además, considera que la culpable es la víctima. Su forma de razonar es muy primitiva e individualista. No sabe resolver los conflictos más que a base de agresiones; a menudo lo ha aprendido en su casa. Porque tal vez sea el modo en que su familia resuelve las situaciones difíciles. Por otro lado, los padres del agresor suelen ser permisivos con sus conductas violentas.

—¡Ey! —dice Pablo—. Tal vez es agresivo con los demás porque, por ejemplo, su padre ha sido agresivo con él o con su madre.

—Es posible, pero en cualquier caso, el trato recibido no justifica que pueda hacerle lo mismo a otro.

—A mí me parece que un tío así no puede ser demasiado feliz —digo yo.

—Francamente, no lo es —explica Candela—. Pero puede llegar a serlo si aprende a relacionarse sin recurrir a la violencia.

—Es decir, tal vez necesitaríamos una asignatura que enseñase a la gente a relacionarse sin tener que recurrir a la violencia.

—También podría enseñar a observar el mundo con una mirada más plural; tal vez así evitaríamos las discriminaciones —observo.

—Eso —ríe Elisenda—. Y el primer día de clase nos darían unas gafas violeta.

—Es una buena idea —aplaude Candela. Y añade—: Por último, insisto, si alguien tiene algún problema de este tipo, debe denunciarlo. Tiene que comentarlo con alguien de confianza. Y si no tiene a nadie con quien hablar, puede recurrir a esta web, donde ofrecen ayuda.

Y apunta en la pizarra esta dirección: <http://www.acosoescolar.info/>

Por la noche en casa, leyendo una entrevista a Irvin Welsh, autor de la novela *Trainspotting*, me detengo ante una de sus respuestas; habla de los hombres, los varones, y dice: «Si los coges de uno en uno, pueden ser encantadores, pero en grupo son unos salvajes. El grupo permite romper las normas y hacer cosas que no harías solo».

«¡Ay! El grupo», pienso. Y escribo una nueva regla de oro (sin permiso de Octavia).

REGLA DE ORO 3 DE LAS RELACIONES

Hay que ir con cuidado con los amigos o amigas que escoges: algunos pueden arrastrarte a hacer lo que tú nunca harías.

Acabo de escribirla y me da la impresión de que alguna vez se la he oído decir a alguna abuela o abuelo... pero no sé a quién.

26 de octubre

Elisenda y Mireya se me acercan, cada una por un lado. Elisenda parece más feliz que de costumbre. A Mireya, en cambio, la veo triste. De hecho, ya hace días que parece haber perdido su alegría habitual.

—Gracias por tu oferta, pero no hace falta que me des clases particulares de mates —me dice Elisenda.

—¿Y eso? —pregunto.

—He encontrado un profesor de lujo. —Me guiña un ojo—. Un vecino mío, que estudia primero de telecos.

—Veo que has salido ganando con el cambio.

Elisenda se aleja riendo, después de un comentario que da por hecho que Mireya y yo comeremos hoy juntas.

—¿Vas para casa? —me pregunta.

Le digo que sí, que estaré sola, que la comida está hecha y que, si quiere, la podemos compartir.

Mireya sonrío.

—Iba a pedírtelo.

Miro a nuestro alrededor esperando ver la sombra que sigue a Mireya, o sea, al lapa de César.

—No ha venido —me dice.

Respiro tranquila. Me parece que ella también. ¿O quizá son imaginaciones mías?

En casa, delante de un plato de coliflor con bechamel gratinada y unos gallos rebozados, me cuenta lo que ha pasado con César.

—Estoy muy enfadada con él. Enfadadísima —me dice mientras espolvorea más queso rallado en la bechamel.

Yo no digo nada. Me limito a mirarla con afecto para que se decida a soltar lo de la pelea con el imbécil de César. Imagino que está relacionada con la escena que el tío le montó en el Quésueñotandulce, pero me equivoco. Eso ya es agua pasada. Ha habido nuevas situaciones.

—Resulta que el tío me ha preguntado quién es el chico de la agenda.

¿La foto? ¿La agenda? No sé de qué me habla. Debo de poner cara de boba porque me dice, con una cierta impaciencia:

—Sí, tía. En mi agenda llevo una foto que nos hicieron los del grupo el año pasado a mí y a Pedro. ¿Te acuerdas de Pedro?

Claro que me acuerdo. Un chaval que pasa las vacaciones de verano en el mismo pueblo que ella. Un chico tres años mayor que Mireya. Un tío que le robó el corazón hasta que, así, sin más, terminó follando con él sin estar muy convencida de querer hacerlo. Desde entonces, su admiración por Pedro ha descendido unos cuantos enteros. ¿Y ahora resulta que lleva la foto consigo?

—La foto la guardé por distintas razones. La primera porque a pesar de cómo acabó la historia, pienso que la culpa no fue del todo suya. Yo también tendría que haber sido capaz de decirle que no, y no supe.

Esta frase me dispara las neuronas. Almaceno en la memoria todo lo que me viene a la cabeza para escribir, más tarde, unas notas. Y las notas son las siguientes:

*Notas para el trabajo de investigación 4*

¿Podría ser que las chicas y las mujeres estuviéramos entrenadas para responder que sí para complacer a los demás, para satisfacer los deseos ajenos y que, por eso, seamos incapaces de decir no?

Tal vez las niñas buenas, obedientes, de maneras agradables y, en definitiva, sumisas, son un producto más de la sociedad patriarcal, educadas para complacer siempre a los demás y no tener nunca en cuenta sus propias necesidades.

Quizá tengamos que aprender a no ser tan buenas chicas, ¿no?

—Además —prosigue Mireya—, es una foto bonita y no querría perderla. Y sobre todo...

Aquí Mireya hace una mueca reclamando mi complicidad y añade:

—Además, salgo con el pelo cortado con la medida y la forma que más me gusta, así que me sirve de modelo para la peluquera.

—Vale, vale, ya lo he entendido. Y que, no es por nada, pero tú tienes derecho a llevar encima fotos de quien te dé la gana.

—Yo pienso igual. Pero resulta que César la ha encontrado y ha querido saber quién es ese tío. Le he dicho que sólo era un amigo, pero la explicación no lo ha convencido. Me ha echado en cara que la llevara encima y me ha dicho que, en una pareja, lo más importante es la fidelidad, y que no ve normal que lleve en la agenda la foto de un amigo.

Me la quedo mirando. Está molesta, es verdad. Considera legítimo llevar la foto de Pedro.

—No quiero quitar la foto de la agenda.

—Pues no lo hagas. Tienes todo el derecho.

—El problema es si vuelve a mirarme la agenda.

Alucino.

—Pero ¿a ti no te parece un atentado contra tu intimidad que un tío, aunque sea un amigo o un novio, husmee en tu agenda?

Parece como si de pronto, Mireya se diera cuenta de todo.

—¡Ostras! Tienes razón. Estaba tan preocupada por su reacción que no había pensado en eso. No está bien rebuscar entre las cosas privadas de alguien.

—¡Está fatal! —le digo con voz airada—. ¿No ves que invadir la intimidad del otro es un delito? O sea, que César hace varias cosas como para caerse de culo al suelo: mirar en tu agenda, enfadarse al encontrar la foto de Pedro y exigirte que no la lleves encima.

Mireya asiente con la cabeza. Me da la impresión de que está metabolizando todo lo que yo le digo y que me da la razón. ¡Ahora es el momento!

—Mireya —digo con una voz que a mí misma me sorprende por su seriedad—. Creo que eres una mujer maltratada.

Mireya levanta la cabeza, muy sorprendida.

—¡Anda! ¡Cómo te pasas, Carlota! Total, César sólo es... sólo es un chico educado de una forma un poco carca... Estoy segura de que yo lo haré cambiar.

—¡No te lo crees ni tú! Esos comportamientos no se cambian. Te hará trizas siempre que pueda. Y, por cierto, ¿cómo acabó todo?

—¡Uf! —suspira Mireya—. Acabó en una gran pelea. Ahora no nos hablamos. No me apetece mucho hacer las paces. Me insultó.

—¿Y encima te insulta?

—Sí. No te diré todo lo que me dijo porque me da vergüenza.

Paso de oír los insultos; no harían más que exacerbar mi rabia hacia César.

—¿Sabes qué? Creo que ahora es el momento de que lo mandes a paseo.

Mireya agacha la cabeza y dice que no.

—No puedo, en serio. Me necesita.

—¿Te necesita para qué? ¿Para hacerte la vida imposible?

—Me necesita porque me quiere.

—No, no me lo creo. Si te quisiera de verdad, no te trataría así. Se preocuparía por que pudieras hacer lo que te gusta: jugar al baloncesto, hablar con tus amigas, llevar la foto de Pedro encima...

—No. Tú no lo entiendes. Él... dice que no podría vivir sin mí, que me necesita, que soy su gran amor...

—Y tú te lo crees...

—Sí, me lo creo. —Mireya se detiene aquí. Parece repensárselo y añade—: Bueno, unas veces sí y otras no. El pobre no ha tenido suerte con las chicas, y yo no quiero ser una más; no quiero fallarle.

—¡Ay! ¡La madre Teresa de Calcuta! —suelto con ironía.

—Me siento muy mal, muy culpable al pensar que la relación puede romperse por mi culpa.

—¡Por tu culpa no! Por su culpa, que es un maltratador —respondo con rabia. Y pienso en más notas que quiero escribir después. Son éstas:

*Notas para el trabajo de investigación 5*

¿Puede ser que a chicas y mujeres nos hayan enseñado que somos las responsables del buen funcionamiento de la pareja?

Creo que a lo largo de los siglos, la sociedad, las religiones, nos han llenado la cabeza con la idea de que las mujeres somos la columna vertebral de la pareja y la familia. En el matrimonio, las mujeres tienen que ser dóciles y aguantar, les han dicho siempre. Y, por otra parte, cuando ya no pueden más, les dicen que tienen que continuar aguantando, al menos por las criaturas.

Conclusión: si algo no va bien o si la relación se rompe, la «culpa» es de la mujer.

Y, claro, para evitar la culpa, para responder al modelo que la sociedad impone, seguro que muchas mujeres siguen adelante con relaciones que no funcionan ni a la de tres y aguantan a tíos que las maltratan psicológica o físicamente.

¡Uf! Más que celebrar las bodas de plata o las bodas de oro, quizá lo que tendría que celebrarse es cada año que una pareja o una familia pasa con buena salud.

—Carlota, ya te he dicho antes que exageras. César no es un maltratador.

—Quizá sí, pero al menos confiesa que con él no eres feliz.

Mireya reflexiona.

—A ratos —dice con sinceridad.

—Pues ve con cuidado, no vaya a ser que los ratos sean cada vez más reducidos —le recomiendo—. De todas formas, a mí me parece que con tu pareja, el sentimiento de felicidad tendría que ser más permanente. Y si no, es que quizá te conviene romper la relación.

—No voy a hacerlo. No quiero sentirme culpable.

Volvemos a clase: yo, todavía convencida de que César es un tío machista que tiene muchos comportamientos de violencia de género; Mireya, quizá con el gusanillo de la duda en la cabeza.

Por la noche, mamá me espera con una información para mi diario azul:

—Estadísticas —dice, mientras mueve unos papeles bajo mi nariz—. Hoy te las he traído sobre violencia escolar, para que puedas completar el tema que tocasteis ayer en clase.

—¡Eres un sol, mamá!

—A cambio...

«¡Oh, no! —pienso—. ¡A ver si ahora me pide que llene el lavavajillas cada noche durante una semana!».

—... me gustaría tener la noche libre.

—Para irte con Fernando, ¿eh?



Mamá ríe. Me pone un dedo en la punta de la nariz y la aprieta con cariño.

—Pues sí. Tengo ganas de estar con él.

—Concedido —le contesto.

—¿Concedido el qué? —interroga Marcos, que entra en el salón.

—Que se vaya de fiesta con su churri.

—Y vosotros, cenaréis sin hacer el animal y, luego, no os meteréis en la cama a las tantas —añade mamá.

—De acuerdo, pero con la condición de que pronto nos vuelvas a traer a cenar a Fernando a casa —propongo.

—¡Hecho! —dice mamá. Y desaparece tras la puerta del baño. Veinte minutos después, justo cuando Marcos y yo estamos conspirando para que nos traigan una pizza en cuanto ella desaparezca, la vemos salir del lavabo hecha un pincel.

—Fiu, fiu —silba Marcos—. Estás guapa guapa.

—¡Y tanto! Fernando se fundirá.

—Anda, chata, no seas tonta —dice mamá, visiblemente satisfecha. Nos da un beso y desaparece dejando un rastro olfativo de un perfume fresco.

#### *Estadísticas y datos 1*

En España:

Entre un 25 y un 30 % de los escolares están implicados —como víctimas, acosadores o compinches— en casos extremos de violencia escolar.

Un 14 % de escolares reconocen ser agresores. Un 9 % admiten ser víctimas, de los cuales un 2,5 % son víctimas de alguna forma de violencia extrema.

El 85 % de escolares consideran que hay violencia en los centros de enseñanza. Tres de cada cuatro estudiantes reconocen haber sido testigos de la misma.

Los chicos suelen ser agresores con bastante más frecuencia que las chicas. Éstas suelen ser víctimas con bastante más frecuencia que los chicos.

En Estados Unidos, el 48 % de escolares entre nueve y catorce años ha sufrido o sufre violencia escolar. De éstos, un 30 % ha sufrido o sufre acoso psicológico, y un 18 %, acoso físico, incluido un 2,5 % que sufre agresiones sexuales.

Se calcula que en Inglaterra cada año se suicidan dieciséis adolescentes víctimas de la violencia escolar.

Cuando termino las estadísticas, entro en el correo electrónico. Tengo un mensaje de Octavia, que me regala una nueva regla de oro. La leo y se la reenvío a Mireya. Quizá la hará pensar. No hay nadie conectado en el Facebook. Me voy a dormir.

#### REGLA DE ORO 4 DE LAS RELACIONES

No te fíes de ninguna persona que te haga sentir culpable.

27 de octubre

A la hora del recreo, Narciso me llama.

Elisenda y Berta me miran verdes de envidia.

—¡Vaya potra, tía! —dice Berta—. El bomboncito de la clase quiere hablarte.

—¡Ay! Qué tendrá ella que no tengamos las demás —dice Elisenda poniendo voz de pava.

—Ya os diré si me invita al baile del palacio —sigo yo con el cachondeo. Tengo que confesar que, a pesar de las vacaciones sentimentales que yo misma me he decretado, el tío me parece más que bien. No sé si este cosquilleo en la barriga indica que tendré que dar por finalizado mi período de descanso amoroso. Tendré que pensarlo.

Sin embargo, Narciso no me habla de amor, sino de violencia escolar. Tiene un testimonio para mi diario azul.

*Testimonio 7*

Me cuenta que el verano pasado fue la primera vez en su vida que se marchó de acampada. La primera y la última, dice. Según parece, los compañeros y compañeras veteranos les gastaron una broma de mal gusto a los dos nuevos: él y una chica. Les hicieron una novatada: les llenaron el saco de dormir de miel y, cuando él y ella, los dos novatos, se metieron dentro, se pringaron, y lo peor, en seguida atrajeron a un montón de insectos. Aunque era muy tarde, no tuvieron más remedio que ir a lavarse al río mientras los compañeros les cantaban una canción humillante, reservada a los incautos que caían en la trampa.

Está claro que eso también es «chulismo». Y, además, «chulismo» tolerado. Porque los monitores rieron tanto o más que la panda de adolescentes.

Después tenemos clase de sociales con Luci. A mí Luci me encanta. Fue nuestra tutora el año pasado. Hoy, sin embargo, la clase que toca no me gusta: tenemos control y no lo he preparado bien. La verdad, me da rabia pensar que no sacaré buena nota.

—¡Luci! ¿No puedes dejar el control para la semana que viene? —pregunta Marcelo.

Marcelo es buen chico y se lo curra mucho; quizá consiga ablandarle el corazón. Decido apoyarlo. Yo también soy de las que estudia. Tal vez, si somos dos, Luci dirá que de acuerdo.

—Oh, sí, Luci, ¡por favor! —digo con voz melosa—. No hemos podido repasar nada. Teníamos una semana llena de controles.

Toda la clase se suma a nuestras súplicas. Se forma cierto jaleo.

—¡Silencio! —grita Luci de repente—. Muy bien. Dejaremos el control para el lunes. Y no quiero oír quejas porque se trate de un día entre festivos. ¿Queda claro?

—¡Clarísimo! —asentimos todos.

—Muy bien. Pues entonces hoy aprovecharemos para dar una clase fuera de temario. Puesto que las ciencias sociales son mi asignatura y puesto que la historia está repleta de conflictos bélicos, hoy plantaremos un debate sobre la resolución de conflictos sin utilizar la fuerza física ni las armas. A ver, quiero un par de voluntarios que estén enfrentados. No hace falta que sea a vida o muerte; con algo pequeño es suficiente para trabajar.

Nos miramos sin entender qué quiere.

—¡Venga! Dos personas que ahora mismo tengan algún enfrentamiento por resolver.

Marcelo y Pablo se están mirando fijamente. Marcelo le pega un codazo a Pablo. Pablo chasca la lengua. Luci los anima:

—¿Qué, vosotros?

Marcelo dice que sí. Y Pablo acepta de mala gana. Luci los llama:

—Venid aquí delante.

Marcelo y Pablo se levantan y van hacia la parte delantera de la clase.

—Y bien, ¿qué es lo que ocurre?

—Éste, que me ha devuelto unos apuntes de lengua que le dejé hechos unos zorros —dice Marcelo.

—¿Es eso cierto? —pregunta Luci a Pablo.

—Que vale, que quizá sí estaban un poco guarrillos cuando se los devolví, pero me montó un pollo pasado de rosca. A éste le encanta quejarse. Si no llora, no está contento.

—O sea, me quejo porque sí, ¿no? —dice Marcelo, picado.

Los miro. Yo, y muchos de la clase, sabemos que Marcelo tiene razón. Pero parece que Pablo se resiste a admitirlo.

—Mira, Pablo —dice Luci—. Para resolver un conflicto satisfactoriamente tienes que empezar por darte cuenta de que es real. Si finges que no existe, nunca encontrarás la solución. El otro dice que hay uno. Tú dices que el otro se lo inventa y que, por lo tanto, no tiene nada que ver contigo. Y el conflicto no se resuelve.

Elisenda levanta la mano.

—Di, Elisenda.

—Yo sé una forma de no resolver nunca los conflictos. Decir siempre que la culpa es del otro. Eso es lo que hace mi hermano con todo el mundo. Y siempre que hay un problema termina responsabilizándote de él.

—Tienes razón, Elisenda. ¿Qué haría falta, pues, para resolver un conflicto como el que tienen Pablo y Marcelo, o para ser más exactos, para resolver cualquier conflicto?

Todos callamos. No tenemos ni idea.

—Lo primero que hay que saber es cuál es el conflicto y por qué se ha originado. El problema es que Marcelo le ha dejado a Pablo un material muy importante: los apuntes de clase, y Pablo no los ha tratado bien.

—Y los apuntes ahora están ilegibles —musita Marcelo.

—Cómo te pasas —dice Pablo—. Están un poco sucios pero pueden leerse.

Luci pide que le enseñen los apuntes para tener una idea exacta de su estado. Después de examinar el material, comprueba que los dos llevan razón. Primero, los apuntes parece que hayan chapoteado en una charca de coca-cola y una porción de pizza con queso. Dos, la letra todavía se puede leer.

—¿Qué soluciones proponéis? —pregunta Luci.

—Que Marcelo no sea tan tiquismiquis —dice uno.

—Mira, si ésas tenemos —dice Elisenda—, que Marcelo no vuelva a dejar sus apuntes nunca más.

—¡Eh! ¡No! ¡Eso no! —gritan unos cuantos, que están muy acostumbrados a pedírselos.

—Entonces, ¿cómo arreglamos el conflicto? —vuelve a preguntar Luci—. Porque hay que reconocer que los apuntes dan asco, ¿verdad, Pablo?

Pablo lo admite de mala gana. Marcelo parece muy satisfecho. Luci pide opiniones sobre el asunto:

—¿Alguna propuesta?

—Sí —dice Narciso—. Pablo debería pedir disculpas a Marcelo.

—Es verdad —dice Luci—. Debería hacerlo.

Pablo se acerca a Marcelo y le dice que lo perdone, que le sabe mal haber dejado los apuntes hechos un asco.

Marcelo sonrío, pero todavía protesta:

—De acuerdo, algo es algo. Pero ¿mis apuntes tienen que quedarse así?

Todos nos miramos sin saber qué decir.

—Haremos una cosa —propone Luci—: Enviaremos a Marcelo y Pablo a reunirse con un compañero y una compañera de segundo. Aquellos que hicieron un curso de mediadores...

—¿Qué son o qué hacen los mediadores? —pregunta Elisenda.

—Los mediadores son aquellas personas que ayudan a resolver los conflictos de forma pacífica. Actúan entre las dos partes que están enfrentadas por un asunto y los ayudan a encontrar una solución. Es muy importante que las personas que hacen la mediación no se hallen en una situación de poder respecto a quien tiene el conflicto. Por eso creo que es mejor que vayáis a ver a unos compañeros vuestros que han aprendido esa técnica, y no que yo intente hacer de mediadora.

Pablo y Marcelo se miran y dicen que están de acuerdo. Parecen bastante satisfechos de haber encontrado un punto en común para deshacer el embrollo.

—Pues, como éste, todos los conflictos pueden resolverse por la vía pacífica —señala Luci.

29 de octubre

Hoy en casa de papá, aprovechando que todo el mundo todavía duerme, monopolizo el ordenador. Entro en el blog de Gregor Samsa. Descubro que, en vez de blog, ¡hoy el escarabajo miserable ha colgado un fotoblog!

*Gregor Samsa 5*

Fotoblog: Memorias de un escarabajo miserable

Éste soy yo, Spiderwoman. Yo y los golpes de Aníbal grabados en mi piel. ¿Qué te parece? Sin golpes no soy nada del otro mundo, pero con todas estas contusiones estoy para que salgas corriendo, ¿no? El antifaz me lo he puesto para que nadie pueda reconocerme. Ya sabes: quiero mantener el anonimato... más que nada porque no me atrevo a salir del armario.

¿Denunciarlo, dices? ¿Y convertirme en un esquirolo de mis compañeros? Sólo me faltaría eso para caer aún más simpático a la gente de mi curso... Porque tengo que decirte que Aníbal Lecter es el cabecilla y el que de verdad me martiriza, pero hay unos cuantos que se apuntan de buena gana. El resto de compañeros y, sobre todo, de compañeras, no siguen las órdenes de Aníbal pero tampoco salen en mi defensa. ¿Crees que no los comprendo? ¡Por supuesto! Se mueren de miedo sólo de pensar que Aníbal pueda cambiar de víctima y, en vez de perseguirme a mí, dé la vara a mi salvador o salvadora. Cada uno va a lo suyo, ¿sabes? Y por eso todo el mundo finge que no se da cuenta de nada.

Insisto: no puedo convertirme en acusica. Pero cuando sea mayor, haré una película de denuncia (no sé si te das cuenta de que estoy sentado en una silla de director de cine) rollo Almodóvar y me follaré con metáforas sobre mi adolescencia y el bestia de Aníbal Lecter.

Eso suponiendo que llegue a ser mayor, que, a veces, me fallan las fuerzas. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de Jokin, el chico vasco que se suicidó? Fueron éstas: «Adiós, mi reina, ya no pinto nada aquí. Mi vida es una ruleta que gira y pierde el control. Hará falta morir para saber. Cuando me vaya, me olvidaré de ti, mi reina. Me lanzaré desde la muralla para ver qué pasa después de la muerte...». A veces, yo también me pregunto qué debe de haber después de la muerte. Supongo que el descanso. Claro que ¿y si la eternidad fuera un maltrato constante?

De todas formas, no sufras: por ahora, no entra en mis planes darle ese gusto al cretino de Aníbal.

## Le dejo un comentario:

Pues si no entra en tus planes, ni siquiera lo menciones. Más vale que mires hacia delante y empieces a pensar en las películas de humor ácido que harás ridiculizando a todos los Aníbal Lecters de este mundo. Las necesitamos, hijo. Y, además, imagino que me lo pasaré genial con tus imágenes y tus diálogos. Y pensaré: ostras, este tío y yo nos relacionamos a través de un blog. Me sentiré una de las personas más importantes de Europa. Una VIP total.

Pero creo que te equivocas: denunciar al perverso de Lecter no tiene nada que ver con ser acusica. Al revés: hace falta valor y ver las cosas claras para denunciar a un maltratador. No olvides que éste tiene el poder (que nuestra cultura le ha otorgado) y, por lo tanto, es difícil ir en su contra.

Lo ha dicho Spiderwoman el 20 de octubre a las 10.02.

Acabo de escribir el mensaje pero no estoy completamente tranquila. Espero que las ideas suicidas de Gregor sólo hayan sido eso: puras especulaciones...

Por la noche, me voy a casa de la abuela porque se lo había prometido. Me abre la puerta Pepe, un amigo muy amigo de la abuela.

—¡Hola, Carlota! —Me da un par de besos—. Hacía mucho tiempo que no te veía.

—Mmm. Estoy muy ocupada.

—Ya me ha dicho tu abuela que estás escribiendo un diario azul, sobre violencia. Entramos en el salón. La abuela me recibe.

—Hola, cariño. Supongo que querrás cenar aparte de hablar, ¿no? Me pongo a reír y le digo que sí.

La mesa ya está puesta. Hay croquetas, tortilla de calabacín y una ensalada de tomate, mozzarella y albahaca. Nos sentamos.

—¿Y bien? —le pregunto—. ¿Qué es lo que querías contarme?

—Quería hablarte de las trampas del lenguaje.

—¿Trampas?

—Pues sí. A menudo el lenguaje es un buen indicador de maltratos.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Pues mira, a través del lenguaje podemos manipular a las personas. Y eso a menudo se utiliza en la violencia de género o en la violencia escolar.

—Sí —dice Pepe—. Imagina a un chico que le dice a su novia: «Si me quisieras no me dejarías». O bien esto: «¿No te da pena que yo me sienta mal?».

En seguida pienso en el imbécil de César. Está claro que sabe manipular mucho a Mireya y la hace sentir culpable.

—¿Una croqueta de atún? —dice la abuela acercándome la bandeja.

Cojo una y me la meto en la boca mientras escucho las explicaciones de la abuela y de Pepe a propósito de lo que ellos llaman el «lenguaje enfermo». Es curioso descubrir cómo a través del lenguaje una persona puede hacerte la vida imposible.

Cuando las croquetas se terminan —no sólo las de atún, sino también las de pollo y las de jamón—, tengo las ideas lo bastante claras para redactar un informe.

#### *Informe 6*

El «lenguaje enfermo» se utiliza como arma. Podemos decir que alguien lo usa cuando:

- Se niega al diálogo y se cierra en banda, demostrando que la otra persona no le importa ni pizca.
- Utiliza un tono de voz fría, plana y sin afecto; un tono que da miedo.
- Dice cosas sin decirlas del todo, miente, lanza mensajes incompletos o muy generales, de forma que la otra persona nunca sabe seguro si es verdad o no, si lo ha entendido bien o no. Ejemplo: «No se puede confiar en las mujeres».
- Usa la burla, la humillación, el desprecio para descalificar a la otra persona. Ejemplo: «No sabes hacer nada bien».
- Critica o ridiculiza a la otra persona delante de otras personas. Ejemplo: «Fijaos, no sabe ni correr».
- Se burla de las creencias de la otra persona, de su ideología.
- Hace pasar las críticas como bromas. Ejemplo: «Estás hecha una vaca... Ay, no sé por qué te enfadas, si era una broma».

1 de noviembre

Por suerte, después de comer nadie piensa en ordenadores ni en nada que se le parezca. Marcos se ha encerrado en su habitación a escuchar música, y papá y Lidia, a lo suyo, a dormir la siesta, según dicen. Aprovecho para entrar en el Facebook a las cuatro en punto y hablar con Mireya. De hecho, sé que se conectará a esta hora porque me ha enviado un whatsapp con el aviso.

Mireya: Puntualidad germánica, niña.

Carlota: No te burles, que ya sabes que el control del tiempo no es precisamente una de mis virtudes. Y ahora, dime, ¿qué pasa?, porque está claro que las urgencias del mensaje eran para contarme algo, ¿no?

Mireya: Pues sí...

Carlota: ¿Y?

Mireya: ¡Uf! No sé por dónde empezar porque seguro que me montas un escándalo.

Carlota: ¡Huy, huy, huy! ¿Va de reconciliación con César?

Mireya: Pues sí. Y antes de que te pongas pesada, deja que te cuente. Resulta que...

Carlota: Te ha llamado.

Mireya: ¡Nooooo! PESADA ; -) ¿Me dejas hablar?

Carlota:...

Mireya: Ha venido a casa. Y créeme que antes de verlo había pensado seriamente en lo que me habías dicho. Creía que quizá tenías razón, que César y yo tenemos una relación de pareja...

Carlota: Poco equilibrada.

Mireya: Sí. Una relación en la que yo doy mucho, y él más bien poco.

Carlota: Exactamente: das amor a cambio de muy poco o nada.

Mireya: ¿Puedo continuar? César se ha presentado en casa con una cajita...

Carlota: ¡Ostras! Le encantan las cajitas. Al principio, para engatusarte también te dio una.

Mireya: Dentro había un anillo con un pequeño corazón rojo en la parte superior. Tan mono...

Carlota: Se ve que también tiene obsesión por los corazones. Ya te había regalado uno: el que llevas colgado en el cuello.

Mireya: Si tienes que reírte, no sigo.

Carlota: Ya me callo, pero es que me da mucha rabia. Me sabe mal que no te des cuenta de cómo es ese tío.

Mireya: Puede que seas tú quien no se da cuenta. Me ha regalado el anillo, me ha dicho que me quiere mucho mucho. Que, de hecho, no cree que pueda vivir sin mí.

Carlota: Más bien no puede vivir sin darte la lata y verte sufrir.

Mireya: ¿Ah, sí? ¿Y el anillo qué es? ¿Otra mala jugada?

Carlota: No. El anillo es una forma de conquistarte.

Mireya: Pues, mira, lo ha conseguido, porque volvemos a salir juntos.

Carlota: No me digas, ya me había dado cuenta.

Mireya: ¿Estás enfadada conmigo?

Carlota: Enfadada y preocupada. CLASEIMGEMOTI1

Mireya: Pues no te preocupes, que yo estoy contenta. CLASEIMGEMOTI2

Carlota: Hasta que te haga la próxima.

Mireya: O quizá no, quizá esta vez lo haya aprendido.

Carlota: Veremos.

Cortamos la conversación en este punto. Estoy preocupada de verdad. Y, además, no sé qué hacer. ¿Continuar insistiendo? Yo tengo claro que César es un maltratador, pero Mireya se niega a abrir los ojos. ¿Tengo que procurar que se dé cuenta, correr el riesgo de que se harte de mí y que decida romper nuestra amistad? ¿Tengo que mirar hacia otro lado y dejar que se la pegue ella sola? Pero ¿qué debe de significar «pegársela»? ¿Que un día se le caiga la venda de los ojos, vea a César tal como es y tome ella la decisión de dejarlo? ¿O quizá «pegársela» quiere decir que cada vez se hundirá más en esa relación de mierda y, al final, estará tan perdida que no sabrá ni quién es? ¡Ostras! Ahora entiendo las dificultades a las que deben enfrentarse los jueces y juezas cuando tienen que seguir adelante con un juicio contra un maltratador al que su víctima ha perdonado. Sí, ya lo sé: el síndrome de Estocolmo. Aunque Octavia me lo contó, no es fácil acordarte y comprender la dificultad de las víctimas para escapar de la situación. Imagina lo difícil que debe de ser para quienes nunca han oído hablar de ello. Por ejemplo, muchos jueces, juezas, policías y personal sanitario. Me parece que tendrían que hacer un curso intensivo para poder ponerse en la piel de esas mujeres.

Mientras todavía estoy delante de la pantalla, inmersa en todas estas reflexiones, me llega una invitación de Octavia para hablar por el Facebook.

Octavia: ¿Qué tal tu diario azul? ¿Avanza?

Carlota: Bastante... Aprovecho que te tengo a mano: ¿crees que las personas maltratadoras tienen una forma de ser determinada?

Octavia: Mmm. Creo que para convertirse en maltratadora, una persona tiene que tener una imagen muy hinchada de ella misma...

Carlota: Me imagino un pavo real con toda la cola desplegada.

Octavia: Más o menos. Una persona convencida de que es mejor que las demás personas o, al menos, que algunas otras. Por ejemplo, un hombre que cree que está por encima de su mujer.

Carlota: ¿Puede ser que lo crea, pero que no lo diga en voz alta?

Octavia: ¡Claro! Puede ser, incluso, que ni siquiera sea consciente de que se lo cree.

Carlota:...

Octavia: A lo largo de los siglos, los filósofos, los científicos, los padres de la Iglesia, los médicos se han encargado de perpetuar la idea de la inferioridad femenina. Desde Aristóteles, que pensaba que el sexo femenino era una degeneración del masculino, hasta Schopenhauer o Nietzsche, filósofos convencidos de que la mujer es menos inteligente que el hombre. O Darwin o Lineus, que pretendían demostrar «científicamente» la inferioridad femenina. O santo Tomás de Aquino... En fin, no acabaríamos nunca de citar nombres.

Carlota: Pero ahora nadie osa decirlo públicamente, salvo algún imán radical...

Octavia: Es verdad, a principios de siglo XXI, casi nadie se atreve a decirlo, pero todavía mucha, muchísima gente lo cree, incluso las propias mujeres; muchas, sin ser conscientes de ello.

Carlota: Y ¿cómo puede ser?

Octavia: Porque en nuestro inconsciente —una especie de cámara oscura dentro de nuestro cerebro, cuya existencia está siendo demostrada por la neurobiología—, hay almacenadas montañas de informaciones, de sentimientos, de ideas, aprendidas por nosotras y nosotros por nuestros ancestros.



Carlota: ¡Ah! ¡Ya lo entiendo! Por ejemplo, la frase «una mujer es un animal de ideas cortas y cabellos largos» de Schopenhauer la tenemos ahí incrustada.

Octavia: Sí. El inconsciente tiene mucha actividad cognitiva; dicho de otra forma, muchas de nuestras ideas se forman en el inconsciente y nosotros ni siquiera nos damos cuenta. Eso puede condicionar nuestra forma de pensar. Por ejemplo, cuando un crítico publica un artículo sobre la literatura de una determinada cultura y no incluye ningún libro escrito por una mujer puede que sea porque su cerebro funciona con lo que tiene almacenado y, sin darse cuenta, rechaza las obras literarias femeninas. O quizá porque el crítico, a nivel consciente, piense de verdad que las obras de las mujeres no llegan a la altura de las de los hombres y no seleccione ninguna por esa razón, con lo cual está lanzando el mismo mensaje que Aristóteles o Nietzsche, pero de forma menos obvia. En el inconsciente también se almacenan mensajes que hablan de la pretendida inferioridad de las personas según el color de la piel.

Carlota: ¡Qué cantidad de cosas mal aprendidas en nuestro inconsciente!...

Octavia: Desde luego, y por eso, a pesar de los cambios legales en nuestra sociedad, en la práctica todavía se mantienen muchos desequilibrios entre mujeres y hombres, ya sea porque en el inconsciente están almacenados siglos de enseñanzas patriarcales o bien porque, conscientemente, a muchas personas no les conviene demasiado que cambie la situación. Según un estudio del Fórum Económico Mundial, España se encuentra a la cola de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) en cuanto a igualdad entre hombres y mujeres. Ocupa el puesto 22 de los 30 países desarrollados. ¡Imagina!

Carlota: Un resultado pésimo.

Octavia: Exacto. Y si ocupa los puestos de la cola es por factores como éstos: que el porcentaje de las mujeres en los puestos de toma de decisiones es mínimo, que las mujeres tienen mucho más difícil el acceso al mercado de trabajo que los hombres y que la violencia de género aumenta.

Carlota: ¿Crees, entonces, que en nuestro país hay gente interesada en que la situación no cambie?

Octavia: Probablemente lo esté, o no se da cuenta de que todavía hay que cambiar muchas cosas. Por ejemplo, creo que muchos hombres tienen miedo de esos cambios porque creen que perderán poder.

Carlota: Y algo perderán, ¿no?, si la sociedad es paritaria de verdad.

Octavia: Algo perderán, pero también ganarán en otros aspectos. Piensa que la sociedad patriarcal ha reservado un papel menos interesante a las mujeres: la sumisión, la obediencia, la pasividad... En cambio, a los hombres los obliga a no mostrar nunca su miedo —y el miedo es un sentimiento legítimo y habitual—, o sea, que tienen que ir siempre por la vida como si fueran John Wayne. Además, los obliga a renunciar a cualquier característica que pueda considerarse femenina, porque todo lo femenino se percibe como inferior. Y ser «viril» implica afirmar la masculinidad y, en consecuencia, ser violento. Por otro lado, los obliga a luchar en el ruedo público sin dejarlos intervenir en el espacio privado, sin dejarlos disfrutar, por ejemplo, del cuidado de las criaturas.

Carlota: Mujer, todo esto ha cambiado mucho, ¿no?

Octavia: Ha cambiado, pero todavía tiene que cambiar más. En nuestra sociedad están muy bien instalados los micromachismos.

Carlota: ¿Micromachismos?

Octavia: Sí, machismos tan sutiles que cuesta percibirlos, pero que indican que, bajo unos cambios sociales muy evidentes, continúan circulando las mismas ideas. Para que lo entiendas te pondré un ejemplo que no tiene nada que ver con el género. En muchas culturas, la chiquillería se divierte haciendo daño a los animales. En algunas, por ejemplo, matan a los gatos. En otras, sólo les rompen la cola. Entre matar y lesionar hay una diferencia obvia, pero el mecanismo subyacente es el mismo en ambos actos: considerar a los animales seres de segunda, privados de derechos y que, por esta razón, pueden ser maltratados.

Carlota: ¡Lo veo clarísimo!

Octavia: Pues ahora, un ejemplo referido al género. Obligar a la mujer a llevar un *burka* que la tape de pies a cabeza y sólo le deje una rejilla a la altura de los ojos es más grave que evitar los nombres de las escritoras en un artículo crítico que alguien escribe, por ejemplo, a propósito de la literatura infantil y juvenil. El mecanismo subyacente, sin embargo, es el mismo en ambas acciones: hacer desaparecer a la mujer.

Carlota: Elemental, mi querida Watson.

Octavia: El problema de los micromachismos es que son más difíciles de captar. Y entonces tienes que oír, por parte de muchos hombres: «Si estáis mejor de lo que queréis...». O, por parte de algunas mujeres: «¡Uf! Las feministas... ¿Qué diantre hacen si ya no las necesitamos para nada, si están pasadas de moda?».

Carlota: Feminismo y machismo no son palabras equivalentes, ¿no?

Octavia: ¡Nooooo! ¿Lo dudas?

Carlota: No, yo no, pero mucha gente de la clase no lo tiene claro, y me gustaría poder contarlo. Por ejemplo, un día, después de haber leído el diario violeta en clase, los chicos dijeron que tocaba leer un libro machista.

Octavia: ¡Qué tontería! Eso quiere decir que estos chicos tienen una confusión. Creen que el feminismo quiere favorecer a las mujeres, y el machismo a los hombres.

Carlota: Y en absoluto, ¿verdad?

Octavia: Claro. El feminismo es una doctrina —o sea, unas ideas— y un movimiento social que lucha por un mundo más justo, por una sociedad paritaria, donde las mujeres se puedan desarrollar como personas y tengan los mismos derechos que los hombres. El feminismo no pretende la superioridad de las mujeres en ningún caso, cosa que a menudo se le atribuye malévolamente. El feminismo, como movimiento, nace con la llegada de la democracia y con la declaración de los derechos humanos. O sea, prácticamente es incompatible declararse demócrata y no ser feminista. Es como si un demócrata no se declarara antirracista.

Carlota: ¿Y el machismo?

Octavia: Es una actitud de determinados seres humanos —sean hombres o mujeres— que consideran al hombre superior a la mujer y, por lo tanto, atribuyen a los hombres derechos sobre las mujeres.

Carlota: Ya veo que no son términos equivalentes, sino antagónicos.

Octavia: ¡Muy bien visto! Bueno, ahora tengo que abandonarte, querida.

Carlota: ¡Adiós!

Antes de dejar mi sitio delante del ordenador compruebo si Gregor ha colgado algún documento nuevo. No. No hay nada. ¿Estará demasiado deprimido para escribir? ¿Habrán vuelto a hacerle daño? Estoy preocupada.

Por la noche, mientras Marcos y papá montan un megapuzle, Lidia y yo leemos sentadas en el sofá: yo, un libro; Lidia, el periódico.

—Mira —me dice de repente Lidia—, aquí hay una noticia que puede interesarte, Carlota.

Levanto la cabeza. Lidia lee:

—«Muere el chico a quien disparó su novia con la pistola».

Antes de que pueda contarle que no encaja con el tipo de violencia que expongo en el libro, Lidia explica:

—Obviamente, y si nos fiamos de lo que leemos cada día en los medios de comunicación o de las estadísticas del Instituto de la Mujer, se trata de una excepción. Pero si te lo hago notar es porque, ¡me juego lo que quieras!, a que dentro de poco aparecerá alguna columna en algún diario recogiendo el caso como ejemplo de lo malas y violentas que somos las mujeres con los hombres. Y claro, una excepción no puede ser un ejemplo, ¿no?

—Tienes razón. Sería tan idiota como considerar que «abolir» es un modelo de verbo de la tercera conjugación.

Papá, que según parece ha seguido la conversación, levanta la cabeza y dice:

—¡Exacto! Eso es lo que pasó con una soldado de Estados Unidos que torturó a presos iraquíes y que fue utilizada como ejemplo...

—Como excusa —interrumpe Lidia.

—Como excusa para hablar de la maldad femenina hacia los hombres —acaba papá.

—Pero la soldado hizo algo horrible, porque no se puede torturar a los prisioneros —interviene Marcos.

—Lo hizo, por eso la juzgaron y la condenaron. ¿A que no sabes lo que dijo ella en el juicio?

—¿Qué? —preguntamos Marcos y yo a la vez.

—Dijo que aunque las torturas eran pura rutina, a veces eran entretenidas, y que en ningún caso estaban fuera de orden.

—¿Era tonta o sólo caradura?

—¡Ostras, qué horror! O sea que, según ella, lo que hacía estaba bien —exclamo yo, que lo veo un poco más claro.

—Exacto. Estaba convencida de que pertenecía al grupo que estaba en posesión de la verdad, ¡en el eje del bien!, y que el otro pertenecía al eje del mal, contra el que había que combatir.

—O sea que era violenta con el prisionero en nombre de unas ideas —dice Marcos.

—¡Ya lo veo! Obedecía a un código de ellos que justificaba la violencia y las burlas hacia los prisioneros —digo yo, estableciendo un paralelismo entre éste y el código patriarcal y entre la soldado torturando a un prisionero y el hombre castigando a la mujer convencido de que así debe ser.

—Date cuenta de que no es violencia de género pero al revés, de la mujer hacia el hombre, sino la violencia de siempre: el dominador (en este caso, dominadora) contra el dominado.

2 de noviembre

Me encuentro con Pablo por la calle. Camina rápido, como yo.

—Vamos a llegar tarde.

—Ya lo sé —respondo—. No he oído el despertador.

—Pues yo sí lo he oído —dice él sin perder el ritmo—. ¡A las cinco en punto!

Levanto las cejas. ¿Por qué debe de haberse levantado tan pronto el tío?

—A las cinco, sí, porque tenía que acabar de pasar en limpio los apuntes de Marcelo, ¿te acuerdas?

Lo recuerdo, sí. El equipo de mediadores consiguió que Pablo aceptara que no podía pedir disculpas y basta: estaba moralmente obligado a pasar los apuntes al ordenador.

—¡Uf! He hecho lo que ni siquiera haría con los míos —dice con una mueca. Y después añade—: De todas formas, entre tú y yo, creo que los mediadores tenían razón, pero para mí no fue fácil admitirlo sin más. Pensé que la mediación era algo bueno. Incluso me pregunto si estaría bien hacer un cursillo.

No tengo tiempo de contestarle porque llegamos a la puerta del centro justo antes de que la cierren.

Hoy hay un gran alboroto en clase. Narciso ha anunciado que celebrará su cumpleaños el domingo que viene. Nos ha invitado a bastantes chicos y chicas del curso.

—Si quieres venir con alguien, aunque no sea de la clase, puedes hacerlo —me dice.

—Si te refieres a un noviete o algo así, no hay nada de eso. Iré sola —digo.

¿Son imaginaciones mías o los ojos de Narciso brillan con más fuerza? ¿Le intereso? ¿Y él, a mí? Quizá sí. Quizá vaya siendo hora de dar por finalizadas las vacaciones sentimentales...

—Este tío está por ti... —dice Berta, con una ligera sonrisa.

—Venga, venga, guapa... —digo sin demasiada convicción, pero contenta de que se lo tome tan deportivamente; yo sé que le gusta bastante.

—¿Qué te pondrás? —me pregunta Elisenda.

—Todavía no lo sé. Ya me lo pensaré.

Elisenda hace un gesto hacia Mireya, que, apoyada en una pared, charla con César.

—Lo que está claro es que ella no se pondrá la mini.

¿Dónde debe de haber metido aquella falda tan fenomenal? ¿Y si se la pido?

En casa, me encuentro con mamá, que ha llegado más pronto de lo habitual.

—¿Te han dado la tarde libre en la biblioteca? —le pregunto.

—He salido antes porque quería preparar una cena algo especial.

—¿Va a venir Fernando?

—No —ríe mamá—. Viene Carmina.

—¿Y quién es Carmina? —pregunta Marcos, que acaba de entrar y ya está metiendo la zarpa en el plato de avellanas.

—¿Qué haces para cenar?

—No te comas las avellanas, que las necesito para hacer un picadillo. Hago fricandó. Y Carmina es una terapeuta especializada en violencia de la pareja.

A las nueve llega Carmina. Nos sentamos a la mesa, con el fricandó y un arroz al *curry*, y en seguida nos metemos de lleno en el tema que me interesa.

—Comencemos por definir la violencia de género —dice Carmina—. Según la declaración de la ONU de 1994, es «cualquier acto de violencia por razón de género, incluidas las amenazas, la coerción o la privación arbitraria de la libertad, ya sea en la vida pública o en la privada, y que tiene como resultado posible o real un daño físico,

sexual o psicológico». Y mi especialidad como terapeuta es, precisamente, ayudar a las mujeres que sufren la violencia de género dentro de la pareja.

—¿Dentro de la pareja también pueden darse maltratos sexuales? —digo yo.

—¡Claro que sí! Siempre nos han dicho que tenemos que ir con cuidado con los desconocidos porque pueden resultar peligrosos, pero lo que nunca nadie nos cuenta es que hace falta ir todavía con más cuidado con los conocidos, porque la mayoría de agresiones que sufren las mujeres en el mundo las sufren en el seno de la familia. En el caso del sexo y la pareja, hace falta tener en cuenta que cualquier contacto sexual impuesto es una violación. Hasta hace poco, esto no se contemplaba como delito porque se entendía que la mujer tenía que satisfacer los deseos del hombre por encima de los suyos propios.

—¡Ah, sí! Ya me lo sé del diario rojo: se supone que los hombres tienen más necesidades sexuales que las mujeres...

—Sí, ésa es otra leyenda que durante siglos los mismos hombres se han encargado de difundir. Llevar por bandera su insaciable sexualidad les ha servido a lo largo del tiempo para soltarla libremente, mientras reprimían la de las mujeres. Ya sabes que, según el código patriarcal, el hombre tiene que vigilar la sexualidad de su mujer y castigarla si se aparta del camino marcado por él.

—Pues por lo que yo sé —dice mamá— ahora mismo esa leyenda les pesa como una losa.

Carmina asiente, sonriendo. Marcos las escucha no sólo con las orejas sino con todo el cuerpo. Carmina acaba lo que ha empezado mamá:

—Ahora que las mujeres han podido expresar su sexualidad con más libertad, los hombres dicen que se sienten presionados, como si ellas esperaran de ellos que siempre tuvieran ganas y estuvieran a punto. Algo que, naturalmente, es una tontería.

—O sea, una vez más queda demostrado que los hombres también saldrían ganando si el mundo fuera igualitario y pudieran huir de esa representación cultural que es la masculinidad.

—Duros como John Wayne —digo yo recordando a Octavia.

—Y máquinas de follar, como los actores de una peli porno —añade Carmina.

—Y a punto para mandar y dirigir, para ir a la guerra, matar y morir.

—¡Ajs! ¡No! —grita Marcos—. Ya me doy cuenta de que la sociedad patriarcal también nos fastidia a nosotros.

—Y que lo digas... Volviendo a los abusos dentro de la pareja, se pueden presentar bajo distintas formas. Por ejemplo, si tu novio te prohíbe hacer cosas que él se permite hacer o si te hace unas fotos en posturas eróticas y después se las queda o las difunde.

—¿Todo eso son abusos sexuales?

—Por supuesto. Volvamos a la violencia en pareja de forma general, sin centrarnos en la sexual que, dicho sea de paso, nunca va sola, sino que acostumbra a ir acompañada de violencia física o psíquica.

—Debe de ser más frecuente entre parejas mayores —dice Marcos—, o sea, gente de cincuenta años o más, ¿no?

—Sí, y además se debe de dar más entre personas con poca instrucción y con escasos recursos económicos, ¿verdad? —señala mamá.

—Frío frío —dice Carmina—. Para empezar, se da en cualquier edad. Me encantaría decirnos que entre las parejas jóvenes no hay maltratos, porque significaría que las cosas están cambiando, pero no sería cierto. Los maltratos dentro de las parejas jóvenes ocurren casi con la misma frecuencia que en otras franjas de edad, aunque es verdad que el grupo de edad donde las mujeres sufren más violencia se sitúa entre los cincuenta y los sesenta y cinco años.

—O sea, como dice Octavia, las leyes han cambiado pero las mentalidades, no.

—Parece ser que así es. Pensad que, a propósito de los abusos sexuales, cada vez hay chicas más jóvenes que acusan problemas con su pareja. Muchos chicos han despertado a la sexualidad con imágenes de porno duro, que excluyen totalmente la ternura y el respeto por el cuerpo y por el deseo de la mujer.

Marcos se hace el loco y mira hacia otro lado. Yo sé que ha visto los *baners* de webs porno cuando ha buscado información para la asignatura de ciencias naturales. Lo sé porque lo hemos hablado.

—Los chicos intentan poner en práctica todo lo que han visto en las webs o en los canales porno que emiten en abierto. Las novietas no dicen que no porque están enamoradas. ¿Resultado? Acaban deshechas en la consulta de alguna terapeuta que intenta ayudarlas a superarlo.

—O sea, que tenemos que aprender a decir que no, aunque el tío nos guste más que el chocolate.

—Exacto: decir que no siempre que no te apetezca, siempre que se trate de una práctica que te repugne. Y volviendo a tu pregunta de antes, la violencia no sólo afecta a las parejas con menos recursos sino a las de todas las capas sociales. Pero resulta más visible entre las más desfavorecidas.

—¿Por qué?

—Quizá porque pueden disimularlo menos, porque a menudo el conflicto acaba en comisaría, algo que no sucede entre las parejas con más recursos. Además, probablemente en éstas es más común el maltrato psicológico, menos visible que los maltratos físicos. En definitiva, una mujer, doctora en matemáticas, que vive en un piso de trescientos metros cuadrados, casada con un cirujano muy conocido, también puede sufrir violencia de género. Lo que pasa es que tiene más posibilidades de separarse que la cajera de un supermercado o la mujer que nunca ha trabajado y que no tiene independencia económica.

—Es verosímil —dice mamá—. Al fin y al cabo, este tipo de violencia se fundamenta en la idea de la superioridad masculina y la inferioridad femenina, ideas que lo mismo puede tener un cirujano que un albañil.

—Y también las puede tener una doctora en matemáticas o una cajera de supermercado —digo yo.

—Y, por otra parte, no hay que olvidar que todos los agresores, sean médicos o albañiles, comparten un sistema moral que les va de fábula y que consiste en estar convencidos de que la responsabilidad básica es de la víctima —añade Carmina.

—Vamos, que si te violan es porque vistes de forma provocativa —digo yo en tono irónico.

—Sí. Y si el marido te pega es porque lo has provocado, lo has puesto nervioso. O si él se atribuye toda la capacidad para tomar las decisiones familiares es porque tú eres demasiado inmadura y no tienes suficiente capacidad de decisión.

—Pero ¿tú crees que los maltratadores son conscientes de serlo? —pregunta mamá.

Carmina se la queda mirando.

—Pues... No sé qué decirte.

—Si lo pregunto es porque he estado reflexionando y creo que, muy posiblemente, la mayoría no tiene ni la más mínima conciencia. Por ponerte un ejemplo no referido al género: En 2005 murió Rosa Parks, una costurera que en 1955 inició en Estados Unidos lo que después sería el movimiento contra la segregación racial. Resulta que en aquella época, en los autobuses, los negros tenían que ceder el asiento a los blancos. En la actualidad esa ley nos parece una auténtica barbaridad, claro. Rosa volvía de trabajar una noche, muy cansada después de una jornada laboral agotadora, y no se levantó para que un blanco ocupara su sitio. Hoy en día nos parece increíble que un hombre no fuera consciente de que, por mucho que la ley lo amparara, él era un violador de los derechos humanos, pero la verdad es que no se daba cuenta. Y muchos de los negros, tampoco. Al fin, Rosa Parks se sublevó. Ese pequeño gesto suyo tuvo muchas consecuencias que representaron el fin de la segregación racial. —Mamá hace una pausa y continúa—. Pues creo que en nuestra sociedad pasa lo mismo en relación con la violencia de género: la mayoría de hombres no son conscientes de ella. Y tampoco muchas mujeres maltratadas saben que lo son.

—Es cierto —admite Carmina—. Dada, por un lado, la creencia de la superioridad masculina, y por otro, la idea tan estúpidamente romántica que tienen del amor, muchas mujeres no se dan cuenta de que su pareja las maltrata.

—Pues por la misma regla de tres, muchos hombres no se dan cuenta de que maltratan a sus parejas. Quiero decir que no es fácil que un tío que no colabora en las tareas domésticas se dé cuenta de su condición de maltratador.

—Sí, y seguramente un tío que sobreprotege a la mujer como si fuera una discapacitada psíquica tampoco es consciente de ello. Ni que la desprecia y la hace sentir tan mal consigo misma que...

—... que acaba por suicidarse —dice mamá.

—Efectivamente, los maltratos físicos, psíquicos o sexuales dentro de la pareja acaban por provocar problemas en la salud física, como dolor de espalda, o problemas psíquicos, por ejemplo, depresiones que pueden desembocar en el suicidio.

En aquel momento, vuelvo a recordar la actitud de Mireya respecto a César y me viene a la cabeza la pregunta que días atrás me hacía: ¿por qué las víctimas no huyen sino que, incluso, justifican a su agresor y lo perdonan?

Y aunque lo he hablado con Octavia, se lo planteo también a Carmina. Mientras tanto, mamá le dice a Marcos que recoja los platos sucios, que ella traerá los postres.

—Cualquier mujer que sufre violencia en la pareja desarrolla unas estrategias de supervivencia, aunque sea de manera inconsciente, que la llevan a depender emocionalmente del maltratador, a creer que lo ama cuando en realidad lo teme, a tener sentimientos positivos hacia él y, en cambio, sentimientos negativos hacia quien quiere rescatarla...

—El síndrome de Estocolmo —digo yo. Y agradezco a Marcos que esté en la cocina porque me ahorro explicaciones que ya conozco.

—Exacto —dice Carmina—. Además, hay otra cuestión, conocida como indefensión aprendida.

—¿Indefensión aprendida?

—Sí. Esto tiene que ver con el ciclo de la violencia, que siempre es el mismo: el hombre acumula tensiones que no tienen nada que ver con su pareja, las descarga de forma violenta sobre ella, le pide perdón, se comporta muy amorosamente (esta fase se conoce con el nombre de luna de miel) y ella lo cree. Y vuelve a comenzar el ciclo. La mujer en seguida aprende que nada de lo que ella haga tiene relación con las consecuencias. Un día hace A, y el hombre le pega una paliza, porque están en la segunda fase. Otro día vuelve a hacer A, y él le regala un ramo de flores, porque están en la fase amorosa. Conclusión de ella: haga lo que haga, no puede controlar el resultado, está en las manos de él.

—¿Por eso la mujer no huye? —pregunta mamá que entra con unos cuencos llenos de frutos rojos calientes acompañados de helado de vainilla, seguida de Marcos.

—No huye la mujer que vive con el maltratador, ni el hombre que sufre el acoso laboral. Lo que quiero decir es que cualquier persona en estas circunstancias tiene la misma reacción de indefensión aprendida.

—Y, después, supongo que tampoco podemos olvidar que las mujeres, culturalmente, hemos aprendido a ser sumisas con los hombres —añade mamá.

—Y que esta idea la tenemos incrustada, aunque sea de forma inconsciente, en nuestro cerebro —digo yo, recordando el diálogo con Octavia.

—Pues sí —afirma Carmina—. En cualquier caso, no es fácil huir. Pensad que las víctimas necesitan apoyo terapéutico, ayuda legal y muchas dosis de comprensión, comprensión que no les resulta fácil obtener por parte de la sociedad, que todavía desconoce muchos de esos mecanismos y tiende a pensar o que ellas tienen algo en su



forma de ser que las convierte en víctimas, o que ellas se lo buscan o se lo inventan o que no es para tanto.

Digo que sí con la cabeza porque ya lo he oído otras veces.

—Sin tener en cuenta otra cuestión muy importante —observa Carmina—, y es que a menudo ellos también dependen mucho de ellas. De hecho, los maltratadores tampoco saben despegarse de sus víctimas. Las necesitan quizá porque alimentan su autoestima, basada en el dominio, en el poder.

—¿Algún consejo para las mujeres que sufren violencia dentro de la pareja?

—Sí —dice Carmina—: Que busquen ayuda, por ejemplo, llamando a este teléfono o visitando estas webs.

Carmina nos entrega una hoja en la que figura un teléfono al que pueden llamar las mujeres que han sido víctimas de la violencia de género. Es el 93 300 28 01. También hay un par de páginas web: <http://www.dreaming.net> y <http://www.pangea.org/dona/tamaia/>

3 de noviembre

¡Qué pasada! ¡Estoy para parar un tren! Me lo dice la imagen que me devuelve el espejo, donde puedo ver a una Carlota insólita con la mini de Mireya. Mira por dónde, ahora mismo pienso que es un acierto que el imbécil de su novio no se la deje llevar y que ella, so pánfila, admita la prohibición: así puedo ponérmela yo.

Me la quito para que no se me ensucie y me pongo a trabajar. Como antes de irse, Carmina me dio un montón de fotocopias sobre estadísticas en relación con los maltratos dentro de la pareja, copio las cifras en mi diario azul.

#### *Estadísticas y datos 2*

En España, en el año 1998 se presentaron 19.621 denuncias por maltratos hechos por hombres contra sus mujeres. En el año 2001, se presentaron 24.158. Y en 2004, más de 53.000.

Se calcula que en el mundo, según los países, hay entre un 10 % y un 70 % de mujeres que sufren violencia de género.

Se calcula que en Europa, entre 42 y 56 millones de mujeres son maltratadas.

Se calcula que una de cada cuatro mujeres en el mundo será víctima de violencia sexual por parte de su pareja a lo largo de su vida.

Casi el 50 % de las mujeres que mueren por homicidio en el mundo son asesinadas por sus maridos y por sus parejas actuales o anteriores, un porcentaje que aumenta hasta el 70 % en algunos países. El 42 % de las mujeres fueron asesinadas en sus casas.

Más de 5.000 mujeres o niñas son asesinadas cada año a manos de sus maridos u otros familiares para «restaurar el honor» familiar «perdido».

Se calcula que hay unos 60 millones menos de mujeres en el mundo porque fueron abortadas por el hecho de ser fetos femeninos o asesinadas cuando eran pequeñas por el hecho de ser niñas.

Se calcula que en las relaciones de pareja hay un 96 % de mujeres maltratadas frente a un 4 % de hombres maltratados. De este 4 %, sólo un 2 % es víctima del asalto de una mujer; el otro 2 % es atacado en el contexto de una agresión recíproca.

Se calcula que entre 100 y 140 millones de niñas y mujeres han sufrido alguna forma de mutilación genital y que 2 millones de niñas están en peligro de sufrirla cada año.

Una de cada cuatro jóvenes sudafricanas está infectada con el virus del SIDA. Un tercio de estas mujeres dice haber sido forzada en su primera relación sexual.

En Delhi, India, cada doce horas muere una mujer quemada por su marido.

En Ciudad Juárez, México, desde 1993, 700 mujeres han sido asesinadas y más de 600 han desaparecido.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) dice que el trabajo forzoso, la esclavitud y el tráfico criminal de seres humanos, especialmente de mujeres, se está incrementando con la globalización.

El perfil de la prostituta que trabaja en las calles de Europa y Estados Unidos es el de una mujer de entre diecinueve y veinticinco años, extranjera, controlada por las mafias y con cargas familiares en su país. Se calcula que unas 50.000 dominicanas están ejerciendo la prostitución en Holanda y Alemania.

En el mundo hay 70 naciones que no tienen legislación contra la violencia de género; aunque en los países donde la hay, muy a menudo no se cumple.

Acabo de copiar los datos y todavía siento escalofríos por todo el cuerpo, cuando, de repente, recuerdo que en «favoritos» tengo unas cuantas webs feministas que pueden aportarme información. Entro en la «Red feminista contra la violencia hacia las mujeres» (<http://www.redfeminista.org/>) y encuentro las cifras correspondientes a los casos de violencia de género que han tenido como consecuencia la muerte de una mujer.

#### *Estadísticas y datos 3*

Los datos, referidos a España, son los siguientes:

- Año 2010: 110 mujeres muertas.
- Año 2011: 102 mujeres muertas.
- Año 2012: 75 mujeres muertas.

Las cifras no coinciden con las oficiales porque en esta web recogen las mujeres muertas no sólo a manos de las exparejas, sino también las asesinadas a manos del padre o del hijo o de un hermano. Por ejemplo, las que fallecieron en 2012 se reparten de esta forma:

Violencia de género con resultado de muerte [2012]	
subtotal ámbito intrafamiliar	83
parejas o exparejas	67
otras relaciones familiares	16
agresión sexual	1
tráfico de mujeres y prostitución	2
<b>TOTAL VÍCTIMAS</b>	<b>86</b>

¡Uf! Me siento mareada. No es para menos después de ver todos estos datos. Me digo a mí misma que vivir en el planeta Tierra y ser mujer es un factor de riesgo para acabar muriendo antes de hora, sobre todo si, además, cumples dos factores más de riesgo: ser pobre o tener la piel de un color diferente al blanco.

Entro en el blog del escarabajo miserable, pero continúa sin dar señales de vida. ¡Ostras! Estoy empezando a intranquilizarme.

4 de noviembre

Los nervios nos dominan. ¡Ajs! Estamos todas como cabras pensando en la fiesta en casa de Narciso. Y mucho me temo que yo soy la que está más cabra de todas. ¿A ver si resulta que este tío acaba gustándome? Quizá ya me gusta...

—No sé qué ponerme —cuenta Elisenda—. De hecho, no tengo nada.

—Ni yo —dice Mireya.

—Mira que sois exageradas. Si voy a casa y os abro el armario, seguro que está lleno.

—¡Oye, Carlota! Que hablas como mi madre...

—Mírala ella. Como ya está contenta con la mini que le ha dejado Mireya, a nosotras que nos den.

Candela, que está por allí cerca y nos ha oído, entra en la conversación.

—Si estáis guapas con cualquier cosa —nos anima.

—Venga, venga, Candela, no nos hagas psicoterapia.

Después de un ratito, nos dice que hoy en tutoría hablaremos de la autoestima.

—¿Quién podría decirme qué es la autoestima? —pregunta cuando ya estamos en clase.

Elisenda levanta la mano y dice:

—La forma de quererme a mí misma.

—No está mal —dice Candela—. ¿Alguna otra idea?

Ahora soy yo quien interviene:

—No es fácil quererte a ti misma si nadie te quiere.

—También llevas razón. ¿Alguna otra cosa que queráis añadir?

—Pues sí —dice Pablo—. Que a veces tienes la autoestima muy bien y a veces muy mal. ¿Por qué?

—¿Sabes por qué? Pues porque tendemos a pensar cosas equivocadas. Por ejemplo, imagina que no eres muy bueno en matemáticas y eso te lleva a pensar que eres muy malo para los estudios.

Marcelo levanta la mano:

—A mí también me pasa: cuando la fastidio jugando al fútbol.

—No hace falta que lo jures —añade Pablo.

Candela le dirige una mirada de advertencia a Pablo.

—No, si ya sé que soy malo —admite Marcelo—. El problema es que después de fastidiar una jugada, me digo a mí mismo que soy un desastre, que no sirvo para nada.

—¡Qué tontería! —dice Gabi—. Si eres el mejor dibujando.

—Pues me refiero exactamente a esa cuestión —explica Candela—: A las generalizaciones, a juzgarlo todo sólo por una parte. O, por ejemplo, a mirar sólo los aspectos negativos y olvidarnos de los positivos. Esto soléis hacerlo mucho las chicas cuando juzgáis vuestro propio cuerpo: una piensa que tiene unas piernas muy feas y, en cambio, ignora que tiene un pelo bonito o unos ojos brillantes o...

—¡Ostras! Es que es difícil valorarse de esta forma cuando las imágenes que llegan de las revistas siempre muestran unos cuerpos perfectos.

—¡Precisamente! Eso no les pasa a los chicos. Y es que, desde que nacemos, a chicos y chicas se nos educa de forma diferente. En general, los chicos reciben mensajes que refuerzan su autoestima.

—Mujer —dice Gabi—... Si fueras homosexual, no pensarías lo mismo...

—Si fueras gitano, seguramente tampoco —añado yo.

—¿Y si fueras un sin techo? Yo diría que tampoco —continúa Gabi.

—De acuerdo —dice Candela—; digamos que refuerzan los roles, y de paso la autoestima, de los que están en el grupo de poder: o sea, hombres, heterosexuales, muy masculinos, de piel blanca y con dinero. Y los que no encajamos en ese patrón recibimos otro tipo de mensajes que tienden a debilitar nuestra autoestima.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunto, pensando en la cantidad de prejuicios sobre la inferioridad femenina que tenemos acumulados en el inconsciente y que, por lo tanto, deben de disminuir la autoestima de las mujeres.

—Podemos hacer cosas diferentes: por ejemplo, utilizar un lenguaje interior positivo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Narciso.

—A que cuando te hablas a ti mismo, que eso lo hace cada uno de nosotros con una voz interior que no calla nunca, tienes que aprender a hablarte de forma positiva para levantarte la moral, para animarte a conseguir los objetivos.

—¿Y si no los consigues?

—Entonces puede que te hayas marcado unos objetivos demasiado alejados de tus posibilidades. Fija objetivos de corto alcance y, poco a poco, llegarás a otros más ambiciosos.

Levanto la mano porque no resuelve mi duda:

—¿Y qué hacemos con todas las ideas negativas que sobre las mujeres nos han metido en la cabeza a lo largo de los siglos?

—Sí —añade Pat, que tiende a las formas redondas—. ¿Y qué hay que hacer con las imágenes de cuerpos esqueléticos con los que tenemos que compararnos?

Candela se queda pensando.

—Tienes razón. No es fácil, pero quizá la solución sea hacer red. O sea, darnos autoridad unas a otras para que nuevas formas de estar y ser sean válidas.

—Por ejemplo, ¿considerar que estamos bien aunque no tengamos una talla 38? —insiste Pat.

—Por ejemplo. O apoyar a las mujeres que realizan una actividad pública y lo hacen de una manera que no acaba de encajar con la norma.

Cuando la tutoría termina, todavía pienso que no es tan sencillo eso de tener una buena autoestima; que también depende mucho del grupo al que perteneces.

Por la noche, en casa, me siento delante del ordenador a hacer deberes. Al cabo de una hora decido descansar y comprobar si hay algún mensaje de Gregor J. Hace tantos días que su blog está inactivo que me hace sufrir.

¡Sorpresa! ¡¡¡Un nuevo documento!!!

*Gregor Samsa 6*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable

Aquí el escarabajo miserable arrastrándose como un gusano. Te preguntarás si me han vuelto a atizar, oh, Spiderwomanlectora; pues no... todavía no. Pero el futuro se intuye oscuro como una taza de chocolate sin nata. El lunes próximo, 7 de noviembre, tenemos partido de fútbol contra otro instituto de la ciudad. Habitualmente, suelo verlo desde el banquillo porque todo el mundo es consciente de mis limitaciones en el terreno de juego. Esta vez, sin embargo, la mala fortuna (hoy me he levantado poeta, ¿te das cuenta de mi supervocabulario?) ha querido que cinco —¡cinco!— jugadores de nuestro equipo estén lesionados y dos de ellos son el portero oficial y el suplente. Y me toca dar el do de pecho. Aunque no quiera, estaré en la formación de los once que corren tras la pelota: tendré que hacer de portero. Y lo peor de todo: Aníbal Lecter es de mi equipo. Empiezo a pensar en la posibilidad de tirarme desde algún lugar un poco elevado y romperme una pierna... ¡Maldito sea mi padre, que me obliga a apuntarme a fútbol! Como si hubiera adivinado mi pensamiento, Aníbal se me ha acercado y me ha dicho: «Moñas, ni sueñes con fingir una lesión. Este partido tienes que jugarlo y tenemos que ganar». Cuando decía «tienes que jugarlo» y «tenemos que ganar» le salían, de entre los labios, escupitajos que se estampaban en mi nariz y en mis mejillas, pero yo no me atrevía a secarlos por miedo a que el tío se cabreara más. «Si no lo ganamos por tu culpa, utilizaré el bate para matar palomas. Quedas avisado».

Estoy avisado... y acojonado. De verdad. He pensado que quizá tenía que hacerte caso y he decidido contarle al entrenador que Aníbal se comporta conmigo de forma salvaje. Pero nuestro preparador ha pasado de mí. «No seas bobo, J. —me ha dicho—. Esto es cosa de hombres. Y tú tienes que hacerte un hombre. Mira, o jugar partidos de fútbol o hacer el servicio militar; eso es lo que te conviene».

Nada que hacer, ya se ve. Porque éstas son también las teorías de mi padre. Tendré que jugar y cruzar los dedos para que no me metan demasiados goles ni me toque parar un penalti. ¡Siempre los fallo!

Le dejo un comentario:

No sé qué decirte. Quizá sólo puedo desearte suerte. O sea que mierda, mierda, mierda. Lo ha dicho Spiderwoman el 4 de noviembre a las 20.37.

Mientras estaba leyendo el blog de Gregor, me han entrado dos mensajes: uno de Octavia y otro de Carmina. Curiosamente las dos me envían unos materiales que yo convierto en tests.

*Asunto: Abuso sexual en la pareja*

Querida Carlota:

Te envío algunas de las preguntas que forman parte del cuestionario que pasan en el centro Tamaia, para que la mujer maltratada pueda saber si está sufriendo violencia sexual

dentro de su pareja.

Espero que sirva para tu diario azul. Un beso,  
Carmina

#### Test 5

Tu pareja te maltrata sexualmente si:

1. Le dices que no quieres tener sexo, pero te ignora y continúa adelante.
2. Compara tu cuerpo o tu respuesta sexual con la de otras personas.
3. Te obliga a ver pornografía y a hacer lo que veis.
4. No respeta tus necesidades ni satisface tus gustos.
5. Te trata como si fueras un objeto, sin sensibilidad.
6. Te habla de forma insultante mientras tenéis relaciones sexuales.
7. Te acusa de ninfómana (una mujer obsesionada con el sexo) o de frígida (una mujer completamente desinteresada por el sexo) según las ocasiones.

Antes de poder leer a fondo el mensaje de Octavia, Marcos entra en mi habitación.

—¡Ey! —le digo—. ¿Algún día te acostumbrarás a llamar a la puerta?

—Algún día, algún día, pequeña —me dice. Se sienta encima de mi cama y continúa—: Vengo en son de paz, como buen rapaz, a ofrecerte noticias para tu diario azul. ¿Has visto qué rima me ha salido?

Me pongo a reír.

—Adelante, payaso —le digo—. ¿De qué noticias se trata?

Me enseña unos papeles.

—Son sentencias machistas. Verás como a los jueces y las juezas del país les harían falta unos cursos intensivos para aprender a mirar las situaciones con una mirada nueva y no sesgada. Te leo algunas sentencias recogidas por la Federación de Mujeres Progresistas entre julio de 2003 y julio de 2004. Por ejemplo: «A un maltratador lo absolvieron porque ella iba vestida a la moda y, por lo tanto, no se ajustaba al perfil que según el juez es el de una maltratada».

—¡No te fastidia! Seguro que algún juez lleva un peinado poco adecuado a su cargo y ¡no por eso los inculpados se rebelan contra él!

—Mira esta otra —dice Marcos. Y lee—: «Absuelven al hombre porque “sólo” maltrataba a la mujer durante las vacaciones de Navidad y las de verano (las épocas en las que se veían) y, por lo tanto, la conducta de él no se puede considerar delito de maltrato porque no es habitual». O esta otra: «El maltratador sale absuelto porque no recuerda haber tirado a su mujer por la ventana».

—¡Pobrecito! Qué mala memoria. Tendría que haber comido rabos de pasa —añado.

—Pero no sólo la judicatura es benévola con los maltratadores, también lo son los políticos, por ejemplo. A ver si lo encuentro...

Marcos busca entre los recortes. Mira uno y, después, dice:

—Fraga defendió a un alcalde que había tocado los pechos de una menor diciendo que eso «son menudencias».

—¡Qué visión tan sesgada!

—Sí. Tendremos que regalarle unas gafas violeta. ¡Ja, ja!

Cuando Marcos se va, acabo de dar forma al material que me ha enviado Octavia.

*Test 6*

Para saber si estás en una relación donde el otro abusa de ti:

1. A menudo tienes que ir con cuidado porque se enfada por nada.
2. A menudo cuando hablas te corta o te hace callar.
3. Le tienes miedo.
4. A veces te da empujones o te pega.
5. En general es amable contigo, pero de pronto se vuelve cruel, como si lo pasara bien haciéndote daño.
6. Tienes la sensación de no estar bien y de fingir constantemente que lo estás.
7. Tienes a menudo síntomas físicos como dolor de cabeza o dolor de espalda, o problemas psicológicos, como angustia, estrés, tristeza, depresión.

Mamá asoma la cabeza por la puerta de mi habitación. ¡Esto parece hoy el metro en hora punta!

—Te traigo un recorte de prensa que puedes incorporar a tu diario azul.

—Te escucho —digo, apoyándome bien en la silla mientras mamá se sienta en la cama, como hace todo el mundo. Suerte que mamá, cuando supo que iríamos a vivir con ella, hizo una pequeña obra en casa y amplió considerablemente mi habitación y la de Marcos, de forma que ahora ya no tenemos las camas en un altillo, sino al nivel del suelo. Si no, ¡no sé dónde se sentaría el personal que pasa por mi dormitorio!

—Una jueza de Murcia y también un juez de Las Palmas plantearon que la Ley contra la violencia hacia las mujeres les parecía inconstitucional porque discrimina al hombre, ya que castiga más severamente al agresor si es un hombre que si es una mujer.

—¿Y tú qué opinas?

—Que no es inconstitucional, pero que prefiero que se lo preguntes a Fernando. Como abogado, él podrá responderte mejor que yo.

—¿Lo llamo? —pregunto.

—De acuerdo —dice mamá—. Y cuando acabes, me lo pasas.

—Por supuesto que no es inconstitucional —me explica Fernando con su pasión habitual—. La argumentación de los tíos y las tías que lo dicen denota mucha ignorancia. Deberían saber, al menos los jueces y las juezas, que no toda diferencia de trato implica discriminación.

—No sé si acabo de entender lo que dices.

—Fíjate —dice Fernando—. En España aproximadamente mueren cada año unas ochenta o noventa mujeres a manos de sus parejas o exparejas; un noventa y seis por ciento de maltratados son mujeres, mientras que sólo un cuatro por ciento son hombres.

—Eso ya lo sabía.

—Por lo tanto: la situación de los maltratos es claramente diferente. Si eres hombre, tienes poquísimas posibilidades de ser maltratado por tu mujer. En cambio, si eres mujer, tienes muchos números para que te toque la lotería. Entonces, la ley contra la violencia hacia las mujeres lo que pretende es resolver una situación desigual. Si tratas igual situaciones desiguales, nunca llegarás a conseguir la igualdad. Esto quiere decir que sólo tratando desigualmente situaciones de desigualdad conseguirás la igualdad.

—Lo veo clarísimo.

Y justo en este momento me acuerdo también de la necesidad de aplicar la discriminación positiva que me contaba Octavia; sin estas correcciones sobre prejuicios, estereotipos y creencias de siglos de antigüedad, nunca llegaríamos a este mundo más justo y paritario que muchas personas queremos.

—Son políticas de igualdad dirigidas a corregir situaciones asimétricas —acaba Fernando como si me leyera el pensamiento.

Le doy las gracias pero me corta para decirme:

—Un segundo, que no he acabado mi discurso: que sepas que no hay nada que me encienda más la sangre que esos y esas periodistas, políticos o jueces que se permiten dudar acerca de la constitucionalidad de la ley contra la violencia hacia las mujeres pero que nunca han escrito ni una línea a propósito de las discriminaciones tan inconstitucionales contra las mujeres que hay en nuestro país. Por ejemplo, ayer el periódico publicaba esta noticia: «Las tituladas jóvenes sufren paro tres veces más que los hombres». El dieciocho por ciento de las desocupadas son universitarias, mientras sólo un seis por ciento de universitarios hombres están en el paro según un informe. Tiene gracia, ¿no?, que los que escriben artículos de opinión rara vez se quejen de la inconstitucionalidad de hechos como éste y, en cambio, critiquen la ley. ¿No tienes la sensación de que son gente que favorece determinados patrones bastante conservadores bajo una falsa apariencia de modernidad?

No lo había pensado hasta ahora, pero creo, efectivamente, que tiene razón. Le mando un beso y corro a buscar a mamá.

—Tu supernovio al teléfono.

—¿Qué, con recochineo, guapa? —pregunta mamá mientras pasa por mi lado.

—Que no, que no, mamá —le digo trotando detrás de ella—. Te aseguro que me buscaré un tío con las ideas tan claras como él.

Mamá se vuelve hacia mí y, antes de coger el auricular, me guiña un ojo.

6 de noviembre

Parecía que nunca iba a llegar el día pero por fin está aquí. Esta vez sí que lo tengo todo tan bien calculado que no voy a perder miserablemente el tiempo probándome toda la ropa del armario. Me pongo la mini de Mireya, fijo. Le birlo un jersey a mamá



que combina superbién con la falda. Me decido por unas medias de color naranja y unas botas altas... ¡mías!; no he tenido que pedírselas prestadas a nadie. Me ato alrededor del cuello un pañuelo indio comprado en el *topmanta* del Paseo de Gracia. Me perfilo con lápiz negro el párpado superior y me pinto los labios de un color berenjena bastante oscuro.

—¡Puaj! —dice Marcos—. Pareces una gótica.

—¿Y qué, garbancito? Aparte de que no es verdad, no llevo ningún otro *atrezzo* de las góticas.

Me miro en el espejo... me despinto un poco los labios (quizá sí me he pasado un poco) y me doy el visto bueno. No estoy nada mal.

—Estás muy guapa —dice Fernando, que justo entonces llega para pasar la tarde con mamá.

—Eso, eso —dice Marcos—. Hazle psicoterapia, que la necesita, pobrecita.

—Tú sí que necesitas toneladas de terapia, y no yo, niño. Tengo una moral de hierro, ¿qué te crees?

—Me gustaría ver cómo tienes la moral si en la fiesta Narciso está pendiente de otra y no de ti. Volverás con ella por los suelos.

Pero ¿qué dice? ¿Y qué sabe él de Narciso? ¿Me ha puesto un detective privado para seguir todos mis movimientos? ¿O tiene poderes, mi hermano, y puede leer en mi cabeza mejor que yo? Porque tengo que reconocer que me he vestido pensando en él todo el rato. Definitivamente, quiero bailar con él y a ver qué pasa...

Pasa que sí, que Narciso baila conmigo más que con nadie y cuando decidimos descansar también está conmigo, al lado de la mesa del comedor, donde están los bocadillos, las bebidas y los vasos y los platos de papel. Se nota que la gente ya empieza a tener hambre, porque las existencias flaquean por momentos. Narciso y yo nos comemos un bocata de jamón a medias, que es un preámbulo muy estimulante para, por ejemplo, un beso. Aunque sea un beso tierno y todavía poco erótico. Pero de momento el beso no llega y charlamos mirando la pista de baile improvisada: el salón de los padres de Narciso, sin muebles (el sofá y la mesita han quedado arrinconados en el pasillo). Mientras observo al grupo de chicos y chicas moverse frenéticamente, no me pierdo detalle de lo que Narciso me dice y de su olor y del contacto entre su piel y la mía, que de vez en cuando se rozan.

A pesar de las sensaciones tan potentes que suben por mi cuerpo, todavía soy capaz de darme cuenta de que el movimiento en la pista de baile ha cambiado. Alguien ha puesto una canción lenta y las parejas lo aprovechan. Unas se arriman descaradamente; las otras bailan con más distancia porque quizá no tienen entre los brazos a quien quisieran tener.

Narciso y yo continuamos charlando, no puedo, ni siquiera ahora, precisar de qué. En realidad, la conversación no es más que una excusa para mantener la proximidad, para poder acercar mi boca a su oreja; para sentir sus labios cerca de mi mejilla. Aun así, todavía soy capaz de darme cuenta de que Mireya está bailando con Marcelo.

Intento localizar a César; está junto a la ventana, mirando a lo lejos a través del cristal, como si nada de lo que pasara fuera con él. Pero con la cara, paga. Aquello le está poniendo de muy mal humor, aunque ignoro si ya ha visto a Mireya bailoteando con Marcelo.

Me olvido de César porque Narciso me pasa el índice por el brazo y se me pone la piel de gallina.

—¿Tienes frío? —me pregunta.

—No —le digo con franqueza—, me gusta mucho.

Y me acerco lentamente a su cuello y le pongo la mano sobre la espalda y le doy un suave beso junto a los labios. Él gira la cabeza y me encuentro con sus labios encima de los míos. Nos comemos. No sé durante cuánto rato comprobamos la finura de los labios y el frescor de la saliva. No sé cuánto rato nuestras lenguas se enroscan y desenroscan. Salgo abruptamente de aquel nirvana.

—iiiiiiBestia!!!!!!

Quien grita es Mireya, pero pronto todos los que bailan se han sumado al alboroto.

Es comprensible.

César y Marcelo están en el suelo atizándose. O para ser fiel a la verdad: César le pega puñetazos y puntapiés a Marcelo, que no parece haberse recuperado de la sorpresa inicial: el ataque inesperado de César.

Narciso se acerca hasta el lugar.

—¡Para, César, haz el favor de estarte quieto!

César envía un temible gancho al estómago de Narciso, que se dobla de dolor. Yo me arrodillo a su lado para intentar ayudarlo y para alejarlo de la pelea.

—Haz que paren —me pide Narciso, con la cara todavía contraída en una mueca de dolor.

—¡Ayudadme! —grito a Berta, a Pablo y a Gabi, que no andan lejos.

Entre los cuatro inmovilizamos a César, que parece un perro rabioso y no deja de proferir insultos a los que intentamos impedir la pelea. A Marcelo, que según él le ha metido mano a su novia. Y también a Mireya.

Cuando lo tenemos totalmente inmóvil, Mireya le dice:

—Hombre, César, ¿se puede saber qué te pasa?

—Ya lo sabes, puta.

Mientras tanto, Marcelo y Narciso se van recuperando de los golpes recibidos. Marcelo se ha sentado en el sofá y veo a una compañera que le tiende un vaso de coca-cola. Narciso, lentamente, se acerca a nosotros. Mireya está petrificada, lo mira todo como si no tuviera opinión, con los ojos vacíos de contenido.

—Venga, César, a ver si recuperas el sentido común —dice Gabi—. Primero, es una pasada que te pases la vida llamando putas a las chicas, especialmente a tu novia. Y segundo, no puede ser que te creas con derecho a decidir con quién puede bailar Mireya y con quién no.

—Resulta que no tiene por qué bailar con nadie, excepto conmigo.

—Oye, tío. A ti se te ha ido la olla —dice Pablo, mientras le da unos golpecitos en la espalda para tranquilizarlo.

César se aparta con un gesto de rabia.

Mireya, todavía con la mirada oscura y vacía, se le acerca.

—César... —sólo acierta a decir.

Él le pega un empujón que casi la hace perder el equilibrio. Me pongo junto a Mireya y la sujeto.

—Putá, aquí te quedas —dice César, y desaparece por el pasillo. Todo el mundo respira aliviado. Parece que la tensión ha disminuido bastante y ahora nos queda a todos y a todas un cansancio inexplicable. Decidimos que más vale colocar el sofá en su sitio y ponernos a charlar para intentar recuperar el humor y, al menos, la calma.

Mireya llora sobre mi espalda.

Le hablo flojito, al oído y, poco a poco, deja de gimotear y parece que me escucha. Le hago reflexiones sobre el comportamiento de César, le digo que no le conviene un tío como ése y, sobre todo, le recuerdo que es imprescindible no aceptar ni siquiera la primera muestra de agresión.

—Y ya te ha agredido físicamente una vez.

Mireya me mira como si no supiera de qué le hablo.

—El empujón, hija —me impaciento—. Te acaba de pegar un empujón delante de todos. Es la primera agresión física, supongo... Y después de la primera vendrán más, puedes estar segura.

—¿Y tú cómo puedes estar segura de que no cambiará? Quizá todavía le puedo dar otra oportunidad.

—¡No tienes que darle ninguna otra! Demasiadas le has dado.

—No. No puedo dejarlo, Carlota.

¡Me desespera! ¿Qué necesita esta tía? ¿Que le pegue una paliza? ¿Que la viole en el coche? ¿Que la estrangule con el cinturón?

De pronto, se hace un silencio espeso. César ha reaparecido en la puerta del salón.

—¡Escúchame bien, guarra, y mira lo que voy a hacer! —grita.

En sus manos, un trozo de papel. No se ve bien qué es. Lo sujeta por los dos extremos, como si quisiera mostrarlo.

Mireya se incorpora en su asiento.

César da dos pasos y se coloca delante de nuestro sillón. Entonces puedo ver bien el trozo de papel: es una foto. La foto de Mireya y Pedro.

Observo a Mireya. Su mirada, todavía oscura y perdida, como si no estuviera en el salón con nosotros, como si no acabara de ser consciente de nada.

—Esto es lo que les pasa a las tías guarra como tú; esto es lo que se merecen.

Y mientras dice estas palabras rompe la foto en mil pedazos. La mirada de Mireya pasa por una especie de tormenta instantánea. Sus párpados se mueven unas cuantas veces, muy de prisa, como si estuviera limpiándose la córnea para mejorar su visión.

Cuando sus ojos se abren, la mirada ha cambiado totalmente: es encendida, activa, fría...

Tengo la sensación de que dentro del cerebro de Mireya se ha producido un clic; por fin ha visto a César como lo veo yo o como lo ve Marcelo.

Mireya se levanta muy lentamente. César la observa algo sorprendido. Mireya lo mira con una expresión de profundo disgusto y le dice:

—Vete, César. Y nunca más vuelvas a acercarte a mí.

César, como si no se diera cuenta de lo que hace, deja caer al suelo los pedacitos de foto que todavía le quedan entre los dedos. Los pies de Mireya y César quedan cubiertos de papelitos brillantes en cuya superficie es imposible reconocer nada. Tampoco en los ojos de Mireya puede reconocerse su antigua devoción por César.

¡Me alegro! Quizá ha perdido una foto, pero ha recuperado su libertad y su dignidad. Y yo, a mi mejor amiga.

César se va pegando un portazo que hace temblar las paredes del edificio.

7 de noviembre

Han pasado más de doce horas desde el altercado en casa de Narciso y tres situaciones se mantienen sin cambios. La primera, Narciso y yo nos gustamos y, de momento, eso es todo. Y ya es suficiente, porque no tengo ganas de que me pida salir con él ni de pedírselo yo... al menos, de momento. Que una cosa es poner punto y final a las vacaciones sentimentales y la otra, liarse con un tío en plan novios. Dejaremos que vayan pasando los días y que los sentimientos nos ayuden a decidir.

Segunda situación: Berta se ha tomado muy pero que muy deportivamente el interés que Narciso y yo nos hemos mostrado. Sólo me ha dicho: «Menos mal que no querías enrollarte con nadie durante un tiempo...». Pero me ha guiñado un ojo y me ha deseado suerte, a la vez que me contaba que en la fiesta descubrió las gracias de David, un chico en el que hasta entonces no se había fijado.

Y la tercera situación que se mantiene invariable es la determinación de Mireya de no volver a relacionarse con César. Y por eso, Berta, Elisenda y yo no la dejamos ni a sol ni a sombra. No porque no confiemos en su capacidad de mantenerse firme, de lo que estamos convencidas: a juzgar por el brillo de sus ojos, se le ha caído la venda y ve a César tal como es, de forma que ya no hay vuelta atrás. El problema es que César no se lo cree. Y pasa una y mil veces cerquita de nosotras, en un intento por llegar hasta Mireya.

—¡Qué plasta! —dice Berta.

—No me dejéis sola —musita Mireya.

La miro para saber si lo ha dicho en serio o no. Me parece que sí, que no lo dice en broma.

Miro a César. Ahí está, detrás de una papelera, sin perder ni un instante de vista a Mireya. Me recuerda a un cazador al acecho de una presa. ¡Bua! ¡Qué angustia!

Podemos proteger a nuestra amiga en el patio y en clase, pero no por toda la ciudad. Espero que sepa protegerse ella sola.

—Más de veinte whatsapps en todo el rato de patio —nos dice Mireya cuando entramos en clase.

Un obsesivo, el tío. Se le acabará gastando el pulgar.

Por la tarde, justo cuando acabo de llegar a casa y me meto en mi habitación, Marcos entra como una tromba.

—¿Quieres un testimonio de violencia infantil de primerísima mano?

—¿De primerísima? —pregunto, porque no puedo imaginar ni a mamá ni a papá ni a sus parejas actuando violentamente contra él, pero entonces ¿qué significa primerísima?

—Sí, lo he visto con mis propios ojos —me dice Marcos.

—De acuerdo. ¿Y qué? ¿Qué es lo que has visto?

—Las marcas del cinturón sobre la espalda de Laura Helena. Esto ha sido en natación. Cuando ha salido de los vestuarios para ir a la piscina, llevaba la toalla puesta sobre los hombros, pero Mati la ha obligado a dejarla encima de las gradas, y entonces hemos visto unas rayas hinchadas y rojas que le cruzaban la espalda. Cuando Mati le ha preguntado por su origen, Laura Helena ha explicado que eran el resultado de los correazos de su madre. Lo ha dicho como si fuera lo más normal del mundo.

#### *Testimonio 8*

Laura Helena no es una chica de aquí; nació en Santo Domingo. Según ella dice, en su tierra los padres y madres tienen todo el derecho a quitarse el cinturón y pegar a las criaturas para castigarlas.

Según Marcos, Laura Helena no había cometido ninguna falta gravísima. Simplemente, entre ella y su hermano se habían comido un paquete de galletas que la madre había guardado para toda la familia.

De acuerdo que es mucha cara comerse un dulce que debe compartirse, pero el castigo ha sido desproporcionado y cruel.

Y además ilegal, le ha dicho Mati, la profesora de Marcos, a la madre de Laura Helena. Mati le ha contado que comprende que en Santo Domingo haya unas normas diferentes a las españolas a la hora de educar a los hijos, pero que ya que ha venido a vivir aquí, tiene que adaptarse a las nuestras.

Le doy las gracias a Marcos, que en aquel momento se levanta para responder al teléfono. Sale de la habitación mucho más de prisa de lo que es habitual en él. Quizá tiene una novia, y yo sin saberlo.

Vuelve a entrar en la habitación con el inalámbrico en la mano.

—Para ti, Mireya.

El corazón me da un vuelco. ¡Ostras! A ver si habrá hecho las paces con César.

—¿Él?

—Él, sí. Pero no hemos hecho las paces. No sufras.

Respiro aliviada.

—Eso ni pensarlo. Lo tengo clarísimo. El problema es que él, no. Me está rallando tanto insistir.

—¿Te ha llamado? ¿No habíamos quedado en que desconectabas el móvil?

—Y lo he hecho. Pero cuando he bajado del autobús para ir a casa, allí estaba, a unos metros de la parada. Y a pesar de decirle que me dejara en paz, el tío me ha seguido. Y mientras andaba a mi lado, me iba diciendo que podíamos comenzar de nuevo, que ya me perdonaba...

—¿Que te perdonaba? —Estoy tan indignada que gritaría—. Bueno, seguramente he gritado porque Marcos ha asomado la cabeza por la puerta alarmado.

—Sí, que me perdonaba por lo que había pasado en casa de Narciso. Que, de hecho, sabe que yo soy muy feliz con él, tanto como él conmigo. Y que si lo dejo explicarse, me hará ver que estamos hechos el uno para el otro.

—¿Y piensas darle la oportunidad de hablarlo?

—No. Pero tampoco sé cómo quitármelo de encima.

—Yo tampoco. Tendremos que pensar en alguna estrategia.

Por la noche entro en el blog de Gregor, a ver si hay algún documento nuevo. Nada de nada. No sé si el partido todavía no ha terminado y por eso Gregor no escribe nada. O bien, si hace rato que el silbato ya ha sentenciado el final del encuentro deportivo, y Gregor está en el hospital porque ha fallado un penalti.

8 de noviembre

César continúa en plan cazador. ¡O en plan miembro de las fuerzas de asalto!

—Por favor —nos pide Mireya a la hora de salir—, acompañadme hasta la parada, que tengo miedo.

Yo tampoco estoy tranquila; parece que el tío es capaz de montar un número si se encuentra a solas con ella. Por si acaso, la escoltamos hasta la parada del bus.

Pues sí. César la está esperando. Al vernos, mira hacia otro lado, como si todo fuera una coincidencia.

—¿Sabes qué? —dice Elisenda—. Como hoy tengo tiempo, haré el recorrido contigo, no sea que este animal suba al mismo autobús si te vas sola.

Mireya pone la misma cara que si le hubieran anulado un examen de matemáticas.

Cuando llego a casa me encuentro con una nota de mamá colgada en la nevera.

Dice:

«Hola, guapa, llegaré muy tarde porque tengo una reunión imprevista (no; no se trata de Fernando, ¡malpensada!). Por favor, pon a hervir patatas y judías para cenar y haz una tortilla. ¡¡NADA de pizzas!! Le dices a Marcos que se acuerde de ducharse, que el agua no encoge y que sospecho que ayer sólo fingió que pasaba por la ducha. Te he dejado encima de la mesa un libro sobre maltratos infantiles. Espero que te sirva.

»Muac, muac y requetemuac».

Efectivamente, en la mesa de mi habitación está el libro que comenta en la nota. Me pongo a leerlo. No es ni muy largo ni muy espeso. Tres horas más tarde hago el informe.

#### *Informe 7*

Los maltratos a niños y niñas son el resultado —¡también!— de una relación de poder. Los adultos, especialmente el padre y/o la madre, se consideran hasta cierto punto propietarios de las criaturas, razón por la cual piensan que están en su derecho de aplicar los castigos que consideren oportunos para corregir determinados comportamientos.

Como en el caso de la violencia de género o escolar, los maltratos pueden ser:

- Físicos: bofetadas, pellizcos, correazos, palizas, quemaduras...
- Psicológicos: burlas, humillaciones, desprecios, amenazas, abandono, soledad, negligencia en la higiene, la salud, la comida, los estudios, el vestir...
- Sexuales: besos, abrazos, tocamientos, caricias íntimas, obligar a ver pornografía, tener relaciones sexuales...

Después de leer este libro, decido que tengo que investigar más en profundidad el terreno de los abusos sexuales en la familia. ¿Cómo puede ser que, por ejemplo, un padre fuerce a su hija a tener relaciones íntimas con él? Me parece inaudito que pueda pasar algo así. Aprovecharé el whatsapp y lo hablaré con Octavia.

#### *Notas para el trabajo de investigación 6*

Está claro que la familia patriarcal, con un padre que tiene la máxima autoridad, es el origen de toda la violencia, tanto la infantil como la de género.

Nunca habría creído que una forma de maltrato infantil fuera el abandono que sufren algunos niños y niñas. Hay criaturas de sólo seis o siete años que se pasan la tarde solas en casa, esperando a que el padre o la madre vuelvan de trabajar.

Por otro lado, acabo de darme cuenta de que Naji, una marroquí que estudió primaria conmigo y tuvo que dejar los estudios para ocuparse de sus hermanos y hermanas, sufrió también una forma de violencia: negligencia de sus padres respecto a su derecho a recibir instrucción. Y lo que es peor: sin formación, el único futuro que le espera es aceptar un matrimonio pactado por la familia, tal vez con un hombre mucho mayor que ella; quién sabe si con un tipo que ya tiene a otra mujer.

Mientras espero a que Marcos se duche —¡o lo finja!—, me siento delante del ordenador y me conecto. Tengo un mensaje de Octavia para hablar por el Facebook. Veo que ahora no está pero que volverá dentro de una hora; allí estaré, como un clavo.

También veo que tengo un mensaje de Carmina. Me propone ir a su consultorio si quiero conocer a una mujer que, cuando era pequeña, fue violada por su abuelo. ¡Ostras! Se me pone la piel de gallina. Sólo de imaginarlo me mareo. ¿Es posible superar una experiencia tan brutal como ésa? Contesto a Carmina que sí, que me interesa mucho poder incorporar este testimonio a mi diario.

A ver si mi hermano ha terminado...

—¡Maaaaarcoooooos!

Marcos entra en mi habitación, envuelto en el albornoz y con el pelo mojado.

—¿Se ha duchado ya el rey de la casa?

—Me he duchado, listilla. Me voy a poner el pijama —dice saliendo muy dignamente.

—¡Venga, rápido! —le grito, mientras entro en el blog de J. para hacer tiempo.

*Gregor Samsa 7*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable

Mi equipo perdió por culpa de un penalti fallado. Y yo estoy feliz, exultante, encantado de la vida, agradecidísimo a los dioses que me han dado este regalo. Íbamos tres a tres porque el portero contrario era tan malo como yo y no paró ninguna pelota. En la prórroga nos metieron un gol más a cada uno. No quedó más solución que ir a penaltis. Pronto íbamos camino de volver a quedar empatados porque, de nuevo, no éramos capaces de parar ninguno. El público rugía de rabia. Nuestros equipos, de desesperación. Y yo sudaba la gota fría pensando en la paliza que, un rato después, me pegaría el bestia de Aníbal. Y en éstas que el último penalti tenía que chutarlo justamente él. El tío se prepara, coge carrerilla, le pega la patada al «esférico» y... maravilla de maravillas, ¡falla el penalti! ¡Falla el penalti! Y da la victoria al equipo contrario. El entrenador y mi equipo se lo habrían comido vivo. Pero yo me sentía en la gloria. Le habría erigido un monumento en medio del campo. Cuando hemos entrado en los vestidores, los compañeros y el entrenador no se han cortado a la hora de cantarle las cuarenta. A mí el tío ni me ha mirado.

¡Espero que este acontecimiento cambie el curso de mi vida!

Le dejo un comentario:

Felicidades, Gregor. Yo también lo espero. Me gustaría que me contaras la continuación.

Lo ha dicho Spiderwoman el 8 de noviembre a las 21.24.

—Ya estoy listo —dice Marcos, peinado y repeinado como pocas veces—. Además, he puesto la mesa.

Lo miro con suspicacia. ¿Querrá pedirme algo?

Pero no, resulta que simplemente tiene el día hermano encantador que hace favores.

Mientras cenamos la verdura y la tortilla, le cuento en qué punto del diario azul estoy.

—¡Ey! Pues tengo algo para ti —me dice y sale de la cocina. Cuando vuelve lleva un periódico en la mano.

»Mira —me dice—. Trae una entrevista con el coordinador del estudio de la ONU sobre violencia infantil en el mundo. Lee, lee...

—«Una sociedad que se moviliza por los animales y pega a los niños tiene un problema» —leo. Y pienso que tiene razón.

Según él, la mayoría de padres o madres que pegan a la chiquillería lo hacen por una de las razones siguientes o por las tres a la vez.

Primera: porque tienen una idea autoritaria de la familia. O sea, el «Tú eres mío y me debes la vida» o bien el «Aquí mando yo y se acabó lo que se daba».

Segunda: porque necesitan desahogarse en un momento de nervios. O sea, el «Si te caes, te pego una galleta».



Tercera: por ignorancia, ya que no saben educar a los hijos de ninguna otra forma. O sea, el «Una torta a tiempo arregla muchas cosas», cuando, en realidad, los golpes no enseñan nada.

—¿Me lo dejarás leer? —me pregunta Marcos. Le paso el periódico.

—¡No, niña! Lo que quiero leer es tu diario azul.

—Todavía no lo he terminado, pero ya me queda muy poco. Ven y te doy una copia.

Vamos hacia la habitación. Cuando le pongo en las manos todos los folios que he escrito, le digo que se aceptan sugerencias para mejorarlo.

—Y, sobre todo, se aceptan soluciones para erradicar la violencia, sea escolar, de género o infantil.

Marcos me guiña un ojo:

—Si fuera tan fácil, alguien habría encontrado ya un remedio.

Cuando salgo de la habitación, me siento en el ordenador y compruebo que Octavia está conectada al Facebook.

Carlota: ¡Eo! ¡Estoy aquí!

Octavia: ¡Bienvenida! ¿En qué punto del diario te encuentras?

Carlota: En un punto muy escabroso: el abuso sexual a menores por parte de un miembro de la familia.

Octavia: ¡Huy! Eso normalmente se ha considerado tabú. Según el diccionario, *tabú* es aquello de lo que no se puede hablar por una cuestión de convenciones sociales.

Carlota: ¡Ah! Qué fácil; no se habla y así no existe, y los adultos pueden continuar haciendo daño a las criaturas con total impunidad.

Octavia: ¡Exacto! Eso es lo que ha pasado durante siglos, y todavía pasa. Un padre, un tío, un abuelo —generalmente, los abusadores son hombres— abusa de su hija —habitualmente, las víctimas son niñas— y muchas veces, todo el mundo mira hacia otro lado.

Carlota: ¡Ostras! No me lo puedo creer.

Octavia: ¡Créetelo! O sea, que el abuso dentro de la familia no se puede considerar tabú, sino que es un delito y de los gordos.

Carlota: ¿Y las niñas por qué se lo dejan hacer? ¿Por qué no se rebelan?

Octavia: ¿Y por qué comen sopa las niñas? Porque los mayores lo ordenan y ellas obedecen. Los niños también, claro, aunque hay muchos menos niños que sufren abusos y poquísimas mujeres abusadoras.

Carlota: Ya veo que esto de ser un buen niño o una buena niña no es siempre una buena idea.

Octavia: No siempre. En cualquier caso, es importante que las criaturas sepan que situaciones de éstas se pueden dar y que deben defenderse. El cuerpo de una niña o un niño es suyo y sólo suyo. Nadie más —sea la madre, el padre, el abuelo o un profesor— tiene ningún derecho sobre él. Lo mismo, claro, con el cuerpo de un niño.

Carlota: Pero ¿cómo puede ser que un padre o un abuelo o un tío... en fin, un adulto ya mayor se aproveche sexualmente de una criatura que, además, es familia suya? ¿Están locos los que hacen esto? ¿Son enfermos?

Octavia: No, no todos. La mayoría es gente normal y corriente. Puede ser un vecino tuyo o el carnicero o el director del banco o el cura de la parroquia. Gente de quien nunca pensarías que podría tener un comportamiento como ése.

Carlota: Y entonces, ¿por qué lo hacen?

Octavia: Por culpa de las ideas.

Carlota: ¡Ostras! ¿Otra vez la culpa de la cultura?

Octavia: Pues sí. Este comportamiento es una vez más la expresión del dominio: «Yo puedo porque me perteneces». De hecho, para doblegar a la víctima a sus deseos, a menudo no utilizan la violencia, sino el chantaje emocional.

Carlota: ¿Por ejemplo?

Octavia: «El abuelo está muy solo y necesita a una nieta como tú, que lo quiera muchísimo».

Carlota: ¡Puajs!

Octavia: Pero también pueden utilizar los engaños, por ejemplo: «Esto que hacemos es normal entre un padre y una hija que se quieren mucho; no tiene nada de raro». Y también las amenazas: «Si no lo haces, se lo haré a tu hermana pequeña o le haré daño a tu madre».

Carlota: ¡Qué terrible!

Octavia: Y las niñas —algunos niños también— se dividen entre sentimientos contradictorios. Su instinto, que les dice que aquello es extraño e incorrecto. Lo que han aprendido: obedecer a los adultos. Su lealtad a la familia, que no quieren que se rompa por su culpa. Y, a veces, incluso el placer involuntario que pueden experimentar en la relación sexual, algo que crea un gran sentimiento de culpa.

Carlota: ¡Ostras! Encima sentimiento de culpa.

Octavia: Pues sí, ya lo has visto en otras ocasiones: las víctimas siempre tienen sentimiento de culpa. Además, es un sentimiento que se inculca culturalmente. Si te ha pasado esto, es porque te lo has buscado. Y encima, si has experimentado placer... ya puedes imaginar lo horrible de la experiencia.

Carlota: A mí me parece que me daría mucho asco...

Octavia: Eso es lo más frecuente: asco, rabia, dolor... En cualquier caso, siempre asociado al sentimiento de culpa. Pero tiene que quedar muy claro: la víctima no es culpable de nada. El único culpable es el abusador.

Carlota:...

Octavia: Piensa que las víctimas se ven involucradas en aquello que están haciendo porque se sienten obligadas a proteger al abusador —no olvides que puede ser su padre, a quien, por otro lado, ¡aman como padre!—, a la vez que protegen a la familia.

Carlota: Un lío terrible. ¿Y los abusos a la familia siempre son una relación sexual con penetración?

Octavia: Nooooo. ¡En absoluto! Cualquier cosa que haga un adulto con una criatura para excitarse sexualmente, aunque no haya actividad sexual, ya es abuso. Por ejemplo, exhibirse desnudo o hacerle ver fotografías o películas de actividades sexuales.

Carlota: ¿Y hacerle caricias sexuales o pedirselas?

Octavia: Exacto. Y, por supuesto, mantener relaciones, ya sea sexo vaginal, oral o anal.

Carlota: ¿Y a qué edad les pasa esto a los niños y niñas que sufren abusos sexuales?

Octavia: Desgraciadamente, el abuso puede darse a cualquier edad. Les pasa a criaturas de un año, de dos, de seis, de diez... Ya te digo, de cualquier edad. Y lo peor es que no se trata de hechos aislados, sino que se mantienen a lo largo de los meses y a menudo a lo largo de los años.

Carlota: ¡Qué bestia!

Octavia: En realidad, a menudo el abuso sexual es consecuencia de la violencia familiar. A más violencia en una familia, menos capacidad para mirar al otro como una persona y más posibilidades de verlo como un objeto con que satisfacer las propias necesidades.

Carlota: ¿Y qué puede hacerse para que los niños y las niñas que han sido víctimas de estos abusos puedan superarlo, o aún mejor: para que no tengan que sufrirlo?

Octavia: Como en el caso de la violencia de género o escolar, hay que visualizar el problema. En el momento en que la sociedad tenga claro que esto pasa, y que pasa muy a menudo, las mismas víctimas serán más conscientes de que pueden sublevarse.

Carlota: ¿Sublevarse, cómo?

Octavia: Piensa que lo último que quiere un adulto es ser descubierto, por lo tanto, es suficiente con que alguien diga con voz muy firme —algo no muy fácil, es cierto—: «No me toques». O bien: «No quiero hacerlo». Por eso es muy importante que niños y niñas tengan claro que su cuerpo les pertenece y que nadie tiene ningún derecho sobre él.

Carlota: Sí, pero no es fácil decir «no» a tu padre o a tu tío.

Octavia: No, no lo es, entre otras razones porque la educación recibida nos empuja a decir que «sí», especialmente a las mujeres. Por eso resulta tan importante que las criaturas aprendan también a decir que no.

Carlota: ¿Alguna otra sugerencia?

Octavia: Sí. ¡Gritar! Si no funciona el «no», puede funcionar gritar hasta que movilices a algún otro adulto que pueda ayudarte.

Carlota: Y si el abuso ya se ha producido, ¿qué se puede hacer?

Octavia: Buscar a alguien en quien puedas confiar y hablarlo. Por ejemplo, a tu madre, a una hermana mayor, a tu abuela, a una profesora...

Carlota: No tiene que ser fácil contarlo...

Octavia: No, sobre todo porque tampoco es fácil escucharlo. Saber que una criatura ha sido víctima de abusos crea mucha angustia en el adulto. Pero es imprescindible que quien lo escuche sea capaz de ofrecer apoyo a la víctima. Y ayudarla quiere decir creer lo que cuenta, desculpabilizarla, buscar ayuda profesional y denunciar el abuso.

Carlota: ¿Y si no tienes a nadie de confianza?

Octavia: Puedes recurrir a alguna organización que te ayude. Por ejemplo, FADA, una asociación creada especialmente para ayudar a las personas que han sufrido abusos sexuales infantiles. La web es: <http://www.fada.voluntariat.org/>

—¡Carlota!

—¡Ey! ¡Qué susto, mamá!

—Hija, si es que parece que estés dentro del ordenador y no en la habitación.

—Ahora termino... Estaba hablando con Octavia.

—Pues sí, y por la hora que es, casi mejor que vayas cortando; si no, tu tía acabará por escribir muchos correos electrónicos y muchas conversaciones de Facebook, pero pocas novelas.

Carlota: Tengo que dejarte, Octavia.

Octavia: ¡Ah! Pues muchas gracias por devolverme mi libertad. :-D

9 de noviembre

Hoy no he podido quedarme para acompañar a Mireya. Confío en que Elisenda y Berta se ocupen de hacerlo; yo me voy al despacho de Carmina a conocer a Sole, la mujer que sufrió abusos sexuales de pequeña.

Cuando Carmina me presenta a Sole, me quedo sorprendida: es normal y corriente. Quiero decir que es una mujer de unos treinta años, guapa y risueña. Me quedo mirándola con la boca abierta.

—¿Imaginabas que sería diferente? —me pregunta.

Trago saliva y le digo que sí; creía que me encontraría con un ser torturado.

—¿Una asesina en serie, quizá? ¿Una piltrafa? Pues ya ves que no, que soy una mujer como Carmina. Una experiencia tan traumática como el abuso sexual también se puede superar, sobre todo si puedes hablarlo y te escuchan.

—Y te creen —añade Carmina—. Eso es fundamental para las víctimas. De todas formas, también es cierto que hay muchas mujeres que han pasado por esta experiencia y no las han creído o no han recibido ayuda y han quedado marcadas.

### Testimonio 9

Sole empezó a sufrir abusos sexuales por parte de su abuelo cuando tenía cuatro años. Dice que, desde la primera vez, sintió un asco terrible y que todavía es capaz de revivir aquella repugnancia con la misma intensidad y la misma angustia. Los abusos duraron desde los cuatro hasta los nueve años.

A los nueve años, el colegio organizó unas sesiones de educación sexual, en las que explicaron que los adultos no tenían derecho a disponer del cuerpo de las criaturas. Entonces, ella se dio cuenta de aquello que, dentro de su cerebro, planeaba como una avioneta: su abuelo hacía algo malo y no estaba autorizado a hacerlo. Decidió que no se lo volvería a permitir nunca más. Así que, a la semana siguiente, cuando los padres la dejaron, a ella y su hermana, en casa de los abuelos, ya había decidido qué táctica adoptaría. El abuelo también tenía una estrategia; la de siempre a lo largo de los años. Mientras la abuela jugaba al parchís o a cualquier otro juego tranquilo con la hermana pequeña, él se llevaba a Sole a su despacho con la excusa de completar la colección de sellos o de mirar libros de arte. Y allí, encima del sofá tenían lugar los abusos. Pero, esta vez, justo cuando el abuelo le puso la mano encima, ella empezó a gritar como una loca, tanto que parecía el protagonista de *El tambor de hojalata*, que rompía los cristales con sus espantosos chillidos.

La abuela, alarmada, acudió corriendo, y cuando Sole le contó que no se encontraba bien, le dijo que se quedara con ella y su hermana pequeña. Aquel fin de semana, el abuelo ya no volvió a intentarlo.

Desde entonces y durante algunos sábados, Sole adoptó la misma táctica. Y así consiguió que el abuelo la dejara en paz... Sólo que, entonces, se buscó una sustituta: la pequeña de las nietas. Sole, sin embargo, no tardó demasiado tiempo en darse cuenta de que su hermana a menudo estaba triste y llorosa, sin ánimos para nada, de muy mal humor. Por supuesto, no tuvo ninguna dificultad para atar cabos. Con mucho tacto consiguió que ella le confesara lo que le pasaba y decidieron contárselo a su madre.

¿Lo peor de esta historia? La reacción de la madre, que escondió la cabeza bajo el ala y prefirió «no tocar el asunto, para no darle un disgusto a la abuela».

—O sea —dice Sole—, prefería que el disgusto lo tuviéramos nosotras. Me sentí tan mal cuando me di cuenta de que mi madre no me defendería...

—Comprendo tu sentimiento —dice Carmina—, pero ya te he contado muchas veces que, por otras cosas que me has explicado, es evidente que tu madre sufría violencia psicológica a manos de tu padre y estaba completamente anulada. En estas condiciones, una mujer está bloqueada y no puede reaccionar. Para hacerlo, primero tiene que poder reconocerse como víctima.

Sole asiente con la cabeza.

—Por suerte —continúa Carmina—, cuando llegaron a la adolescencia, Sole y su hermana conocieron a una terapeuta que las ayudó mucho.

¡Uf!, pienso; tienes que estar muy anulada como persona para no ponerte del lado de tu hija en una situación como ésta. De hecho, tienes que estar completamente destruida. Siento compasión por Sole y su hermana y también por su madre.

10 de noviembre

Mireya me está esperando para contarme que César le ha enviado una carta sin firmar. Elisenda se añade a la conversación.

—Tía, y si no está firmada, ¿cómo sabes que es suya? —dice Elisenda.

Mireya se impacienta.

—Claro que lo es. Léela y te darás cuenta.

César le expresa su amor de forma muy absorbente. Después suplica que retomen la relación. Una página más adelante la presiona para que reconsidere su decisión. Y añade que piensa en el suicidio. Y, hacia el final, amenaza vagamente la integridad de Mireya.

—¡Uf, qué miedo! —dice Elisenda.

—Este tío está como una regadera —dice Berta, que se ha añadido al grupo—. Parece un drogata con un mono de aquí a Sebastopol.

—¡Ey! Es verdad —digo yo—. Este tío tiene el síndrome de abstinencia... de Mireya.  
—Pues que se vaya a un dispensario a por metadona —dice Mireya, enfurruñada.  
—Tranquila —le digo—. Hoy te acompañaré yo a casa.

Llego a la mía bastante tarde, pero mamá todavía no está. A saber cuál es el motivo «imprevisto». ¿Una reunión de trabajo o un encuentro amoroso?

Todavía no me he quitado la chaqueta ni he dejado los libros, y Marcos entra en mi habitación. Lleva el pelo mojado y alborotado. Se sienta encima de mi cama.

—Cariñooooo —le digo—, ¿le has cogido el gusto a pasar por la ducha?

—Vengo de natación, boba. Y si no dejabas de chincharme, no te cuento lo que ha pasado hoy en la piscina.

—Me portaré bien —le digo, obediente.

—Se ha presentado el padre de Sihem para llevársela.

Lo que me cuenta Marcos se convierte entonces en un testimonio.

#### *Testimonio 10*

Sihem ha tenido que vestirse precipitadamente y salir fuera de los vestuarios, donde la esperaba su padre hablando con la profesora. Por mucho que Mati intentara hacerle entender al hombre que aquella era una clase obligatoria y que el deporte es sano, el padre seguía en sus trece. Según él, Sihem no puede hacer deporte porque él considera una indecencia que vaya en bañador delante de sus compañeros de clase. Sihem, pues, se pierde la natación. Y eso es una forma de violencia porque no le permite tener una formación completa.

—¡Estoy aquí! —grita mamá.

Marcos y yo salimos a recibirla.

—Ya era hora, jueguista —le digo.

Mamá le da una bandeja a Marcos y a mí me alarga un papel.

—Para que me perdonéis por el retraso —dice con voz falsamente compungida—. Lasaña para cenar. Y para ti, Carlota, documentación para tu diario.

Mientras Marcos pone la mesa, copio los datos que me ha traído mamá.

#### *Estadísticas y datos 4*

Se calcula que el 70 % de hombres que maltratan a sus mujeres también maltratan a sus hijos e hijas.

En los últimos doce años, en España han muerto 77 niños y niñas a manos de sus padres.

En España:

- Un 23 % de niñas sufren abusos sexuales antes de los diecisiete años, o sea, una de cada cuatro.

- Y aproximadamente un 15 % de niños también lo sufren antes de los diecisiete años.

- El 85 % de los agresores son personas conocidas.

En los casos de abusos sexuales a menores dentro de la familia:

- Los agresores son mayoritariamente hombres: un 97 %.

- Las víctimas casi siempre son niñas: un 92 %.

Aunque es una obligación social y legal denunciar los abusos sexuales contra niños y niñas, muchas veces, sobre todo cuando se producen dentro de la familia, se esconden:

- Si el agresor es el padre o bien otro familiar, sólo un 6 % de víctimas lo denuncia.

- Si el agresor es un desconocido, un 83 % de las víctimas lo denuncia.

13 de noviembre

Hemos estado todo el fin de semana en el monte, en casa de los padres de Lidia. Lo hemos pasado bomba cogiendo setas y castañas y cocinando los frutos del otoño. Hemos hervido espaguetis, los hemos mezclado con los hongos cortados a láminas y los hemos salteado con mantequilla. Los níscalos los hemos hecho a la brasa. Las castañas las hemos asado al rescoldo a la hora de cenar. Lidia nos ha dicho que si mañana queríamos acompañarla a buscar madroños, podíamos hacer mermelada. Pero le hemos contestado que ya habíamos agotado nuestras ansias silvestres y culinarias, que preferíamos jugar al Scrabble junto a la chimenea. Cuando ha llegado la hora de coger el coche y regresar a casa, me he dado cuenta de que el fin de semana había pasado volando y que no me había acordado de escribir nada en el diario azul. Y eso que quiero acabarlo antes de Navidad para tener resuelto, también, el trabajo de investigación. Cuanto antes me lo quite de encima, mejor porque así podré dedicarme a estudiar otras materias que me interesan mucho para entrar en la universidad. Lo tengo claro: quiero hacer la carrera de físicas, para especializarme en astrofísica.

Cuando llegamos a casa de papá, ordeno mi bolsa en un tiempo récord para ser la primera en poder utilizar el ordenador, con un gran mosqueo por parte de Marcos.

—No sé cómo lo haces, niña. Siempre te encuentro metida en el asunto.

—Una, que es rápida... No como otros, que van a paso de tortuga coja.

Marcos me hace muecas y se aleja refunfuñando a propósito de mi comportamiento abusador.

—¡Te lo dejo en seguida! —le grito—. Sólo es un momento.

Marcos vuelve sobre sus pasos. Mientras tanto, tengo tiempo de comprobar que Gregor no ha colgado todavía ningún otro documento en su blog, que no hay ninguna amiga en el Facebook y que tengo un mensaje de Octavia. Me envía una nueva regla de oro y me avisa de que el próximo viernes viene a Barcelona a dar una conferencia y que me traerá el regalo que me compró en Londres.

¡Qué bien!

CLASELBOQUE

REGLA DE ORO 5 DE LAS RELACIONES

Una vez hayas decidido romper una relación sentimental que no te interesa, comunícaselo al otro explícitamente una sola vez y, después, sé consecuente. Si recibes diez SMS y no contestas a los nueve primeros, pero contestas al que hace diez, estás animando al otro a continuar.

—¿Qué? ¿Acabas?

—¡Acabo, sí, plomo! Todo tuyo —digo cediéndole el sitio delante de la pantalla.

Antes de entrar en la habitación, me encuentro con Lidia.

—¿Me haces un favor, Carlota?

Digo que sí, claro. ¿Se entendería que me negara diciendo que me da pereza? No, no se entendería. Ella también me hace muchos favores a mí.

—Sube a casa de Laura. Su madre nos dejó la taladradora y todavía no se la hemos devuelto.

Mira por dónde, ¡todavía saldré ganando con el favor! Le preguntaré a Laura cómo está su amiga Clara.

—En proceso de desintoxicación —me responde Laura, mientras coge la taladradora y la guarda en un armario al lado de la caja de herramientas—. Ven.

La sigo hasta la cocina, que es su lugar preferido.

—¿Un té?

—Si es rojo, sí. No quiero que me quite el sueño.

—Rojo para ti y un Earl Grey para mí —dice.

—Eres una adicta al té —le digo. Se echa a reír.

—Al menos no lo soy a los amores imposibles.

Prepara las tazas, nos sentamos a la mesa y me cuenta cómo está Clara.

—El tío la ha dejado por otra.

—Así es la vida.

—Efectivamente. Pero ella lo vive como si fuera el fin del mundo porque se había enganchado.

—Por eso dices que está en proceso de desintoxicación.

—Forzosa, claro. Y lo vive dramáticamente. Eso es lo malo del amor romántico. En primer lugar, ves al otro como irreplicable.

—Lo quieres más que a ti misma —digo yo recordando las palabras de Clara.

—Y lo ves como a tu salvador: tu amante, tu maestro, tu padre, tu dios... —dice ella mientras pone tres cucharaditas de té en la tetera.

—O sea, todo menos un compañero con quien tienes una relación de igual a igual.

—Exacto. Lo idealizas. Lo ves muy superior a ti, a años luz de ti. Imaginas que es único en el mundo. Te dedicas a él con devoción, aunque él te haga daño, aunque vayas perdiendo la autoestima... Lo necesitas cada vez más. Y al final, cuando te deja, lo vives como una pérdida irreparable.

—¿Y crees que Clara se desintoxicará?

Laura hace un gesto escéptico, saca el agua caliente del microondas y la vierte en la tetera.

—Supongo que de aquí a un tiempo se enganchará a una relación similar.

—Y volverá a empezar de nuevo todo el ciclo.

—Sí. O no encontrará a nadie para sustituirlo y se destruirá a sí misma para siempre. O bien, con mucha suerte, llegará a desprenderse de esta idea absurda del amor y recuperará las ganas de vivir y de ser ella misma.

14 de noviembre

Mireya está construyendo una muralla de no tecnología a su alrededor: móvil desconectado, ordenador apagado, teléfono descolgado...

—Mi madre ya estaba hasta las narices de decirle a César: «Mireya no está en casa» —cuenta.

En el patio, somos las compañeras y los compañeros los que hacemos de muralla. Narciso también forma parte de ella. Narciso cada día me gusta más; sobre todo porque se mantiene respetuoso con mi calma sentimental.

—¡Que viene, que viene! —dice Elisenda.

Y todos y todas corremos a rodear a Mireya.

César ve la muralla y abandona su objetivo; se aleja del grupo. Suena el timbre del inicio de clases. Toca ir al laboratorio con Badía. A mí, el laboratorio me encanta.

—¡Tienes tanta suerte! —dice Mireya—. Yo no lo soporto.

—Es que te cierras en banda —le digo.

—Ya, pero es que no lo soporto.

El rato de prácticas pasa volando... al menos para mí.

Bajamos a la clase de sociales con Luci. Dos segundos después de que Luci haya conseguido que nos callemos, Mireya levanta la mano.

—¿Y bien?

—He olvidado el estuche en el laboratorio.

Luci pone los ojos en blanco.

—¡Oh! ¡Qué cruz! No hay forma de que estéis nunca a punto para trabajar. Ve a buscarlo. Pero date prisa porque yo tiro millas con el tema de hoy.

Mireya sale de clase. Y Luci nos habla de la Declaración de los Derechos Humanos.

El tema me interesa. Me voy enganchando casi sin darme cuenta. Ésta es una de las gracias de Luci: sabe captar nuestra atención sin echarnos la bronca.

¿No está tardando demasiado Mireya?, me pregunto de repente, sobresaltada. Me doy cuenta de que mi pulso se ha acelerado.

¡No puede ser!, pienso. No puede ser que esté tan preocupada por su seguridad que un pequeño retraso, justificado seguramente por las ganas de perder un rato de clase, me ponga el corazón como una locomotora. Decido continuar tomando apuntes y dejar de lado los estúpidos fantasmas que pueblan mi cabeza.

Sólo he escrito dos líneas, cuando el compañero que tengo al lado me pasa un papelito doblado. Lo desdoblo. Es de Berta. Dice:

«¿No hace mucho ya que Mireya se ha ido?».

Leerlo y notar el corazón en la garganta son uno. Miro a Berta. Levanta las cejas con preocupación. Entonces recuerdo que los de segundo A hoy tienen deporte y que, por lo tanto, César está muy lejos del laboratorio.

A Mireya no puede estar pasándole nada. Lo escribo en otro papelito que doblo y hago llegar a mi amiga.

Berta lo lee y me escribe la respuesta. «César se fastidió los ligamentos de la rodilla esquiando y no puede hacer deporte durante un mes».



De nuevo se me ponen los pelos de punta. Me da igual que Berta tenga una información que yo no tengo. Lo cierto es que vuelvo a experimentar miedo por mi amiga.

Observo a Berta con gran ansiedad. Ella me devuelve la misma mirada. Elisenda también nos contempla con gesto preocupado. Y Narciso, y Marcelo, y Gabi.

Quizá estamos desarrollando una paranoia colectiva, me digo. O quizá no: quizá Mireya esté en peligro. Todavía no he tenido tiempo de reaccionar, y Luci interviene:

—Supongo que debe de ser muy importante toda esta conversación que mantenéis a través de los papelitos. Más importante que la Declaración de los Derechos Humanos.

Está enfadada. Se nota. Pero se nota también que la expresión de nuestros rostros le cambia los sentimientos de golpe.

—¿Ocurre algo? —pregunta con un tono completamente diferente.

Le digo que sí, no le explico qué, pero pido permiso para salir del aula y lo obtengo sin ningún impedimento.

Salgo al pasillo, corro hasta la escalera, subo los escalones de dos en dos, accedo al segundo piso y, antes de llegar a la puerta del laboratorio, oigo unos ruidos amortiguados. Aunque estoy temblando, no lo pienso ni dos nanosegundos: abro la puerta bruscamente y veo a César encima de Mireya, que tiene la boca tapada con un puñado de celulosa de la que usamos en el laboratorio y los ojos abiertos de par en par por el miedo. Ninguno de los dos ha notado mi presencia. Clavada como un poste en la puerta, no llego a ver qué hace César: ¿le habla, la abofetea, intenta violarla? No lo sé. No me entretengo averiguándolo. Saco la cabeza por la puerta y grito a quien pueda oírme a lo largo del pasillo:

—¡Fuego!

Entonces todo pasa tan de prisa que hasta más tarde, cuando ya esté en la cama, no podré reconstruir la escena.

Primero. ¿Por qué chilló «fuego» y no «auxilio»? Pues porque hace apenas dos días un vecino me comentó que, si alguna vez estás en apuros, lo mejor para llamar la atención es la palabra «fuego»; eso hace que la gente reaccione con inmediatez.

Segundo. La gente, en efecto, reacciona a velocidad supersónica. No sé si porque he dicho «fuego» o porque lo hubiera hecho igualmente. En un momento, hay dos profesoras y un profesor en el laboratorio, liberando a Mireya y reduciendo a César, que, por cierto, tampoco parece necesitar ningún tipo de reacción, porque está manso como un corderito.

Tercero. Noto que la puerta del laboratorio se está llenando de alumnos y alumnas con curiosidad evidente por saber lo que sucede dentro.

Cuarto. César, sin ningún tipo de convicción, intenta justificarse.

—Jugábamos —decía. Y añade—: Ella estaba de acuerdo.

Quinto. Sin la bola de papel en la boca, Mireya deja ir un llanto convulso que no juega en favor de las explicaciones de César, sino todo lo contrario.

Mireya me abraza. Yo la achucho fuerte contra mi pecho.

—¡Qué miedo! —dice en voz baja.

—Acompañadme al despacho de dirección —ordena una de las profesoras con voz glacial.

—No, por favor —suplica Mireya—. Con él no. Voy a donde quieras, pero sin él. La profesora intercambia una mirada con sus compañeros.

—De acuerdo. Chico, ¿cómo te llamas? —pregunta.

—César.

—César, tú vienes conmigo a dirección. Y tú...

—Mireya —digo yo, porque Mireya no puede hablar.

—Tú, Mireya, ve a la sala de letras y espera a tu tutora —indica con una voz más suave—. Por cierto, ¿quién es?

—Candela —respondo yo, porque Mireya sólo llora.

—Voy a avisarla —dice el profesor.

—Tú acompaña la —me pide, ahora con una voz mucho más dulce.

Sexto. La profesora que no se ocupa ni del uno ni de la otra, es la encargada de poner orden para que el personal vuelva a sus clases.

—A clase. Esto se ha acabado. Venga, de prisa.

Séptimo. De camino a la sala de letras y una vez allí, mientras esperamos a Candela, Mireya no hace otra cosa que llorar. Yo no sé qué hacer para tranquilizarla. Sólo puedo cogerla de la mano y abrazarla.

Y octavo. Por fin, llega Candela, que se hace cargo de la situación y consigue que Mireya se mueva y llore de forma menos convulsa. Entonces es capaz de contarnos la agresión que ha sufrido a manos de César. No sabe cómo podría haber acabado, pero sabe cómo ha comenzado: con súplicas y buenas palabras por parte de él. Y también sabe cómo ha continuado cuando ella ha querido huir del laboratorio: César le ha cerrado el paso, le ha metido la celulosa en la boca; le ha retorcido un brazo por detrás de la espalda para mantenerla inmovilizada; y le ha dicho: «Ahora sabrás lo que es bueno, guarra». Entonces he llegado yo.

15 de noviembre

Por ahora, sólo puedo hablar con Mireya por teléfono, y gracias... Según su madre, tiene que descansar. Dice que pasado mañana ya podré ir a verla. De hecho, Mireya —¡cosa sorprendente!— tiene muy pocas ganas de hablar, sólo dice que está confusa y que le duele todo el cuerpo, como si hubiera jugado un partido muy importante.

16 de noviembre

—Una noticia, Carlota —dice mamá entrando en mi habitación con el periódico en la mano—. Sobre violencia.

La noticia pone los pelos de punta: dos chicos de dieciocho años y uno de diecisiete de un barrio bien de Barcelona han sido detenidos por pegarle una paliza y quemar viva a una indigente que dormía en un cajero de una oficina bancaria. Según parece, confesaron entre lágrimas a la policía que «se les fue la mano» y que no pretendían causar tanto daño a la víctima.

—Increíble, ¿verdad? Y sobre todo que los tíos se justifiquen diciendo que se les fue la mano. O sea que no la querían matar, sólo dejarla medio muerta —digo, estremecida.

Mamá me da la razón moviendo la cabeza.

Continúo leyendo: el inspector de la policía, después de aclarar que los jóvenes escogieron a su víctima al azar, dice que no hay ninguna explicación razonable a propósito del encarnizamiento y que, si acaso, comenzaron a fustigar a la indigente «para divertirse, para molestar» una noche que habían quedado para salir de fiesta.

Dice él: «Su actitud me parece inexplicable, incomprensible».

—Actitud inexplicable... —dice mamá.

—Bastante, ¿no crees? —digo yo.

—Quizá sí —dice mamá pensativa. Y añade—: Quizá tengamos que preguntarnos cómo se produce el aprendizaje.

La miro porque no sé adónde quiere ir a parar. Ella continúa:

—¿El aprendizaje sólo es el colegio y la familia o también lo son todos los otros mensajes que recibimos? Películas violentas, videojuegos sanguinarios, letras de canciones humillantes, webs pornográficas, saber que el cuerpo de las mujeres se puede comprar...

17 de noviembre

La directora nos ha reunido a todos y a todas en el salón de actos. Ella y el equipo directivo están sentados en el estrado. El resto del profesorado, entre el alumnado.

—Me imagino que ya estáis al corriente de lo que ocurrió el pasado lunes.

Calla unos instantes y pasea la mirada por el auditorio. No se oye ni pío. Efectivamente, no debe de quedar nadie que no esté enterado de la agresión que sufrió Mireya. Tampoco hay nadie que ignore que se ha reunido una comisión de convivencia y disciplina para estudiar el caso. Los dos afectados, claro, no han aparecido por el centro. Sé que Mireya piensa volver el próximo lunes. Ya tengo ganas.

La directora nos pone en antecedentes sobre el procedimiento que siguieron para formar la comisión que ha estudiado el caso. También cuenta los diferentes pasos que

ha llevado a cabo la comisión. Algunos de estos pasos los conozco porque han requerido mi colaboración o la de algunos de mis compañeros y compañeras. Hemos tenido que contestar preguntas, especialmente yo, la mejor amiga de Mireya y quien la encontró con César.

—Después de escuchar a los dos implicados y a los testimonios de esta historia tan desagradable —acaba la directora—, la comisión ha llegado a la conclusión de que ha tenido lugar un acto de violencia de género. Que César, en virtud de unas ideas sexistas, aparte de acosar a Mireya durante cierto tiempo, especialmente a partir del momento en que ella dio por terminada la relación, acabó por agredirla. El ideario del centro contempla, como prioridades, la igualdad entre las chicas y los chicos y la tolerancia cero ante la violencia, sea de género, sea escolar; por lo tanto, la comisión ha acordado expulsar a César.

Se oye un jaleo en aumento tras las palabras de la directora.

«¡Ey! ¡No me lo puedo creer!». «No lo pueden expulsar durante todo el curso...». «No está permitido que un alumno se quede sin escolarizar».

—¡Silencio! —dice la directora con autoridad—. Ya sabéis que la expulsión no puede ser definitiva, de forma que la comisión ha decidido establecer el término máximo permitido. Tardaremos todavía un tiempo en tener a César entre nosotros. Por pequeña que sea una agresión (y ésta no lo ha sido), hay que cortarla de raíz. Porque cualquier agresión supone el inicio de una escalada sin freno. La tolerancia cero consiste precisamente en no tolerar ni la más mínima agresión, ni la más pequeña falta de respeto.

Nos vuelve a observar desde su atalaya. Todo el mundo calla.

—Espero que ésta sea la última vez que pasamos por unos hechos tan terribles. Confío en que nunca más tenga que reunirse una comisión de convivencia y disciplina para decidir la expulsión de otro alumno por haber practicado violencia de género. Ni cualquier otro tipo de violencia, claro.

El discurso de la directora continúa todavía unos minutos más, aunque yo ya no la escucho. Pienso en Mireya. No sé si le ha llegado la noticia, pero tengo ganas de ir a su casa a comprobarlo y a asegurarme de que se está recuperando.

Desde el sofá de su casa, Mireya nos escucha a mí, a Berta y a Elisenda.

—Ya sabía que la comisión había tomado la decisión de expulsarlo. Me alegro; no puedo decir otra cosa. No es rencor; es miedo. Espero no tener que cruzármelo nunca más en mi vida.

—Pues tendrás que cruzártelo a la fuerza porque volverá —dice Elisenda.

Mireya dice que no.

—No. Sé que no volverá.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé por mi madre. Le ha llegado la noticia, no me preguntéis cómo, de que el padre y la madre de César han encontrado una plaza para él en otro centro, lejos del nuestro. Para mí es un alivio saberlo.

Todas nos hacemos cargo.

De repente Mireya me sonrío y me guiña un ojo.

—Carlota, ya puedes estar contenta.

—¿Por qué? —le pregunto desconcertada. Ahora no sé de qué me habla.

—Porque, sin habérmelo propuesto, te he proporcionado mucho material para tu diario azul.

Nos coge un ataque de risa a todas. Es un ataque algo desproporcionado, como si liberáramos la tensión vivida durante los últimos días. De pronto, Mireya recupera su gesto más grave.

—Ahora en serio: tengo claro que he sido una mujer maltratada. Nunca habría imaginado que pudiera pasarme a mí.

—Todo el mundo puede convertirse en víctima si se dan las circunstancias apropiadas —recuerdo yo.

—Y lo peor —añade ella— es que he tardado mucho en darme cuenta.

Le aprieto la mano.

—El caso es que te has dado cuenta.

—Sí, pero un poco tarde... —dice haciendo una mueca payasa. Y añade—: Ahora ya sé que si un chico me despierta un sentimiento de protección, de querer salvarlo, tengo que ir con cuidado. O, tal vez, es mejor que lo deje, que no me líe.

Creo que Mireya ya ha empezado el proceso de recuperación.

—Por cierto —añade con una sonrisa que le ilumina la cara—, tengo que anunciaros que la semana que viene vuelvo a los entrenos de baloncesto.

Todas estamos encantadas y aplaudimos la decisión.

—Pues ¿queréis que os diga una cosa? —dice Berta—. Yo también pensaba que no tenía ni una pizca de mujer maltratada, pero leyendo el diario azul me he dado cuenta de que sí, que soy una mujer maltratada. Que todas somos maltratadas.

—¿A qué te refieres? —pregunta Elisenda.

—Por ejemplo, cuando en clase hay un debate, a menudo los chicos se ríen de nuestras opiniones, sobre todo si son diferentes de las suyas. No sé qué os pasa a vosotras, pero sí sé lo que me pasa a mí: que he acabado por dudar de mi propio criterio y he llegado a pensar que más vale no abrir la boca si no quiero sentirme ridícula.

—Tienes razón —digo—. Su actitud es un micromachismo, que diría Octavia; o sea, una microviolencia.

—Pues lo que tenemos que hacer es no callar, no acobardarnos —dice Elisenda. Se detiene unos segundos y, después, continúa—. Si consideramos que todas o casi todas somos mujeres maltratadas por culpa de los micromachismos, tengo que admitir que también mi madre lo es.

La miramos sin decir nada. Yo me pregunto a qué tipo de maltratos debe de referirse Elisenda.

—No le pega, no —nos tranquiliza—. Pero cuando los dos vuelven de trabajar, mi padre se sienta a leer el periódico, mientras mi madre hace la cena. Y los sábados, mientras mamá va al supermercado, mi padre se va a jugar al tenis y los domingos mientras mi padre ve el fútbol, mi madre plancha. Eso también es una forma de microviolencia, ¿o no?

—Claro que sí: tu padre tiene derecho al ocio, y tu madre, no.

¡Qué injusticia!

—Y todavía otra microviolencia. Por ejemplo, cuando nos hacen leer una novela protagonizada por una chica, y los chicos de la clase se quejan y dicen que quieren leer libros que hablan de chicos —añade Berta.

—¡Es verdad! —grita Elisenda—. En cambio, las chicas leemos libros con protagonista masculino sin problemas.

Las miro a todas:

—¡Ey! Tenemos que luchar siempre para no tolerar ni la más mínima muestra de violencia sexista en nuestras vidas. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —contestan todas con solemnidad.

18 de noviembre

Candela aprovecha la hora de tutoría para hablarnos de la violencia de género y de la violencia escolar. No cojo apuntes porque todo lo que cuenta ya lo tengo apuntado en el diario azul.

—Bien. —Candela da por finalizadas las explicaciones—. Y ahora querría saber quién de vosotros y vosotras tiene ideas para combatir la violencia, ya sea la violencia de género o la violencia escolar. ¿Alguien puede aportar soluciones para erradicarlas de nuestra sociedad?

Todo el mundo da ideas que yo transformo en un nuevo esquema para mi *power point*.

*Diapositiva 13*

Para luchar contra la violencia de género y la violencia escolar:

- Los dominadores tienen que cambiar su forma de ver el mundo.
- Los dominadores deben aprender a controlar sus emociones y a expresarlas de forma adecuada y no con la violencia.
- Las víctimas han de tomar conciencia de sus derechos.
- Las víctimas deben estar convencidas de que las cosas pueden ser de otra forma.
- El grupo no puede mirar hacia otro lado, sino que tiene que implicarse en la defensa de las víctimas.

—Y sobre todo —añade Candela—, hay que aumentar la conciencia democrática de todos y todas. Para ser verdaderamente demócrata, no es suficiente con no hacer

daño; una persona que lo sea no debe consentir a nadie que lo haga.

—¿Y tú crees que todo eso se puede aprender? —pregunto.

—Por supuesto que sí. Una persona que ha aprendido violencia en su casa puede aprender otras formas de relacionarse. Para entrenaros en las relaciones de paridad, para aprender nuevos modelos de relación basados en la igualdad, os recomiendo que visitéis esta web: <http://www.educarenigualdad.org/>

—Yo tengo otra sugerencia —dice Gabi—: Sería fantástico que dejara de existir la idea de masculinidad y de feminidad que hay actualmente.

—¿Te refieres a la masculinidad entendida como alguien fuerte, dominante, autosuficiente, agresivo, competitivo, con capacidad de decisión y liderazgo? —digo yo. Y lamento que hoy Narciso no haya venido a clase, porque estoy segura de que podría aportar su visión y probablemente coincidiría con la mía.

—¿Y la idea de feminidad que sugiere que una mujer tiene que ser afectuosa, tierna, acogedora, tímida, tener predilección por la chiquillería y ser sensible a las necesidades de los otros? —dice Candela.

—Pues sí. Creo que todos y todas tenemos que hacer desaparecer estos patrones para instaurar un único patrón: el de persona. Y a partir de aquí, cada uno que tenga sus peculiaridades individuales.

—A mí me parece una muy buena idea —dice Candela—. Nos ahorraríamos los estereotipos que tanto le han convenido a la sociedad patriarcal.

—Y yo me ahorraría un montón de problemas —dice Gabi—. Porque, aunque no respondo al patrón de masculinidad que se considera válido, aunque me gustan los chicos, por encima de todo, soy una persona.

—Pues si te cuento los problemas que se habrían ahorrado y que todavía se ahorrarán mi madre y su compañera... —dice Carlos.

19 de noviembre

Hoy al mediodía, aprovecho que Marcos no está en casa para colgarme del ordenador. Encuentro un nuevo documento de Gregor. Nuevo y, según parece, el último.

*Gregor Samsa 8*

Blog: Memorias de un escarabajo miserable

«El cazador cazado» será el título de mi primera película. O si no: «El maltratador maltratado». Cualquiera de estos dos títulos me serviría para poner en imágenes el final de la historia de Aníbal Lecter. Resulta que, después del partido perdido por culpa del penalti fallado, han aparecido unas pintadas en mi instituto. Dicen esto:

Gil, so cacerola,  
si no sabes tocar la bola,  
dedícate al cultivo de ajoarrieros  
y deja el fútbol para tus compañeros.

Y desde entonces, cada vez que alguien pasa cerca de Aníbal Gil —ahora ya sabes cómo se llama, al menos de apellido— le suelta: «¿Qué, chaval, cómo van los berros?». O bien: «¡Eh, tío! ¿ya crecen?». El tío está hecho polvo. Y, para acabar de rematarlo, ya nadie lo quiere en el equipo de fútbol, ni siquiera el entrenador, que lo obliga a sentarse en el banquillo, a mi lado. Aníbal no tiene fuerzas ni para meterse conmigo. Yo no digo nada, pero tomo nota de todo para la película que haré cuando sea director de cine.

Me parece que esta historia ha llegado a su final y me parece también que ya no escribiré nada más en este blog. Primero, porque, aparte de ti, Spiderwoman, nadie me lee. Y segundo, porque si escribía era para liberar tensiones. Y ahora, ¡la tensión se ha acabado!

## Le dejo un comentario y mi dirección de correo electrónico:

Ahora que ya me había acostumbrado a leer tu blog, me sentiré un poco huérfana, pero me alegra que puedas dejar tus pesadillas atrás. Por si acaso quieres mantener el contacto conmigo, te diré que me llamo Carlota, tengo diecisiete años y vivo en Barcelona.

Lo ha dicho Spiderwoman el 19 de noviembre a las 14.19.

Y por fin llega Octavia. Mamá ha preparado una cena espléndida: un *tagine* de cordero. Y ha invitado a papá y a Lidia.

Antes de sentarse a la mesa, Octavia nos dice a Marcos y a mí que nos quiere dar los regalos. Me muero de impaciencia por saber qué me ha traído de Londres.

—Los demás tendréis que conformaros con bombones de chocolate... —avisa Octavia.

—¿De Inglaterra? —dice mamá, con un tono de extrañeza total.

—No, guapa. ¡Bombones franceses, naturalmente!

—¡Mmm! —suelta Lidia, que se pirra por el chocolate. Entonces, Octavia nos da un paquete a Marcos y otro a mí.

Abro el mío: ¡unos pantalones acampanados como los de los años sesenta!

—¡Súper! —le digo.

—¡Oh! Espera, que aún no lo sabes todo. Estos pantalones los he comprado en el Soho, en una tienda de ropa de segunda mano, que ahora mismo está muy de moda.

Miro a mi padre, que pone cara de malas pulgas. ¡Lo sabía! A papá estas cosas no lo acaban de convencer.

—Y estos pantalones son los que llevaba durante los años sesenta Sandy Shaw.

—¿Quién? —pregunto.

—Sandy Shaw. Una que cantaba descalza —aclara mamá.

—Sí. Participó en el festival de Eurovisión con una canción que decía así: «*Tomorrow I'll see him. Tomorrow he's arriving home after being away quite some time*» —canta Lidia, mientras mamá también tararea el estribillo.

—Buena memoria —dice Octavia.

Me pruebo los pantalones, y la talla me queda muy bien, aunque son un poco largos.

—Se pueden acortar —dice mamá.

Papá mueve la cabeza, poco convencido con la idea de que tenga que ponerme estos pantalones.

—Me gusta más lo que le has traído a Marcos —dice papá.



Marcos se pasea haciendo el chulo con su camiseta, también años sesenta, con el símbolo de los *hippies*.

Por fin nos sentamos a la mesa. Mientras cenamos, Octavia se interesa por mi diario azul.

—Ya lo tengo acabado. Sólo me falta encontrar una solución para que los hombres se impliquen en la lucha contra la violencia de género y contra el sexismo en general.

—Pues a mí me parece que la solución es muy fácil —dice Marcos—. Lo he estado pensando y creo que los hombres demócratas y progresistas de verdad tenemos que hacernos feministas.

—¡Ey!, ¡garbancito! Me parece que has tenido una gran idea.

—El problema es cómo ponerla en práctica —observa mamá.

—¡Elemental! —dice Marcos—. Sólo tengo que crear una asociación de hombres y chicos feministas.

—¡Es una idea genial! —grito.

—Pues ya puedes ponerte manos a la obra. Tienes mucho trabajo por delante —dice mamá.

—No sé si encontrarás demasiados hombres que quieran hacerse miembros de tu asociación —dice papá.

—Quizá a tu edad, no. Pero estoy segura de que mucha gente joven se dará cuenta de que hay que implicarse en la lucha por los derechos de las mujeres si queremos cambiar la sociedad —digo yo.

—¿Te acuerdas de cuando hicimos la ACEMI? —me dice Marcos.

—Claro que me acuerdo: la asociación contra los modelos impuestos. La creamos virtualmente cuando estaba escribiendo el diario violeta.

—¿Y recuerdas que hicimos una cadena para que la gente lo supiera?

Digo sí con la cabeza.

—Pues te propongo que ahora hagamos otra cadena para ver cuántos de nuestros amigos estarían dispuestos a crear una asociación feminista de hombres.

—¡Venga! —le digo.

Y dejamos la mesa, dispuestos a inundar la red de mensajes.

20 de noviembre

Nada más levantarme, compruebo mi correo electrónico. El primero en contestarme ha sido Narciso.

*Asunto: Hombres feministas*

Hola, Carlota:

Lamento que un microbio de la gripe me atacara a traición y me haya tenido recluido en casa los últimos días. Suerte que el correo electrónico sirve para comunicarnos.

Me encanta la idea de Marcos y la apoyo totalmente. Y sólo quiero decir que esta asociación ya existe y yo formo parte de ella.

La asociación se llama Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (AHIGE), y los chicos que quieran conocerla o que quieran apuntarse sólo tienen que entrar en esta web: <http://www.ahige.org/>

El lema de la asociación es: «Otra forma de ser hombre es posible». Los miembros de la agrupación defienden un modelo de masculinidad basado en la igualdad, la justicia, el respeto y la solidaridad.

Los miembros de la asociación piensan —pensamos— que la igualdad real de la mujer en el mundo no es posible sin la revolución masculina. Y esta revolución exige que los hombres dejen atrás el modelo tradicional basado en la fuerza, el éxito, el poder, y se acepten como seres vulnerables, sensibles y afectivos.

En la lucha por la igualdad, tenemos tres propósitos básicos:

—Ser promasculinos, o sea, creer que el hombre puede cambiar y defender este cambio.

—Ser prohomosexuales, o sea, comprometernos a luchar contra la homofobia y la opresión de los gays y las lesbianas.

—Ser profeministas, o sea, luchar contra el sexismo y la discriminación de género.

¿Quieres saber por qué me hice de esta asociación? Después de una historia sentimental que se rompió por culpa de mi forma de proceder, absorbente, dominante y acaparadora. Yo estaba muy enamorado de la chica y la ruptura me dejó hecho polvo, pero me permitió reflexionar y me di cuenta de que tenía que rectificar, que aquél no podía ser mi modelo. Ya ves que era un modelo parecido al de César.

¡Y aquí me tienes! Soy un chico nuevo. O al menos lo intento.

¡Ostras! Me ha dejado de piedra. Porque la asociación ya existe, y por la confesión de lo que eran sus esquemas sentimentales. ¡Quién lo habría dicho! ¡Y vaya si ha conseguido cambiar!... Conmigo, ha sido de un respeto total. Olé, Narciso; cada día me gusta más.

Después de estas reflexiones, corro a darle la buena noticia de la asociación a Marcos. Y le digo que, de nuevo, tendremos que hacer cadena para que muchos chicos se puedan apuntar.

Juntos, volamos hasta el ordenador. Y justo en ese momento recibo un nuevo mensaje.

*Asunto: Adivina quién soy*

Querida Spiderwoman:

Ha sido fantástico tener tu amistad durante todo el tiempo que ha durado este blog. Sólo quiero decirte que soy inmensamente feliz: escapar de la violencia de Aníbal ha representado recuperar la libertad y volver a ser yo mismo. El escarabajo miserable ha sufrido una metamorfosis que lo ha convertido en el chico que había dejado de ser. Lo mejor que me ha pasado en años.

Un besazo,

Jesús

Fogueres de Montsoriu, Barcelona, 2005

## Agradecimientos

A Fernando Clavero por su feminismo y aportaciones referidas a las leyes y la historia.

A Consuelo Barea por su generosa aportación en materiales y experiencias.

A Montse Espanyol por una carpeta llena de documentos de gran utilidad.

A Antonio Andrés Pueyo, que me abrió las puertas del curso de verano de la Universidad de Barcelona sobre la violencia.

A Ester Gimeno, que me proporcionó dos libros importantes.

A Anna Chavarrias de Tamaia, por toda su ayuda en cuestiones de violencia sexual.

A Albert Company, que hizo más amable mi encierro solitario en Fogueres de Montsoriu.

# Notas

[1] Ver *El diario rojo de Carlota*. Gemma Lienas. Ediciones Destino. <<

[2] Ver *Rebeldes, ni putas ni sumisas*. Gemma Lienas. Editorial Península. <<

[3] Ver *Eres galáctica*, Carlota. Gemma Lienas. Ediciones Destino. <<

[4] Ver *El diario violeta de Carlota*. Gemma Lienas. Editorial Destino. <<



[5] Ver *Así es la vida, Carlota*. Gemma Lienas. Editorial Destino. <<